



XXXV PREMIO LOS SITIOS DE ZARAGOZA 2020

AUTOR: Luis Javier Sanz Balduz

EDICIÓN: Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”

PRODUCCIÓN: Ernio Aragón

DEPÓSITO LEGAL: Z-1604-2020

Imagen de portada: Colección particular Alejandro Rincón González de Agüero.

Ficha técnica:

Título: *Asedio y toma de Zaragoza* (Visión idealizada de la brecha abierta en la muralla junto a la puerta de Santa Engracia, el 27 de enero de 1809).

Autor/es: Anónimo / Sucesores de Jacques-Simon Chéreau (Editor).

Fecha: Ha. 1820

Técnica: Grabado calcográfico coloreado a mano.

Dimensiones vista: 233 x 353 mm

© fotografía editorial: Arturo J. González.

XXXV PREMIO LOS SITIOS DE ZARAGOZA

La Défense de Saragosse

Edición crítica

Luis Javier Sanz Balduz



**Asociación Cultural
"Los Sitios de Zaragoza"**

A mi padre Paco...
Por tanto y por todo. Gracias.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN EDITORIAL	11
AGRADECIMIENTOS	14
PREFACIO	17
1. INTRODUCCIÓN	19
1.1. PRESENTACIÓN	21
1.2. OBJETIVO Y ESTRUCTURA	24
1.3. LA <i>DÉFENSE</i> Y LA NECESIDAD DE UNA NUEVA EDICIÓN	26
2. BIOGRAFÍA DE MANUEL CABALLERO ZAMORATEGUI	31
2.1. INTRODUCCIÓN	33
2.2. LOS INGENIEROS MILITARES Y LOS INGENIEROS DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS	34
ORIGEN DE LA INGENIERÍA COMO PROFESIÓN	35
LOS INGENIEROS DE CAMINOS	41
2.3. LOS AFRANCESADOS, LOS JOSEFINOS Y LOS LIBERALES	45
2.4. LA VIDA EN UN DEPÓSITO DE OFICIALES DEL IMPERIO	47
2.5. CABALLERO: FAMILIA Y PRIMEROS AÑOS	50
2.6. CABALLERO: DESDE ZAMORA HASTA ZARAGOZA	55
2.7. CABALLERO: EN ZARAGOZA, FRANCIA Y POLONIA	63
2.8. CABALLERO: INGENIERO DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS	81

3. EDICIÓN DE LA <i>DÉFENSE DE SARAGOSSE</i>	91
3.1. ANÁLISIS DE SITUACIÓN Y OBJETIVO	93
3.2. MATERIALES Y MÉTODO	95
3.3. LICENCIAS DE EDICIÓN	96
4. <i>DÉFENSE DE SARAGOSSE</i>	99
4.1. PREÁMBULO	101
4.2. TEXTO	102
NOTA DEL TRADUCTOR	108
PRÓLOGO	112
DESCRIPCIÓN DEL PRIMER SITIO DE ZARAGOZA	116
DESCRIPCIÓN DEL SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA	129
4.3. NOTAS DEL EDITOR POR APARTADO	162
PORTADA	162
NOTA DEL TRADUCTOR	162
PRÓLOGO	163
PRIMER SITIO	165
SEGUNDO SITIO	167
5. BIBLIOGRAFÍA	171

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Figura 1: EL PILAR NO SE RINDE. Federico Jiménez Nicanor, 1885	22
Figura 2: JOSEPH ROGNIAT (1776-1840)	27
Figura 3: LA FAMILIA DE CARLOS IV. Francisco de Goya y Lucientes, 1800	34
Figura 4: LA ACADEMIA DE INGENIERÍA DE ALCALÁ DE HENARES, ca. 1803	39
Figura 5: AGUSTÍN DE BETANCOURT, ca. 1810	42
Figura 6: PALACIO DE LA ADUANA, Cádiz	51
Figura 7: PLANO DE LA BATERÍA DE SAN JOAQUÍN, 2 de Julio de 1789	52
Figura 8: JOSÉ DE URRUTIA. Francisco de Goya y Lucientes, 1798	58
Figura 9: MANUEL GODOY. Antonio Carnicero, ca. 1807	60
Figura 10: LA GESTA DE LOS ZAPADORES. Augusto Ferrer-Dalmau, 2011	62
Figura 11: CASERNA THIRY en Nancy, Francia. (6)	65
Figura 12: GRABADO DE CHALONS-SUR-MARNE, 1837	69
Figura 13: NAPOLEÓN CONFERENCIA SOBRE LA CONSTITUCIÓN DEL DUCADO DE VARSOVIA, 1807	77
Figura 14: CRUZANDO LA FRONTERA PRUSIANA. Franciszek Falinski, 1831.....	80
Figura 15: ABRAZO DE VERGARA	86
Figura 16: RAMÓN MARÍA NARVÁEZ. Vicente López Portaña, 1849	88



El día 21 de febrero de 2020, en el Aula Magna del Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, se entregó el XXXV Premio de Investigación Histórica que anualmente otorga la Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”.

*El acto fue presidido por el Excmo. Rector de la Universidad de Zaragoza,
D. José Antonio Mayoral Murillo,
en la imagen junto al autor del trabajo,
D. Luis Javier Sanz Balduz.*

PRESENTACIÓN EDITORIAL

Los Sitios de Zaragoza marcaron la vida de todos aquellos que sufrieron el horror de los combates urbanos, la muerte, la destrucción, la hambruna, el tifus... Una realidad trágica, y muy diferente de la imagen romántica e idealizada de las batallas campales de la época. Muchos de aquellos testigos presenciales, mayoritariamente combatientes españoles y extranjeros, tuvieron la visceral necesidad de relatar aquellas vivencias extraordinarias. El propio Lejeune, que había acompañado a Napoleón en todas sus campañas, desde Egipto hasta Moscú, dedicó más páginas a narrar su experiencia en los Sitios de Zaragoza que al resto de sus recuerdos...

Esas fuentes testimoniales, de orígenes diversos y, a veces, de muy variada precisión, han brindado a los investigadores el sustrato esencial para cruzar información, cotejar, valorar y avanzar en la validación o desestimación de hechos e hipótesis; esto es, hacen posible la mejora en el conocimiento de la historia.

Joseph Rogniat, Daudevard de Ferussac, Belmás, Lejeune o Mrozinski, entre otros, son autores de notoriedad reconocida cuyos textos han traspasado fronteras, incluyendo, como no podía ser menos, sus respectivas versiones en castellano. Precisamente por ello, resulta tan sorprendente que hasta ahora no se haya editado en España la traducción de la obra de Manuel Caballero Zamorategui, *Défense de Saragosse*, publicada en París en 1815.

Caballero fue un ingeniero militar, gaditano de origen, que se desplazó voluntaria y expresamente a Zaragoza para defender la plaza frente al asedio galo. A las órdenes de Sangenis, y tras la capitulación de la ciudad, pasó prisionero a Francia permaneciendo allí hasta 1831, fecha en que pudo regresar a España. Su testimonio es sumamente interesante ya que por un lado formó parte de la alta jerarquía de mando, disponiendo por ende de información de primer orden, y por otro, al ser el libro publicado durante su estancia como prisionero en Francia, la posible existencia de un sesgo narrativo inferido por la necesidad de supervivencia en un ambiente hostil cobra muchos visos de realidad. Esta dicotomía, junto a otros aspectos multifactoriales derivados de los complejos vaivenes biográficos de Caballero, se presentan y analizan magistralmente en la lectura crítica previa a la traducción que nos ofrece el autor, Luis Javier Sanz Balduz.

Si importante es sacar a la luz un texto inédito en España desde 1815, más valioso todavía es gozar de la oportunidad de descubrirlo guiados por un estudio articulado mediante una metodología impecable. En estas condiciones, la edición en papel de este merecido XXXV Premio de Investigación Histórica es para esta Asociación un orgullo y satisfacción indescriptibles. Agradecidos y honrados por esta circunstancia, les invitamos a disfrutar su lectura.

Gonzalo Aguado Aguaron

PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN CULTURAL
“LOS SITIOS DE ZARAGOZA”

La Défense de Saragosse

Edición crítica

Luis Javier Sanz Balduz

AGRADECIMIENTOS

Estimado lector, permítame la licencia de robarle unos minutos para transcribir unas sentidas palabras de agradecimiento y reconocimiento.

Dichas palabras comienzan, no podría ser de otra manera, con el agradecimiento a mi familia; a mi mujer Gabriela y a nuestros hijos Maya y Alex... Porque el tiempo dedicado a estas veleidades de papá es tiempo que ellos me conceden. Mamá y yo esperamos poder transmitir lo importante que es saber de dónde venimos para tratar de entender hacia dónde vamos, tal y como hicieron vuestros abuelos con nosotros.

Igualmente quiero trasladar mi inmensa gratitud a tres personas sin cuya colaboración este trabajo de investigación hubiera sido imposible.

- A Javier Abad Remiro, primero excepcional alumno y luego amigo y compañero, que ha sido capaz de ayudarme a ordenar la maraña de notas y textos acumulados que tenía caóticamente desordenados.
- A Carlos Delgado Roy, como Javier excepcional alumno, que me prestó su tiempo y desinteresada ayuda para traducir el texto original en francés de la *Défense de Saragosse*.
- Y a mi padre, Francisco Sanz Alfaro, que al igual que Carlos me prestó su tiempo para traducir el texto objeto de investigación y que, sin duda, es el máximo responsable de que hoy en día siga dedicando tiempo a la historia y, en definitiva, a tratar de explicarnos a nosotros mismos. Desgraciadamente él ya no está entre nosotros en la fecha de publicación de este texto y no puede tenerlo entre sus manos. En cualquier caso este libro será siempre tan tuyo como mío, en definitiva será siempre nuestro. ¡Gracias por tanto!

Prosigo la ronda de agradecimientos con un sentido reconocimiento a la Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”. Es la tercera ocasión que tengo el honor de recibir este galardón, y en todos y cada uno de esos casos las investigaciones desarrolladas me han proporcionado la posibilidad de profundizar en temas que han surgido recurrentemente, y que incluso han supuesto algunas de las experiencias profesionales más plenas que he tenido la suerte de vivir, como haber tenido la oportunidad impartir la conferencia inaugural del aniversario del segundo centenario de la creación del Regimiento de Pontoneros. Precisamente durante la investigación realizada para la confección del trabajo anteriormente premiado, que versaba sobre los puentes y los ingenieros intervinientes en los Sitios, tuve la inmensa fortuna de toparme con un personaje peculiar y contradictorio que desde entonces me ha acompañado impenitentemente durante siete largos años... El ingeniero militar e ingeniero de caminos, canales y puertos Manuel Caballero Zamorategui.

Precisamente, y con esto concluyo, quiero dedicar unas palabras de reconocimiento a este personaje, protagonista absoluto del trabajo de investigación galardonado.

Todos los niños de mi generación, aquellos que crecimos siguiendo las estrambóticas aventuras de CURRO JIMÉNEZ en televisión, llegábamos a la simple conclusión de que los escasos españoles que habían ayudado a los malvados franceses durante la invasión y posterior ocupación napoleónica, eran avariciosos, ladinos, poco inteligentes y, por encima de cualquier otra consideración, traidores a la patria que les había visto nacer. Han sido necesarios, en mi caso, años y años de lecturas y estudio para poder comenzar a entender que la mayoría de esos españoles simplemente intentaban introducir otro modelo social, otra forma de entender el país y que para ellos el fin pretendido justificaba los medios, incluso uno tan cruel e injusto como una invasión militar y posterior protectorado o virreinato.

Como creo que queda meridianamente claro en el texto, y a pesar de sus evidentes ideas liberales e incluso cierto cinismo político, Manuel Caballero y muchos otros de sus compañeros acudieron libremente a Zaragoza para combatir con los zaragozanos y por los zaragozanos. Independientemente de que luego, ya prisionero en Francia, jurara fidelidad a José Bonaparte tal circunstancia no debe hacernos olvidar que fue uno de los protagonistas de nuestra historia colectiva. En consecuencia considero que resulta profundamente injusto haberlo desterrado del panteón de personajes ilustres que los niños de nuestra querida ciudad recitan prácticamente de memoria.

Por todo ello espero y deseo que este documento que tiene en sus manos o en su pantalla, querido lector, suponga un humilde y mínimo reconocimiento a este hombre singular cuya ideología y trayectoria personal no solo no debe menoscabar su participación en los hechos que conmemoramos anualmente, sino que ayude a ponerlos en la perspectiva más amplia posible en años venideros.

En definitiva, y en nombre de Manuel Caballero Zamorategui, le agradezco profundamente su interés en el texto que sigue a continuación.

Luis Javier Sanz Balduz

PREFACIO

*El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
Es ojo porque te ve.*

Antonio Machado
Proverbios y Cantares, I

*Busca a tu complementario,
que marcha siempre contigo,
y suele ser tu contrario.*

Antonio Machado
Proverbios y Cantares, XV

1.

INTRODUCCIÓN

1.1. PRESENTACIÓN

Los famosos Sitios de Zaragoza, aquellos combates urbanos entre gente normal y corriente que simplemente trataban de defender su ciudad, su familia y sus hogares, y el inefable y poderoso ejército napoleónico desataron la imaginación de multitud de artistas desde el mismo instante en que tuvieron noticia de lo acontecido en Zaragoza entre junio de 1808 y febrero de 1809. La historia de la hasta entonces casi invencible *Grande Armée* desafiada, e incluso parcialmente vencida, por un puñado de campesinos sin preparación militar alguna resultaba demasiado sugestiva para no dejarse embriagar por sentimientos tan primarios como evocadores. Cuadros, esculturas, partituras y textos, por citar solo algunas manifestaciones artísticas, trataban de reflejar aquello que el creador era capaz de imaginar a partir de la habitualmente escasa información que conocía al respecto de lo sucedido. Pero... ¿A quién le importaba realmente? Más allá de que lo que contasen las diversas fuentes sobre lo que ocurrió en Zaragoza en aquellos funestos meses fuera ajustado a la realidad, lo importante era la constatación de la indomabilidad del ser humano, de su anhelo de libertad, de la exaltación de la identidad política del colectivo o simplemente del honor de un pueblo. Y con todos esos sentimientos alentados por las musas, tanto el pincel del pintor como el cincel del escultor e incluso las plumas del compositor y del escritor comenzaban a bambolearse buscando el espíritu intrínseco de aquello que realmente deseaban y querían creer. Pero la realidad, como siempre, supera cualquier intento de interpretación parcial, por muy artística que sea.

Prestando especial atención a la producción literaria es posible apreciar dos líneas básicas de aproximación al fenómeno de los Sitios prácticamente desde el mismo instante en que estos concluyeron. Por un lado puede identificarse la perspectiva española, filo-española o simplemente antifrancesa¹ y por el otro, y no precisamente como una imagen especular, la perspectiva propiamente francesa. En el primer caso se recurrió a la épica mediante la exaltación de la identidad patriótica y el honor, circunstancias especialmente reseñables en la mayoría de los participantes españoles en la contienda, con escasa o nula preparación cultural de cualquier tipo. Por su parte los franceses reflejaban una realidad aparentemente más fría y objetiva. Es decir, la aproximación gala no suponía el reverso de la perspectiva española puesto que no trataba de glorificar al combatiente napoleónico sino que simplemente constataba el cruento esfuerzo que supuso la campaña zaragozana e incluso el respeto hacia sus adversarios por el valor y la obstinación demostrada. Obviamente en las dos aproximaciones citadas influían notablemente las situaciones sociopolíticas de ambos países. Mientras España estaba embarcada en el intento de recuperar cierta identidad nacional extraviada con sucesivos y siempre caóticos vaivenes entre

¹ Por literatura antifrancesa nos referimos a la postura beligerante de países como Inglaterra o Rusia que acogieron con agrado el enfoque español del enfrentamiento con la Francia napoleónica, tal y como correspondía a su condición de enemigo común.

el absolutismo tradicional y el liberalismo de nuevo cuño, Francia restañaba las heridas napoleónicas con nostalgia compartida por las ideas revolucionarias que habían florecido años antes y el dominio europeo que había supuesto la expansión imperialista del general corso.



Figura 1: EL PILAR NO SE RINDE. Federico Jiménez Nicanor, 1885.

Centrándonos en la bibliografía española, es evidente que la literatura relacionada con los Sitios de Zaragoza y su pretendida perspectiva épica no resultaba la más adecuada para intentar analizar los matices o, mejor dicho, todo aquello que no resultaba fácilmente adscribible a la interpretación predefinida. En consecuencia durante esos primeros años post-sitios, y estamos aludiendo prácticamente al resto del siglo XIX, solo existían dos opciones: la de color blanco inmaculado, es decir la genuina, honorable, admirable y valiente que estaba representada por los esforzados y abnegados defensores de Zaragoza; y la de color negro mortecino, fría y cruel que personalizaban las malvadas tropas francesas. No parecía que hubiera nada más que pensar, argumentar o justificar.

Afortunadamente, con el paso de los años, el tamaño de la lupa de los investigadores españoles, fue ampliándose progresivamente y comenzaron a manejar fuentes de mayor diversidad de tal manera que los hechos pudieron ser cotejados, criticados y finalmente rechazados o verificados.

De esta manera hemos asistido últimamente² a la publicación de numerosos estudios que plantean dudas razonables sobre verdades inmutables que se habían asumido anteriormente de manera casi natural: las motivaciones de Palafox, las diversas cualidades del círculo más cercano del general, las razones de los diferentes defensores de Zaragoza, el rol de los ingenieros en las tropas sitiadas, etcétera. Y es entonces cuando comienzan a aparecer los matices y una enorme paleta de colores entre el blanco y el negro... Y se manifiestan los grises, esos territorios donde moverse con facilidad resulta complejo puesto que no hay una sola línea que pueda ser anticipada, donde todo parece producto de la casualidad o quizás simplemente responde a la levedad de la naturaleza humana.

Precisamente el contexto descrito es el que explica el extenso y tupido velo que desde la fecha de su publicación, 1815, se ha cernido sobre el texto de la *Défense de Saragosse* y sobre su autor, el ingeniero Manuel Caballero Zamorategui.

El trabajo de investigación que tiene ante sus ojos responde precisamente al intento de profundizar en los colores grises de un periodo arquetípicamente épico pero que finalmente, cuando se consigue extraer todo aquello que es superfluo, casual y falsamente preconcebido, responde a las actitudes de las diferentes personas que participaron en los hechos con sus diversas y particulares motivaciones personales. Como ya sabemos existió un pequeño lapso de tiempo –los citados meses comprendidos entre mayo de 1808 hasta febrero de 1809– en el que esas motivaciones, siempre con diferentes orígenes, confluyeron colectivamente en un punto concreto –Zaragoza– pero debe tratarse de analizar en profundidad las causas de tales confluencias no solo mediante la exposición de los antecedentes colectivos y personales sino igualmente tratando de comprender los sucesos posteriores.

Sin lugar a dudas Manuel Caballero supone precisamente uno de esos personajes grises, con matices, en ocasiones con aristas tan afiladas que son imposibles de limar o, al menos, de entender de manera directa. Él fue uno de los grandes personajes que combatieron en Zaragoza durante los asedios franceses y, desgraciadamente, sus circunstancias personales posteriores han impedido que pasara a formar parte del panteón de personajes ilustres felizmente instalados en la tradición popular: Agustina de Aragón, Manuela Sancho, el tío Jorge, el padre Boggiero, Palafox, Sangenís y tantos y tantos otros. Cualquier niño zaragozano ha oído hablar de alguno de ellos. Incluso la mayoría disfruta de la consideración y admiración perennes de la ciudad mediante las dedicatorias de calles, plazas o parques... Sin embargo Manuel Caballero permanece invisible. Obviamente este humilde texto no va a modificar tal condición pero sí que pretende arrojar cierta luz sobre el personaje y su obra, uno de los documentos más representativos de lo que ocurrió en la ciudad en aquellos días.

² Sería completamente injusto no mencionar que efectivamente siempre han existido intentos de apartarse de la referida línea oficial y analizar más los hechos constatados que las supuestas motivaciones preconcebidas. En cualquier caso es evidente que en los últimos años se está profundizando mucho más en las razones, actitudes y actividades reales desarrolladas por los protagonistas de los asedios apartándose de cualquier intento de interpretación previa.

1.2. OBJETIVO Y ESTRUCTURA

El objeto del presente trabajo de investigación es presentar una edición traducida del texto escrito en francés por el ingeniero Manuel Caballero Zamorategui, *Défense de Saragosse*, sobre los hechos acaecidos en la ciudad de Zaragoza durante los dos asedios de las tropas napoleónicas en 1808 y 1809. Tal objetivo, interesante e importante en sí mismo, parecía incompleto si no se trataba de trazar una mínima semblanza del autor y consecuentemente la incomprensión que él mismo y su escrito han motivado siempre en su país de origen. Una situación que a día de hoy, desgraciadamente, sigue existiendo puesto que nunca se ha traducido completamente al español el texto original. Dicha traducción no ha sido estrictamente literal puesto que a juicio del editor la peculiar naturaleza del texto exigía modificarlo ligeramente sin alterar nunca la pretendida intención del autor. Al contrario, se ha intentado clarificar y limpiar el texto, distribuyendo las ideas de manera más ordenada y simplificando su redacción.

Como se ha dicho, con la intención de profundizar lo máximo posible en la personalidad de Caballero de tal manera que se pudiera poner en perspectiva su testimonio sobre los Sitios, se ha procedido a recopilar toda la información disponible con algunos resultados ciertamente sorprendentes.

Manuel Caballero Zamorategui nace en Cádiz en 1784 y, como su padre, inicia la carrera militar para entrar posteriormente a formar parte del Cuerpo de Ingenieros militares. En 1808, junto con un grupo de compañeros de la Academia de Alcalá de Henares, se dirige a Zaragoza para luchar al lado de los sublevados frente a la invasión napoleónica. Participa activamente en los Sitios de Zaragoza como ayudante del ilustre Antonio Sanguinetti, ingeniero responsable de las obras de fortificación de la ciudad hasta su muerte. Al capitular Zaragoza es trasladado a Francia al depósito de prisioneros de Nancy para posteriormente pasar al de Chalons-Sur-Marne. Allí jura fidelidad a José Bonaparte y trata de regresar repetidas veces a España para ponerse a sus órdenes. No lo consigue y finalmente ese mismo juramento se utilizará por el gobierno de Fernando VII para impedir su vuelta a España hasta 1831. En 1834, tras haber perdido su carrera militar, es admitido en el Cuerpo de Ingenieros de Caminos y Canales, posteriormente Cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Durante los últimos diecisiete años de su vida desempeñará diversas funciones en el citado cuerpo. Muere en Albacete en 1851 a los sesenta y siete años.

El referido y somero resumen de la biografía de Caballero arroja la sorpresa de encontrar el dato de que uno de los esforzados defensores de Zaragoza, incluso con un puesto de cierta relevancia, había jurado fidelidad al hermano del emperador a los pocos meses de la capitulación de la ciudad. ¿Cómo podía ser posible? El caso era todavía más sorprendente puesto que Caballero no se encontraba en Zaragoza cuando se publicó el levantamiento de la ciudad. Él se encontraba en Madrid y se dirigió expresamente a Zaragoza ante la inminencia del conflicto con los franceses. ¿Cuál podría ser la motivación de un militar e ingeniero para, en primer lugar, jugarse

la vida luchando con los sublevados contra el pretendido orden napoleónico y posteriormente ponerse a su servicio?

La complejidad de la respuesta exigía, a juicio del que escribe, una interpretación relacionada con su trayectoria vital y su entorno. A partir de tal análisis comenzó a germinar la idea de que el ingeniero no era un caso tan peculiar sino que posiblemente respondía casi de manera lógica a la caótica situación que le correspondió vivir. Y Caballero optó por tomar unas decisiones discutibles pero seguramente razonables desde su punto de vista particular en cada instante. Desgraciadamente algunas de esas decisiones, por los caprichosos avatares del destino, acabaron por condenarle a sufrir experiencias brutalmente extremas.

La figura de Manuel Caballero, supone, en resumen, la mezcla confusa y desordenada de todas esas posiciones, la del honor castrense y la razón ilustrada, la de la defensa de Zaragoza y la del juramento josefino. Y su figura definitivamente representa mucho más que la autoría de un mero texto descriptivo de los sucesos acaecidos en Zaragoza en 1808 y 1809; supone una valiosa muestra del tránsito individual y singular entre la concepción de un país retrasado y anquilosado y la tímida promesa de progreso posterior. La naturaleza fundamentalmente compleja del ingeniero no es sino el reflejo de la situación del país en ese momento y precisamente por eso se ha prestado especial atención a su biografía intentando localizarla en el devenir social en el que se encontraba inmerso. Consecuentemente se incluye un capítulo dedicado al relato biográfico de la persona detrás del escrito acompañado de aquellos aspectos sociopolíticos que entendemos resultan de interés para gozar de mayor perspectiva en la crítica de la información incluida. Tal labor no es objeto del libro puesto que no se pretende desvirtuar el fin último pretendido que, como se ha dicho, es la reedición del texto que Caballero escribió pocos años después de su participación directa en los Sitios.

El citado capítulo biográfico de Caballero incluye tres apartados concretos en los que se introducen varios temas con carácter previo que igualmente entendemos que resultan fundamentales para conocer al personaje y que no están tratados de manera concreta en la bibliografía relacionada con los Sitios de Zaragoza sino en otras especializadas en sus respectivos ámbitos. Dichos apartados son los siguientes:

- Los ingenieros militares y los ingenieros de caminos, canales y puertos.
- Los francesados, los josefinos y los liberales.
- La vida en un depósito de oficiales del imperio.

Como se ha señalado son temas aparentemente externos al objeto tratado pero que arrojan luz sobre la personalidad de Manuel Caballero, y con la entidad suficiente como para merecer que el lector pueda introducirse directa y someramente en ellos sin necesidad de recurrir a libros más especializados.

Por último, y previamente al capítulo de la traducción del texto, se incluye un apartado dedicado a explicar el proceso de edición de la *Défense* con las diversas licencias asumidas.

1.3. LA DÉFENSE Y LA NECESIDAD DE UNA NUEVA EDICIÓN

Ya se ha dicho que el ingeniero gaditano de nacimiento Manuel Caballero Zamorategui fue uno de los testigos de excepción de los dos asedios que sufrió la ciudad de Zaragoza en los años 1808 y 1809, y además escribió uno de los documentos de referencia que a partir de entonces ha manejado cualquier estudioso e investigador en la materia.

Desafortunadamente la figura de Caballero y su propia obra nunca han gozado del reconocimiento necesario. De hecho llama poderosamente la atención que su texto *Défense de Saragosse*, publicado en francés en 1815, nunca haya sido traducido al español. Semejante circunstancia, sin duda, se debe a dos grandes motivos. El primero es la condición liberal, afrancesada y josefina –aunque fuera tardía– del propio Caballero, que perjudicó claramente la difusión de su obra en los momentos inmediatamente posteriores al desenlace de la Guerra de la Independencia, precisamente cuando los ánimos estaban más inflamados de orgullo patriótico. Caballero era uno de esos personajes sospechosos que fueron tan perseguidos durante el desastroso reinado de Fernando VII por lo que resulta fácil de entender lo inoportuno que suponía mentar el testimonio del ingeniero. En segunda instancia debe subrayarse que en época fernandina ya se escribió extensamente acerca de los comúnmente denominados Sitios de Zaragoza³, y que todo aquel que quiso profundizar en todo lo ocurrido en la capital aragonesa en aquellos días utilizó sin miramientos el ya conocido escrito de Caballero. En algunos casos lo citó respetuosamente, y en otros simplemente manipuló la información sin nombrar la procedencia. En cualquier caso, unos años después de los sucesos de Zaragoza todos los datos históricos que aportaba el ingeniero estaban ya recogidos, de una u otra manera, en muchos otros libros relacionados. No daba la sensación de que la traducción del escrito afrancesado tuviera la más mínima importancia.

Aparte del diario de Faustino Casamayor⁴ y del opúsculo del inglés Charles R. Vaughan⁵ en el período entre sitios, el primer libro publicado con cierta rigurosidad en relación a los hechos acaecidos durante los Sitios de Zaragoza corresponde a Joseph Rogniat, comandante de ingenieros de las tropas imperiales durante el segundo asedio, en 1814. Posteriormente el propio Rogniat encomienda a Caballero la redacción de la perspectiva española del episodio bélico, que se publica al año siguiente. Desde entonces los libros que se van publicando recogen parcial o totalmente, cuando no se dedican solo a transcribir, datos aportados por Caballero. Nos referimos, por citar solo algunos, a los textos de Agustín Alcaide Ibieca (1) en 1830 o Gómez de Arteche (2) en 1868 por parte española. Los escritores franceses igualmente conocen la obra del

³ Aunque como ya se ha comentado de manera parcial y preconcebida.

⁴ Aunque se escribió durante los asedios no se publicó hasta 1908 y de manera parcial. Finalmente en 2000 se publicó la totalidad (35).

⁵ El secretario de la legación británica ante la Junta Central visitó Zaragoza poco después de la conclusión del primer asedio y escribió un folleto, (36), en relación a los hechos que conoció.

ingeniero español y la utilizan como fuente documental. Es el caso de Daudevard de Ferussac (3), Belmas⁶ o Lejeune⁷ en 1840.



Figura 2: JOSEPH ROGNIAT (1776-1840).

Hubo que esperar prácticamente un siglo para que se produjera el primer intento serio de recuperar el texto de Caballero. Tal esfuerzo lo representa el libro de Francisco Rodríguez Landeyra y Francisco Galiay, capitán de infantería y teniente auditor de guerra respectivamente, publicado en 1908 aprovechando la conmemoración del primer centenario del inicio del primer asedio. Los citados autores escriben una versión crítica⁸ del libro de Rogniat el que enjuician la veracidad de los datos aportados por el militar francés⁹ y muchos otros libros escritos hasta el momento. Obviamente, para llevar a cabo la empresa, tienen en consideración todo lo escrito

⁶ El año 2003 se recoge y traduce en (37) el extracto del texto original (39) publicado en 1836.

⁷ En 2009 se publica la traducción al español editada por Pedro Rújula (38) del libro original (40).

⁸ El libro (14) de Rodríguez Landeyra y Galiay formó parte de un conjunto de referencias bibliográficas que se editaron en 1908 para conmemorar el primer centenario de los Sitios de Zaragoza.

⁹ Rodríguez Landeyra y Galiay escriben al respecto de su trabajo de traducción del texto de Rogniat:

Esta consideración nos ha movido á traducir la obra por creer, aparte el afán que los bibliófilos puedan ver satisfecho con ello, que en una época que han de salir á luz numerosas publicaciones relativas á los Sitios de Zaragoza, era oportuno, frente á los relatos nacidos ó fundados en versión española, dar los del contrario, complemento preciso y crítica imparcial.

a lo largo de esos cien años para confirmar, corregir o desmentir muchas de las afirmaciones incluidas en el mencionado texto de Rogniat. Y en ese proceso son especialmente críticos con la obra de Agustín Alcaide,

Alcayde Ibieca se distingue entre todos, y en su labor irreflexiva de unir y zurcir recortes de los cronistas enemigos, y aún en la de traducir con olvido de la gramática, se refiere muchas veces á muros en los que los franceses sólo vieron tapias, y habla de reductor, baquetas, fosos, escarpas, contraescarpas y otras obras defensivas que sólo tuvieron realidad como tales en su imaginación y en su incompetencia en el asunto, puesto que de ningún modo podían designarse con tal nombre ajustándose estrictamente al arte de fortificación de aquellos tiempos.

Durante todo el documento los autores nombran en repetidas ocasiones el libro de Caballero citándole como una fuente de primer orden no tanto por la profusión de datos numéricos sino por la imparcialidad de sus aportaciones,

*Hasta aquí Caballero, cuyo relato es más apreciable por el juicioso cálculo del contingente total y de los parciales de cada arma, que por la exactitud en el número de cuerpos y designación de ellos.*¹⁰

Incluso incluyen traducciones de fragmentos de la *Défense* como documento básico de contraste a las afirmaciones de Rogniat. No solo eso, incluso en una cita de su libro, Rodríguez Landeyra y Galiay aluden a que la traducción completa del escrito de Caballero está terminada y se publicará en un mes. Desgraciadamente tal circunstancia nunca llegó a producirse y nadie ha vuelto a tomar el testigo desde entonces.

Sirva todo lo dicho hasta el momento para tratar de alinearse con la perspectiva que los citados Rodríguez Landeyra y Galiay tenían sobre la obra de Caballero. Así, consecuentemente, puede explicarse el interés de este editor por recuperar no solo su texto sino también su figura y personalidad.

En cuanto al texto propiamente dicho, la *Défense* resulta un escrito complejo por varias razones. En primer lugar por el estilo de redacción. De acuerdo a la obra publicada debemos pensar que Caballero escribe su manuscrito en español y posteriormente un ingeniero galo, Angliviel de la Beaumelle, traduce el texto al francés. El resultado del proceso es farragoso, en ocasiones falto de orden y con incertidumbres relacionadas con lo que realmente quiere expresar Caballero. Curiosamente no se puede dudar del dominio de Angliviel de la Beaumelle del idioma castellano puesto que se había atrevido anteriormente a traducir con notable éxito obras de teatro de autores españoles. Una explicación plausible podría ser que Caballero escribiera directamente su manuscrito en francés, idioma que manejaba con asiduidad desde sus años en

¹⁰ Cita extraída de la página 57 de (14).

la Academia de Alcalá de Henares¹¹. Sigamos suponiendo que su dominio de la lengua fuera suficientemente correcto para leer o mantener una conversación fluida pero escaso para escribir aseadamente un libro en francés. Tal circunstancia explicaría la presencia de Angliviél, que de esta forma se limitaría a corregir o pulir fallos gramaticales u ortográficos demasiado evidentes alterando mínimamente la obra escrita.

En segunda instancia el texto no responde precisamente a un ejercicio de investigación profunda y sosegada sino que rezuma urgencia y levedad. Parece demostrado que las necesidades económicas de Caballero en la Francia de 1815 exigían la rápida publicación del texto tomando como única y exclusiva referencia la memoria del gaditano. De esta manera la importancia de Caballero como testigo presencial y partícipe de los hechos relatados se reduce ligeramente por dicha falta de rigurosidad y concreción.

En cualquier caso la dimensión de la *Défense* excede de la torpe redacción, independientemente de los motivos, o de la precisión de los datos manejados. La *Défense* supone, en definitiva, el testimonio directo de aquellos días a través de un personaje prácticamente imparcial como demuestra su biografía.

¹¹ La mayoría de los textos docentes que se manejaban en la Academia de Ingenieros de Alcalá de Henares estaban escritos en francés y no había traducción disponible por lo que era estrictamente necesario que los alumnos dominaran el idioma del país vecino.

2.

BIOGRAFÍA DE MANUEL CABALLERO ZAMORATEGUI

2.1. INTRODUCCIÓN

En 1914 el filósofo Ortega y Gasset escribió la siguiente frase: *Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo*. Y algunas de las circunstancias que vivió y experimentó Manuel Caballero en primera persona explican muchos de los actos y decisiones que jalonaron su trayectoria vital.

Entre todas esas circunstancias existen tres que nos parece que resultan las más representativas y que entendemos que exigen una leve introducción, de manera que el lector pueda familiarizarse con ciertos aspectos antes de desarrollar la biografía del autor de la *Défense* de Saragosse. Dichas tres circunstancias son las relativas a:

- Los ingenieros militares y los ingenieros de caminos, canales y puertos.
- Los afrancesados, los josefinos y los liberales.
- La vida en un depósito de oficiales del imperio.

Como se verá a continuación, todas ellas contextualizan ciertas facetas de la poliédrica personalidad de Caballero e incluso arrojan cierta luz sobre las delicadas y controvertidas decisiones que tomó a lo largo de su vida.

2.2. LOS INGENIEROS MILITARES Y LOS INGENIEROS DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS

En la España de finales del reinado de Carlos IV comenzaba a valorarse no solo a los miembros de los estamentos tradicionalmente favorecidos por la Corona, es decir la nobleza, la aristocracia y los altos mandos militares, sino también a aquellos trabajadores públicos que permitían que la maquinaria del Estado pudiera seguir moviéndose. El amanecer ilustrado que supuso la instauración de la monarquía borbónica al inicio del siglo XVIII, y su posterior desarrollo, permitió que se crearan numerosas instituciones de enseñanza. El fin último de dichas instituciones consistía en generar hombres –las mujeres no se habían incorporado todavía a estos menesteres– preparados para conseguir que la Monarquía y el Estado no dejaran de funcionar y aseguraran la estabilidad de los estamentos favorecidos anteriormente citados.

Entre todas las instituciones de enseñanza destacaban sobremanera las academias de ingeniería en cualquiera de sus especialidades. Dichas ingenierías se habían configurado en verdaderas profesiones que manejaban con soltura los más recientes descubrimientos científicos para generar productos tecnológicos de todo tipo.



Figura 3: LA FAMILIA DE CARLOS IV. Francisco de Goya y Lucientes, 1800.

Precisamente la condición de ingeniero de Manuel Caballero explica mucho de su actitud personal ante la vida, por lo que resulta imprescindible comprender qué significaba la profesión a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. El ingeniero de esta época pertenece sin lugar a dudas a la élite social, no tanto por su posición jerárquica en dicha sociedad sino por la simple oportunidad de tener acceso a la cultura no contaminada, es decir sin filtros de ningún tipo. La naturaleza de la profesión exige leer y estudiar una buena cantidad de libros extranjeros, la mayoría en francés puesto que en ese momento es el único país que desarrolla de forma reglada la enseñanza de la profesión. Y dominar el idioma del país vecino, lo suficiente como para poder estudiar directamente libros técnicos, supone acceder a la cultura francesa de carácter enciclopedista¹². Así el ingeniero se convierte en un personaje atípico en la arcaica y retrasada sociedad española que, como se ha explicado en el apartado anterior, trata de desperezarse durante la última fase del reinado de Carlos IV introduciendo levemente ciertos criterios meritocráticos en la pirámide social. Sin duda la ingeniería es una de las actividades donde más puede advertirse tal situación puesto que los profesionales conforman un grupo homogéneo, tremendamente orgulloso de sus conocimientos, apegados a las prerrogativas adquiridas después de arduo trabajo de formación y plenamente conscientes de su superioridad intelectual. El ingeniero, en definitiva, es capaz de emocionarse participando en una verbena rural, admirando una puesta de sol, comprobando la correcta ejecución de un puente o de un camino, o disfrutando de una delicada arquería de piedra¹³. Se trata simplemente de una postura vital especialmente predispuesta por la cultura en cualquier forma de expresión y querencia por la mirada crítica apoyada en coordenadas lógicas y objetivables. Eso es lo que significaba la ingeniería en ese preciso momento e indudablemente lo que debería seguir siendo... Desgraciadamente tal digresión no forma parte del objetivo que persiguen estas líneas.

Por todo lo comentado parece fundamental tratar de resumir someramente la tradición de la ingeniería que le tocó vivir a Manuel Caballero, ya que su condición es parte fundamental de su personalidad y actitud frente a la vida.

ORIGEN DE LA INGENIERÍA COMO PROFESIÓN

En 1602 Francia institucionalizó la figura de los *ingénieurs du Roi* que eran los funcionarios encargados de vigilar la construcción y el mantenimiento de las fortificaciones y de las operaciones de asedio. Estos funcionarios dependían de la Superintendencia de Fortificaciones que había sido fundada unos años antes, concretamente en 1543. Es decir la monarquía francesa

¹² Recordemos que la *Encyclopedie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, se edita en Francia entre 1751 y 1772 bajo la dirección de Denis Diderot y Jean Le Rond d'Alembert. Tal magna obra supuso la publicación y difusión de todo el saber de la época en un texto claro y accesible.

¹³ El diario del ingeniero José María Román, compañero de Caballero, recogido en (12) es la muestra evidente de la sistemática del pensamiento del ingeniero de esa época.

fue la primera que entendió y asumió que la existencia de un personal especializado en todas aquellas actividades relacionadas con las fortificaciones suponía la prevalencia militar frente a los posibles enemigos. En los años posteriores todos los estados, en mayor o menor medida, fueron perfeccionando el sistema de generación y formación de estos profesionales. Francia, sin duda, fue el país que más rápidamente refinó el procedimiento apoyado en la gigantesca figura de Sébastien Le Prestre, Señor de Vauban (1633-1707). Vauban adquirió una fama que todavía perdura por su gran habilidad tanto en el diseño de fortificaciones como en su conquista. En 1691 se creaba el *Département des Fortifications des places de terre et de mer* del que Vauban fue automáticamente nombrado máximo responsable y del que dependían los mencionados *ingénieurs du Roi* que, de esta forma, adquirirían un estatus preciso e identificado. Con la creación de este estatus tan concreto, al menos temporalmente, se definía la separación entre las actividades relacionadas con la artillería y las directamente vinculadas a la ingeniería¹⁴, lo que los franceses denominaron *génie*.

Posteriormente, dado que el gobierno francés estaba decidido a impulsar el desarrollo económico del país y era perfectamente consciente de que para ello había que gestionar una gran actividad inversora relacionada con las obras públicas, creó en 1716 el *Corps des Ingenieurs des Ponts et Chaussées*. El objetivo último era definir un grupo de técnicos encargados específicamente de proyectar, construir y mejorar la red de comunicaciones y las infraestructuras hidráulicas del territorio nacional. Aunque la fecha de creación del *Corps* es la indicada debe decirse que con anterioridad ya existía la actividad específica de una serie de ingenieros a los que finalmente se denominó ingenieros de puentes y calzadas. Es decir que la diferenciación entre estos dos ámbitos, la ingeniería militar y la ingeniería civil, era un hecho desde finales del siglo XVII.

En España la situación era diferente. El número de ingenieros militares iba decayendo desde el último cuarto del siglo XVII, situación que se agudizó a comienzos del XVIII, precisamente cuando más falta hacían debido al desencadenamiento de la Guerra de Sucesión. En tales circunstancias Felipe V de España nombra en 1710 a un colaborador de Vauban, Jorge Próspero de Verboom (1667-1744), *Ingeniero General de todos los Reales Ejércitos, Plazas y Fortificaciones de todos los reinos, provincias y Estados de S. M.* La encomienda no solo consistía en dirigir y supervisar todas las obras militares sino igualmente en definir un programa de formación que posibilitara la creación de un grupo de técnicos especializados separados de la rama artillera replicando el modelo francés. En 1711 remitió al monarca el proyecto de organización del nuevo Real Cuerpo de Ingenieros para ser finalmente aprobado en abril de 1711. La gran novedad del sistema introducido por Verboom se basaba en constituir un cuerpo estrictamente jerarquizado en el que, ante todo y a diferencia del Ejército, se valorase el mérito y la capacidad personal para poder ascender en el escalafón. Debe recordarse que el patrón

¹⁴ El 8 de diciembre de 1755 se creó el *Corps royal de l'artillerie et du génie* uniendo ambas ramas por razones de economía y rendimiento. Tal decisión fue muy protestada por los ingenieros que consiguieron finalmente que fuera revocada el 5 de mayo de 1758.

habitual de medida para poder ascender de rango en el Ejército era la antigüedad o el grado de relación con los estamentos decisorios. Según la ordenanza, la carrera de ingeniero comenzaba con el grado de delineante¹⁵ o *designiador*, que permitía ingresar en el cuerpo como ingeniero ordinario o ingeniero en tercera. Posteriormente se podía ascender, siempre por méritos, a ingeniero en segunda y a ingeniero en primera o ingeniero jefe. Posteriormente se creará la figura de ingeniero extraordinario, superior al delineante, y que supondrá la posibilidad de adscribir provisionalmente al Cuerpo de Ingenieros a miembros de otras armas del Ejército.

A partir de ese momento los ingenieros de Verboom reformaron el sistema defensivo y promovieron el desarrollo de las obras públicas del reino. Algunos ejemplos son los desarrollos urbanísticos de barrios enteros de muchas ciudades y villas y la construcción de infinidad de cuarteles, hospitales, almacenes, puertos y canales de riego. No contento con los logros alcanzados, y con el objetivo de estructurar y facilitar la educación de oficiales del Ejército y sistematizar la posterior admisión en el cuerpo, Verboom fundó en Barcelona la Real Academia Militar de Matemáticas y Fortificación en 1720.

Las materias impartidas se basaban en el conocimiento profundo de las matemáticas y en todas las disciplinas que emanaban de ellas como la geometría práctica, la estática, la óptica o la cosmografía. Se entendía que el dominio de dichas herramientas resultaba necesario para alcanzar la inteligencia de las artes mecánicas que permitía llegar a ser un inteligente militar, un práctico artillero o un científico náutico. En definitiva se pretendía crear un centro que sirviera para todas las ramas del Ejército –ingeniería militar propiamente dicha, artillería y navegación– asegurando unos conocimientos científicos mínimos indispensables. Posteriormente esta idea inicial fue derivando en otra consistente en fomentar exclusivamente centros de artillería e ingeniería. La admisión se restringía, a imagen y semejanza de la realidad social existente, a hijos de ingenieros, oficiales o cadetes, y nobles.

A raíz del éxito de la Academia de Barcelona se fundaron nuevos centros con aceptación diversa y en 1768 se establecieron las condiciones para acceder al cuerpo señalando que solo podían ingresar cadetes u oficiales de infantería, caballería, dragones, artillería y marina, previo examen de matemáticas y dibujo. En 1770 se creó el Cuerpo de Ingenieros de la Marina con competencias específicas en los proyectos y obras de arsenales.

Al poco tiempo, en septiembre de 1774, se definió una nueva organización que dividía al Cuerpo de Ingenieros, entonces formado por 144 miembros, en tres secciones:

- Ramo de Academias Militares de Barcelona, Orán, Ceuta y demás que se puedan crear, con Silvestre Abarca de director.
- Ramo de Plazas y Fortificaciones del Reino, bajo la dirección de Pedro Lucuce.

¹⁵ Tras la reforma de 1768 el ingeniero delineante pasará a denominarse ayudante de ingeniero.

- Ramo de Caminos, Puentes, Edificios de Arquitectura Civil y Canales de Riego y Navegación, cuyo director era Francisco Sabatini.

De los mencionados 144 ingenieros sitos en la península ibérica, 14 se adscribieron al ramo de Academias, 29 al de Caminos y el resto, 101, a Fortificaciones.

La rama de Caminos, junto con la creación por parte del conde de Floridablanca de la Dirección General de Caminos en 1785, supuso el germen de la creación de la Inspección General de Caminos y Canales en 1799¹⁶ y la definición como profesionales específicos de los Ingenieros de Caminos y Canales. Tres años más tarde se inauguró el primer centro académico para la reciente especialización en ingeniería civil, la Escuela de Estudios de la Inspección General de Caminos.

En 1796 se crea igualmente el Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos, para el estudio de la astronomía y su aplicación a la geografía. El nuevo cuerpo tenía como objetivo inmediato el levantamiento de la carta geodésica de España y se concebía como un colectivo de estructura netamente militar.

Y por último, en 1802, los cuerpos de artillería y de ingeniería se separan ya definitivamente. De esta manera de los cometidos iniciales de los ingenieros militares genéricos españoles a mediados del siglo XVIII se había pasado a la especialización en tres ámbitos todavía relacionados con la esfera militar:

- Ingeniero militar, relacionado básicamente con todo aquello vinculado a las obras de fortificación.
- Ingeniero de la Marina, relacionado con proyectos y obras de arsenales portuarios.
- Ingeniero cosmógrafo, relacionado con estudios geográficos.

Y uno más ya desgajado del anterior ramo de Caminos y que se vinculaba directamente a autoridades civiles.

Al año siguiente se publicó la Ordenanza del Real Cuerpo de Ingenieros del Ejército, escrita por el general aragonés Vicente Ferraz, en la que se organizaban definitivamente, por iniciativa del ingeniero general José de Urrutia, los tres aspectos claves del cuerpo:

- Competencias
- Centros de formación
- Unidad operativa

¹⁶ Desde 1788 el ingeniero Agustín Betancourt planteaba la necesidad de crear una escuela específica para la formación de los ingenieros de caminos y canales, a imagen y semejanza del modelo francés. Floridablanca aceptó el proyecto y le comisionó para estudiar en la *École des Ponts et Chaussées*.

La Ordenanza de 1803 permitió que se establecieran completamente las reglas y las directrices del cuerpo, ahora ya exclusivamente militar. Por un lado se definía una rama facultativa –los ingenieros– con la misión de proyectar y dirigir las obras de fortificación y arquitectura militar; y por otro se generaba una rama operativa –los zapadores-minadores– que se convertía en una unidad especializada en misiones de organización del terreno y de facilitar el movimiento de la totalidad de las tropas.



Figura 4: LA ACADEMIA DE INGENIERÍA DE ALCALÁ DE HENARES, ca. 1803.

La Academia fue inaugurada el 1 de septiembre de 1803 en Alcalá de Henares con instrucciones del General Samper¹⁷ de proporcionar una sólida formación matemática y científica a los ingenieros militares.

Las funciones de los ingenieros militares estaban enfocadas completamente hacia las actividades relacionadas con el arte de la guerra, es decir eminentemente el ataque y la defensa de las fortificaciones. Y si bien este era el objetivo primordial, sus tareas se ampliaban a la preparación de una plaza o territorio para su defensa e incluso la organización y gestión de los mismos en el caso de sitios o asedios durante prolongados períodos de tiempo. Además, gracias a su excelente preparación científico-técnica, el campo de actuación de los ingenieros militares se extendía hasta la planificación de obras públicas de todo tipo: trazado de vías de comunicación, ejecución de puentes, túneles, desarrollo de planes urbanísticos, planteamiento de redes de abastecimiento y saneamiento,

¹⁷ Antonio Samper era igualmente ingeniero y fue nombrado en 1802 director subinspector. En 1803 ya es jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Ingenieros del Generalísimo Godoy.

etc. Asimismo los oficiales de ingenieros eran los responsables de la instrucción teórica y práctica del Regimiento de Zapadores y Minadores (que ejercían al mismo tiempo las funciones de gastadores y pontoneros) ampliándose a la atención docente de otras escuelas y academias militares.

A raíz de la ya referida Ordenanza de 1803, el número de ingenieros en la península, Baleares y presidios de África ascendía cinco años después a 196, de los cuales 60 estaban destinados en el regimiento de zapadores y los 136 restantes al servicio de los ejércitos, plazas y fronteras. Se pasó a utilizar una nueva terminología, de carácter militar, abandonando la tradicional durante el siglo anterior.

A la cabeza del cuerpo figuraba el ingeniero general, que reunía las funciones de Inspector General de Fortificaciones, presidente de la Junta de Fortificaciones e inspector de las escuelas teórica y práctica para la instrucción de ingenieros y del Regimiento de Zapadores y Minadores. A continuación se encontraba el ingeniero director, que era el subinspector de las fortificaciones de la provincia o provincias de su distrito o mando. Seguidamente aparecían los rangos de:

- Coronel
- Teniente coronel
- Sargento mayor de brigada
- Capitán primero
- Capitán segundo o capitán subalterno
- Teniente
- Subteniente o teniente subalterno

El ingreso en el cuerpo también se definió de manera precisa manteniéndose normas rigurosas de selección. Los oficiales y cadetes que aspiraban a entrar en el cuerpo debían realizar un examen en la Academia de Alcalá de Henares que se convocaba dos veces al año, a primeros de mayo y a primeros de noviembre. Los candidatos debían llegar a la ciudad con una antelación mínima de un mes para presentarse en Madrid al ingeniero general. Este realizaba una primera selección de los que consideraba adecuados para examinarse y nombraba una comisión de cinco oficiales del Regimiento Real de Zapadores (de rango no inferior a capitanes segundos), entre los que podían figurar profesores de la Academia. El examen versaba sobre las materias impartidas en las Reales Escuelas de Barcelona, Cádiz y Zamora, y sobre dibujo militar. Solo se admitían en la Academia aquellos alumnos que obtenían sobresaliente en las materias científicas –o la calificación de “buenos” en aquellos casos en los que se supusiera al alumno un talento y disposición prometedoras– y al menos una puntuación de “bueno” en dibujo¹⁸.

¹⁸ Posteriormente, en el capítulo dedicado a la biografía de Manuel Caballero, se adjunta la valoración del ingeniero general José de Urrutia sobre las condiciones del joven candidato donde indica expresamente su *bueno aptitud para el Cuerpo*.

Concluidos los exámenes, el ingeniero general proponía las vacantes de subtenientes que en ese momento hubiere en el cuerpo a los alumnos que habían aprobado. Si había menos vacantes que alumnos aprobados se creaba una lista para ser elegidos en el momento adecuado. Los que conseguían el ingreso adquirían el grado de subtenientes y pasaban a la Academia de Alcalá de Henares, donde cursaban estudios durante tres años agregados a las compañías del Regimiento Real de Ingenieros.

LOS INGENIEROS DE CAMINOS

Como se ha dicho la organización del Cuerpo de Ingenieros en tres secciones en 1774 fue el germen que, junto con la creación por parte del conde de Floridablanca de la Dirección General de Caminos en 1785, motivó que pocos años después el ramo relacionado con las obras civiles se desgajara de la matriz militar. Así en 1799 se crea la Inspección General de Caminos y Canales.

José Naudín fue nombrado como primer Inspector General de Caminos y Canales en 1799 para ser sustituido por el ingeniero canario Agustín de Betancourt dos años después. La Real Orden de 12 de junio de 1799 definía tres comisarios y ocho ayudantes de caminos que supusieron los miembros fundadores del Cuerpo de Ingenieros de Caminos. Uno de los comisarios era José Agustín de Larramendi¹⁹ (1769-1848) que en ese momento era teniente del recién formado Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos.

El 19 de noviembre de 1802 comenzaron las clases de la Escuela de Estudios de la Inspección de General de Caminos para cinco alumnos que el 10 de agosto de 1804 fueron incorporados como miembros de la Inspección tras haber superados sus dos años de formación. Hubo una segunda y una tercera promoción en 1805 y 1806 aunque la escuela languideció por la ausencia de sus principales impulsores²⁰ hasta su cierre en 1808.

En 1803 Betancourt redactó una extensa memoria al Superintendente de Caminos y Correos en la que significaba especialmente la necesidad de inversión en obras públicas así como de potenciar el cuerpo profesional dedicado a llevarlas a cabo. Incluso definía la estructuración del cuerpo de acuerdo a un escalafón propio:

- Ayudante tercero con un sueldo anual de 9.000 reales, responsable de estar al frente de veinte leguas de camino.

¹⁹ José Agustín de Larramendi, como posterior Director General de Caminos y Canales, será el que posibilitará el acceso de Caballero al Cuerpo de Ingenieros de Caminos en 1834.

²⁰ Además de Agustín de Betancourt resultó fundamental la figura de José María de Lanz (1764-1839) que fue el verdadero director académico de la Escuela de la Inspección hasta el cierre de 1808.

- Ayudante segundo con un sueldo de 12.000 reales, responsable de levantar planos, realizar la construcción de las obras públicas más importantes de puentes y canales y de efectuar los reconocimientos encomendados por la Inspección.
- Ayudante primero, con sueldo de 15.000 reales.



Figura 5: AGUSTÍN DE BETANCOURT, ca. 1810.

El 26 de julio de 1803 se publicó la Real Orden en la que se recogían fielmente las ideas de Betancourt y apareció por primera vez la denominación de Ingenieros de Caminos y Canales.

Durante la Guerra de la Independencia se clausuró la Escuela y los escasos ingenieros de caminos tomaron diferentes decisiones respecto al bando a considerar. El gobierno de José Bonaparte, en otro de sus numerosos proyectos inconclusos, trató de organizar un cuerpo de ingenieros civiles adscrito al Ministerio del Interior a imagen y semejanza del modelo francés. La falta de dominio efectivo del territorio impidió llevarla a cabo.

Tras la retirada de los ejércitos franceses en 1814 la organización de las obras públicas en España retrocedió hasta tiempos anteriores a 1799. La Escuela no fue reabierta y aunque la figura del inspector no llegó a suprimirse, el puesto permaneció vacante y el cuerpo reducido prácticamente a su desaparición. Todos los miembros fueron destinados a tareas menores y muy mal remuneradas. Esta situación se mantuvo durante toda la primera época del reinado de Fernando VII.

La llegada del orden constitucional en 1820 supuso un impulso para el cuerpo cuando se nombró la Comisión de Caminos y Canales compuesta por cuatro funcionarios entre los que sobresalía la figura de José Agustín de Larramendi. Dicha Comisión presentó una Memoria el 30 de septiembre de 1820 en la que se analizaba la situación de las diversas obras de caminos y canales. Igualmente se definían las líneas maestras de un plan director y se proponía la reapertura inmediata de la Escuela, que finalmente se consiguió y se mantuvo hasta 1823 cuando nuevamente volvió a clausurarse con el abrupto final del sueño liberal.

El segundo período del reinado de Fernando VII comenzó de la misma forma que el primero, con los procesos de depuración de todos aquellos que habían intervenido en el intento de relanzamiento del cuerpo entre 1820 y 1823 e incluso de los alumnos de la escuela, dado que su ya comentado acceso a la cultura les convertía en sospechosos.

En los últimos años del reinado fernandino comenzaron a producirse nuevos intentos de recuperar la organización del cuerpo tal y como la había pensado Betancourt y la había repensado Larramendi durante el Trienio Liberal. Precisamente fue este último el que en 1829 presentó un nuevo plan de organización de la Dirección General de Caminos y Canales que, sin ser definitivo, sirvió para nombrarle como agregado a los directores ya existentes de Correos y Caminos.

Aprovechando la regencia de María Cristina a consecuencia de la enfermedad de su marido, y dado el imprescindible perfil liberal que la esposa de Fernando VII necesitaba proyectar para mantener el control del gobierno, se estableció la Dirección General de Caminos y se reabrió con carácter definitivo la Escuela de Caminos. Para normalizar el funcionamiento del cuerpo fueron necesarios algunos años más hasta que el Reglamento fuera aprobado, en 1836, y las primeras promociones, a partir de 1839, cubriesen las vacantes necesarias.

De tal manera, en 1836, la plantilla de los ingenieros de Caminos estaba compuesta por individuos de varias procedencias²¹:

- Ingenieros de Caminos fundadores, nombrados en 1799 o inmediatamente después, como Agustín de Larramendi.
- Alumnos de la Escuela de Caminos inicial de Betancourt y Lanz.
- Alumnos de la segunda escuela del Trienio Liberal.
- Militares ingresados antes de 1834. Algunos absolutistas y otros liberales e impurificados.
- Militares ingresados a partir de 1834. Todos ellos con méritos contrastados como liberales, como Manuel Caballero.
- Arquitectos de la Academia de San Fernando.
- Celadores.

²¹ Tal y como Fernando Sáenz Ridruejo cita en (34).

En 1839 el Ministerio solicitó un estadillo con la relación de los ingenieros de la Dirección General. Larramendi lo preparó con fecha el 11 de mayo. En ese momento aparecían treinta y seis ingenieros de caminos, incluyendo al director general; el resto eran dos inspectores generales, dos subinspectores, dos ingenieros primeros, cinco ingenieros segundos, nueve ayudantes primeros y quince ayudantes segundos.

En 1844 los subinspectores pasaron a denominarse inspectores de distrito; los ingenieros primeros y segundos se convirtieron en jefes de primera y de segunda clase, respectivamente, mientras que los ayudantes pasaron a llamarse ingenieros. No volverá a haber ayudantes en el ramo de obras públicas hasta que en 1854 se cree dicha titulación como cuerpo independiente del de ingenieros y con una escuela propia para su formación específica.

A mediados de siglo, en 1848, ya había noventa y cuatro ingenieros de caminos, aparte de cuatro supernumerarios. Quince años después el número aumentaba hasta los ciento sesenta y seis en activo.

2.3. LOS AFRANCESADOS, LOS JOSEFINOS Y LOS LIBERALES

Como Aymes recoge en (4), Menéndez Pelayo sugirió la fuerte influencia de los deportados de la Guerra de la Independencia sobre la orientación de la vida española después de 1815. No podemos estar más de acuerdo con Menéndez Pelayo, pero seguramente sin el aroma malévolo que rezuma la sentencia, y básicamente porque la España actual, la España desde hace más de dos siglos, resulta difícil entenderla sin la confrontación de sempiternos bandos opuestos. Enumeremos a los fernandinos y los liberales, a los progresistas y los moderados, a los realistas o ultrasolutistas y los isabelinos, e incluso a los más recientes republicanos y nacionales.

De hecho resulta imposible explicar el reinado de Fernando VII, el producto nacional de la derrota napoleónica, sin la necesaria relación de confrontación con todo aquello que desprendiera aroma liberal. El período que comienza en 1814, de hecho, solo se puede entender precisamente en la balanza entre los antagonismos citados con sus correspondientes revoluciones e involuciones.

Por otro lado resulta factible argumentar que la peculiar relación entre Francia y España comienza con la instauración de la barrera defensiva que fija la Marca Hispánica en la frontera pirenaica. La posterior disgregación del imperio carolingio y la emancipación de los territorios españoles supone el comienzo del relato de amor y odio entre los dos territorios vecinos. Desde aquellos tiempos pretéritos de finales del siglo VIII hasta el final de la dinastía de los Habsburgo las relaciones entre España y Francia fueron especialmente tirantes con numerosas contiendas bélicas jalonando el paso del tiempo. Como resultado de la Guerra de Sucesión española la dinastía francesa de los borbones accede a la corona española complicando todavía más la situación puesto que se adopta el típico modelo centralista francés en lugar del modelo federal de los Austria.

El advenimiento de los borbones coincide con el amanecer ilustrado en España, que desde entonces mirará a París como referencia cultural y social. Pero en Francia el *Ancien Régime* se tambalea hasta que salta definitivamente por los aires en 1789 con el estallido de la Revolución francesa. A partir de ese momento todas las potencias continentales, todavía enmarcadas en el modelo social anterior, lucharan denodadamente por evitar el contagio de las ideas revolucionarias hasta el suelo patrio.

Por tanto durante el reinado de Carlos III y Carlos IV se puede decir que afrancesados eran todos aquellos con especial querencia e interés por todo lo que sucedía en Francia. El interés podía ser tan banal como el gusto por la moda o tan intenso como profesar la ideología revolucionaria que iba fermentando en el país vecino. Dado que Francia era en ese momento el país más avanzado del continente, resultaba normal que todo aquel que tenía la posibilidad de acceder a la cultura o a la formación de una profesión en concreto (por ejemplo la ingeniería) dominara el idioma galo puesto que los libros estaban escritos en francés. Es decir, existía una estrecha relación entre Francia, la cultura y un cierto antagonismo con el anquilosado modelo

social español, que aunque se había desperezado ligeramente gracias a los empujones ilustrados, todavía adolecía de la necesaria generalización. En consecuencia la querencia por lo francés, es decir el afrancesamiento, suponía una diferencia no solo de clase social sino igualmente de aspiraciones vitales.

La posterior invasión de Napoleón terminó por asociar todo lo francés con el enemigo, con lo ajeno y peligroso, superponiendo la figura del corso a los avances de todo tipo que habían tenido lugar en la Francia del XVIII. Desde entonces ha sido habitual que en España conceptualizáramos a todos aquellos españoles que habían luchado contra el invasor como héroes, y a los que apoyaron a los Bonaparte como odiosos traidores. La realidad dista mucho de esta idea puesto que todos aquellos que apoyan el reinado de José I lo hacen con el deseo de sacudir el modelo social existente hasta ese momento. Obviamente Napoleón representaba al invasor pero igualmente suponía la personalización de las ideas revolucionarias que todavía subsistían en el modelo imperial.

Se debe poner en tela de juicio, por tanto, el aparente escaso patriotismo de los josefinos, es decir de aquellos españoles que juran fidelidad al intruso, puesto que la mayoría de ellos solo pretende servir a su país de otra manera que ellos juzgan mucho más eficiente.

El resultado de la guerra, la derrota de Napoleón y el advenimiento de una figura tan oscura como la de Fernando VII supone el fin del intento de cambio social en España. Aunque el avance de las ideas suela ser imparable, “el Deseado” combatió denodadamente el incipiente liberalismo con extrema habilidad. Incluso, en un alarde de pragmatismo, llegó a transigir durante tres escasos años con la “peligrosa” constitución de 1812, que no era más que un pálido reflejo de las ideas revolucionarias francesas.

A partir de entonces en la política española siempre existirán dos bandos contrapuestos, uno conservador alineado con la situación existente y poco dado a los cambios de cualquier tipo, y otro liberal o progresista en el que se pretende cambiar el modelo social de manera más rápida y brusca.

2.4. LA VIDA EN UN DEPÓSITO DE OFICIALES DEL IMPERIO

Se calcula que unas 65.000 personas, entre civiles y militares, estuvieron prisioneros en Francia en el periodo comprendido entre 1808 y 1814 en condiciones muy diversas. En el caso de las tropas militares el destino se definía atendiendo a su rango; mientras los deportados más ilustres eran recluidos en fortalezas o castillos y los soldados se agrupaban en batallones de trabajadores forzosos, los oficiales eran destinados a depósitos dentro del territorio francés.

Los prisioneros por capitulación de una ciudad solían correr mejor suerte que aquellos apresados directamente en los campos de batalla; en primer lugar porque sus vidas eran expresamente respetadas²² y luego porque se beneficiaban de alojamiento, alimentación y asistencia médica, aspectos de los que carecían sus camaradas condenados a dormir al raso o a contentarse en el mejor de los casos a una escasa ración alimenticia y a morir si las heridas graves no eran atendidas.

Una vez trasladados a los depósitos la vida del prisionero distaba mucho de ser un penoso y cruel cautiverio y, aunque lógicamente se controlaba el comportamiento de los deportados, el ambiente resultaba relativamente sosegado. La rigurosidad de los controles dependía, en definitiva, del oficial al mando y de la situación político-militar correspondiente.

En esa atmósfera suave y prácticamente aislada los prisioneros no solo se relacionaban entre ellos y sus vigilantes sino que igualmente establecían relaciones con la gente de la villa donde se localizaba el depósito. De hecho, a pesar de que el reo debía dormir habitualmente en las casernas, resultaba posible recibir permisos para visitar los alrededores incluso pernoctando en el exterior.

La estancia en el depósito sin ninguna tarea encomendada permitía que los prisioneros se agruparan por afinidades y se generasen numerosas relaciones que incluso cristalizarían años más tarde. Incluso resultaba frecuente entrar en contacto con ideologías liberales y con sociedades masónicas que posteriormente serían importadas en España.

²² Las condiciones de las tropas quedan habitualmente definidas en el texto de capitulación. En el caso de Zaragoza se recoge en los capítulos 2º al 4º transcritos en (35).

Id. 2º. Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas harán el juramento de fidelidad de Su Majestad Católica el Rey José Napoleón I.

Id. 3º. Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas que habrán prestado el juramento de fidelidad, quedarán en libertad de entrar en el servicio de defensa de Su Majestad Católica.

Id. 4º Los que de ellos no quisieren entrar en el servicio serán llevados prisioneros a Francia.

El contexto referido, más la trayectoria vital previa de cada personaje, permite explicar muchos de los acontecimientos que sucedieron años después²³ en España.

Durante el tiempo de cautiverio el gobierno de Napoleón aseguró que los prisioneros españoles recibieran las mismas pagas que los prisioneros de las diferentes potencias continentales con los que estaba en guerra. Tal cuestión no resultaba baladí en absoluto puesto que la situación política de España no era la misma que la de Inglaterra o Rusia. Al fin y al cabo el gobierno español estaba en manos, aunque fuera de manera muy frágil, de Napoleón por lo que España era, poco más o menos, un protectorado. En este sentido podría haberse interpretado que los insurgentes no tenían la condición de ejército rival sino simplemente movimientos guerrilleros civiles con lo que sus prisioneros no debían ser considerados como prisioneros de guerra. Como se ha dicho, afortunadamente, los prisioneros españoles fueron tratados como miembros de ejércitos enemigos.

En el caso concreto de Manuel Caballero, al tener una graduación de teniente coronel recibía 900 francos anuales o lo que es lo mismo, 75 francos por mes o 2,50 francos al día. Este régimen, establecido en otoño de 1808 y aplicable a los prisioneros alojados en los depósitos, se mantuvo en vigor hasta enero de 1813, aunque a partir de octubre de 1812 se redujeron las pagas de manera discrecional por orden del emperador.

Se ha mencionado el tono relajado de la vida en un depósito de oficiales, pero obviamente había destinos más duros y otros más suaves y tranquilos. Caballero vivió en dos depósitos, primero en Nancy y después en Chalons-Sur-Marne. Nancy era el destino elegido para los prisioneros de Zaragoza y el segundo era el depósito especial para todos aquellos españoles que habían jurado fidelidad a José Bonaparte en territorio francés. No sabemos mucho acerca de las condiciones de vida en Chalons-Sur-Marne pero no es difícil adivinar que resultaban todavía mucho más relajadas que las de Nancy.

Finalmente la abrupta caída del imperio no permitió prever el regreso de los prisioneros extranjeros a sus respectivos países de origen. El gobierno que sucedió al orden napoleónico, desconociendo la magnitud del problema, solo pudo improvisar. La medida general de liberación de los prisioneros de todas las nacionalidades es firmada por el príncipe de Bénévent el 13 de abril de 1814. Dos semanas después, el 27 de abril, se procede a regular el retorno de los deportados

²³ Merece la pena comentar el famoso caso de Rafael del Riego (1784-1823), que luchó contra la invasión napoleónica, para ser finalmente apresado y deportado a un depósito. Allí entró en contacto con el liberalismo y la masonería que solo reforzaron su ya arraigada tradición ilustrada familiar. Su fuga del último depósito donde fue destinado permitió evitar con solvencia los procesos de depuración del gobierno fernandino, reintegrándose nuevamente con éxito a su carrera militar. Desencantado por los seis años de degradación social y política del país durante el reino de "el Deseado", y en plena preparación del ejército expedicionario cuya misión era restablecer el orden en las colonias americanas, se pronunció el 1 de enero de 1820 contra el rey Fernando VII. Se inició así el periodo conocido como Trienio Liberal.

según su graduación: los oficiales se dirigirán libremente hacia su país provistos de una hoja de ruta individual, mientras que los suboficiales y soldados serán organizados en destacamentos, cada uno de los cuales incluirá varios hombres que hablen francés.

De esta manera los deportados españoles se encaminan hacia las fronteras pirenaicas para volver a su patria.

Mientras tanto, en España, el recién inaugurado gobierno de Fernando VII contemplaba el problema desde otra perspectiva y procedió a impedir en primera instancia el acceso a territorio nacional a aquellas personas con sospechas razonables de afrancesamiento.

2.5. CABALLERO: FAMILIA Y PRIMEROS AÑOS

El Motín de Esquilache de 1766 supone un punto de inflexión en el reinado de Carlos III. A consecuencia de dicho levantamiento, entre otras cuestiones, el rey ordena la sustitución de los ministros extranjeros por españoles y figuras como el conde de Aranda, Pedro Rodríguez de Campomanes o el conde de Floridablanca emergen y se convierten en los nuevos hombres fuertes de la monarquía. El conde de Aranda pasa a ocupar la presidencia del Consejo de Castilla para posteriormente, en 1773, convertirse en embajador en Francia. Floridablanca, por su parte, también es nombrado embajador plenipotenciario ante la Santa Sede el mismo año, y cuatro años más tarde, en 1777, toma posesión como secretario del Despacho de Estado.

Manuel Caballero y Zamorategui nace en Cádiz el 23 de abril de 1784, fruto de la unión del ingeniero militar Fausto Caballero y Oliver, destinado en la citada localidad, y la gaditana Teresa Zamorategui y Reguera. Esta había nacido en 1742 y era hija del conocido marino mercante vizcaíno afincado en Cádiz Bernardo Zamorategui. No debe sorprender que una joven natural de la ciudad andaluza tuviera un apellido tan notoriamente ajeno a la tierra puesto que Zamorategui fue uno de los numerosos navegantes vascos que emigraron a Cádiz con la intención de hacer fortuna en el puerto más importante de España de la época. Recordemos que en 1717 habían sucedido dos hechos que impulsaron decisivamente la prosperidad de la ciudad. Por un lado se fundó la Escuela de Guardiamarinas de San Fernando, municipio enclavado en la propia bahía, y por otro la Casa de la Contratación y el Consulado de las Indias se trasladaron desde Sevilla por mandato de Felipe V. La ciudad experimentó un crecimiento extraordinario y se construyeron numerosos edificios emblemáticos como la Real Fábrica de Tabacos, la Aduana, el Ayuntamiento y la Cárcel Real. Bernardo fue un experto marino del que sabemos que en 1726 había navegado desde el puerto de Santa Cruz hasta la bahía de Montevideo con *veinticinco familias canarias de cinco miembros cada una con sus útiles y bagajes*²⁴.

Por su parte Fausto Caballero y Oliver pertenecía a una histórica saga de militares que se remontaba al oficial de infantería Alonso Cavalieri, nacido en la fortaleza de Porto Longone (hoy Porto Azzurro en la Isla de Elba) en 1662 y casado con Luisa Isabel Rigoni, de Portoferraio, en la misma isla. El matrimonio tuvo varios hijos entre los que figuraban Juan y Blas. El primero, Juan Caballero y Rigoni (Porto Longone, 1713), se convirtió en un prestigioso ingeniero militar en España, como también lo fue su hijo Manuel Caballero y Alborá²⁵. El segundo, Blas, se casó con una mujer llamada María Antonia Oliver, y de su unión nació Fausto en Valencia el año 1739.

²⁴ Bernardo de Zamorategui debió cruzar el océano Atlántico unas cuantas veces, tal y como se recoge en (17).

²⁵ Como ha acreditado acertadamente Jesús Sánchez Miñana en (11), la existencia de dos ingenieros de la misma época con el mismo nombre y primer apellido, Manuel Caballero, ha generado diversos errores citados de manera explícita por el autor. Anecdóticamente formaban parte de la misma familia como tío y sobrino.

Fausto Caballero comienza su carrera militar en 1757 sirviendo como cadete en el Regimiento de Infantería de Sevilla, participa en la campaña de Portugal y en abril de 1762 asciende a subteniente de infantería. Posteriormente ingresa y estudia en la Real Academia Militar de Matemáticas y Fortificación de Barcelona y el 15 de agosto de 1764 es nombrado ingeniero delineador con destino en la misma plaza, a las órdenes del ingeniero general Martín Cermeño.



Figura 6: PALACIO DE LA ADUANA, Cádiz.

En 1766 está ya destinado en Cádiz trabajando en la construcción de la nueva aduana y dos años después es nombrado ingeniero extraordinario. Su matrimonio con la hija de Bernardo Zamorategui es autorizado en 1779. Poco tiempo después, el 8 de marzo de 1781, dibuja un plano de la porción de la costa de Gibraltar, comprendida entre el muelle y Punta Europa²⁶. Tres años después, el 23 de abril de 1784, nace su hijo Manuel, es decir Fausto cuenta con cuarenta y cinco años mientras su mujer tiene cuarenta y dos. Al día siguiente del nacimiento, el hijo de la pareja es bautizado como Manuel de los Dolores-Jorge-José en la iglesia parroquial castrense del Real Hospital de Marina. El año siguiente Floridablanca crea la Dirección General de Caminos, germen del futuro Cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

Siguiendo la producción de sus planos inferimos que Fausto Caballero todavía permanece en Cádiz en 1786, puesto que existe un documento²⁷ fechado el 9 de marzo de ese mismo año de ampliación de la Alhóndiga de la ciudad. El 2 de mayo de 1787 se publica una Real

²⁶ (27), p.90, referencia extraída del AGS MPD, XXVIII-15.

²⁷ (5), MPD, 63-081.

Orden por la que es destinado a las Islas Canarias en las que desarrolla múltiples trabajos. Las muestras de algunos de ellos han llegado a nuestros días como el plano de la batería y espaldón reedificado para la escuela práctica de Santa Cruz de Tenerife²⁸ del 31 de enero de 1788 o el plano de la batería de San Joaquín situada en la cuesta de La Laguna, Tenerife²⁹, realizado el 2 de julio de 1789.

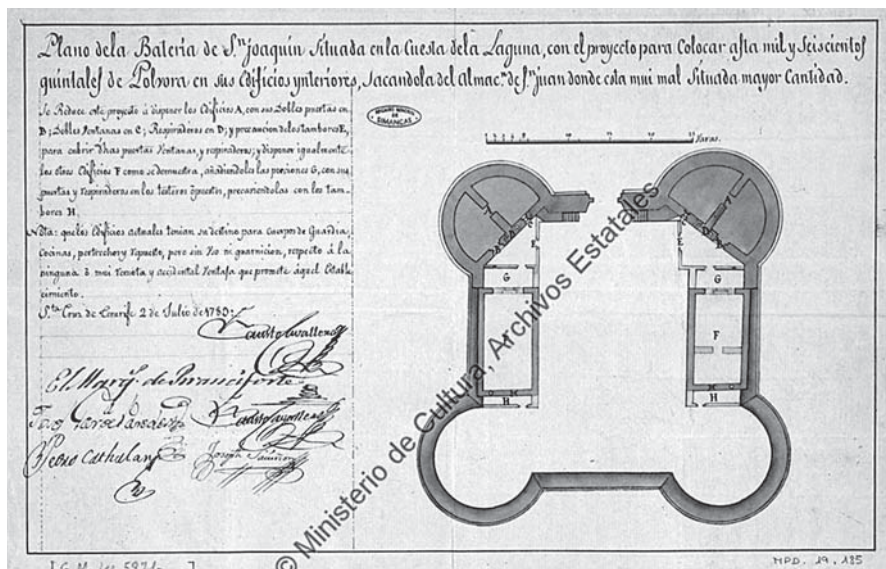


Figura 7: PLANO DE LA BATERÍA DE SAN JOAQUÍN, 2 de Julio de 1789.

Fausto Caballero, (5), MPD, 19-185

El 14 de diciembre de 1788 muere Carlos III y su hijo Carlos asciende al trono. El nuevo rey mantiene en su puesto al conde de Floridablanca por recomendación del monarca fallecido. Un año después, motivado por el estallido de la Revolución francesa, se produce un cambio radical en la política española imponiendo un progresivo aislamiento del país tratando de evitar el contagio y propagación de las ideas revolucionarias. En esa línea Floridablanca cancela los proyectos reformistas iniciados durante el reinado anterior comenzando de esta manera una época de conservadurismo y represión.

Fausto Caballero es destinado nuevamente a la península y en 1790 es nombrado ingeniero en segunda y enviado como maestro principal a la Academia de Zamora³⁰.

²⁸ (27), p.90, referencia extraída del AGS MPD, XIX-184.

²⁹ (27), p.90, referencia extraída del AGS MPD, IX-185.

³⁰ (27), p.95, referencia extraída de (24).

En febrero de 1792 el conde de Aranda, conocido simpatizante de los ilustrados y enciclopedistas franceses, sustituye a Floridablanca como secretario de Estado relajando las medidas aislacionistas impuestas por su antecesor. Finalmente la convulsa situación de Francia y su excesivo celo reformista precipita su caída y provoca su sustitución por Manuel Godoy, un guardia de corps que se ha ganado progresivamente la confianza de la reina María Luisa y aparentemente libre de influencias y relaciones con las facciones de Aranda, Floridablanca y el resto de la nobleza.

Tras la ejecución de Luis XVI de Francia el 21 de enero de 1793, Godoy, en una de sus primeras decisiones de gobierno, firma la adhesión de España a la Primera Coalición contra Francia. Desde marzo de ese año se inician las hostilidades en la denominada Guerra del Rosellón o de la Convención. Fausto Caballero participa en la campaña militar y el 24 de junio de 1793 dibuja la *Vista de Bellefade... rendido a las armas del rey de España*³¹. En marzo de 1794, ya como coronel, se encuentra en el Fuerte de Los Baños (en Portvendres) y se le ordena en esta fecha que se ponga a las órdenes del cuartel maestro general de Port-Van³². En mayo de ese mismo año se encuentra destinado en Gerona³³.

El 19 de octubre de 1794 se publica una Orden del capitán general de los Ejércitos, Manuel Negrete de la Torre, conde de Campo Alange, donde se indica que,

S. M. se ha servido resolver se abra de nuevo la enseñanza de las Matemáticas en las Escuelas Militares para instrucción de los oficiales y Cadetes del Ejército. Se nombran maestros de la de Barcelona a los ingenieros en segunda Domingo Belestá y Agustín Bueno, al ingeniero extraordinario Mariano Folgueras y al ingeniero ayudante Juan Pío de la Cruz. Para la de Zamora al ingeniero en segunda Fausto Caballero, al ingeniero ordinario Vicente Ferraz y al ingeniero extraordinario Antonio Sangenis³⁴. Para la de Cádiz al ingeniero extraordinario Gabriel de Vigo³⁵.

La incorporación a Zamora se retrasa por problemas de salud y por los diversos trabajos pendientes en Gerona. Durante el resto de ese año y el siguiente realiza varios planos entre los que destacan varias baterías y alguna actuación en el Fuerte de Montjuic en Gerona³⁶.

³¹ (27), p.90, referencia extraída de (16). *Bellefade* debe ser *Bellegarde*. El Fuerte de Bellegarde es una fortaleza del siglo XVII situada en la ciudad de Le Perthus, en el Rosellón. Durante la denominada Guerra del Rosellón fue asediada primero por los españoles y más tarde por los franceses.

³² (27), p.91, referencia extraída del ACA, 124 y 130. Port-Van quizás sea Portbou.

³³ (27), p.91, referencia extraída del ACA, 124.

³⁴ En este decreto encontramos el primer vínculo conocido entre Antonio Sangenis y Manuel Caballero. Es decir, mientras el primero formaba parte del claustro docente de la Academia de Zamora, el segundo, además de ser alumno, era hijo de un compañero suyo. Pensemos que Sangenis había nacido en 1767, por lo tanto en 1796 tenía 29 años por los 12 de Caballero y los 57 de su padre Fausto.

³⁵ (27), p.65, referencia extraída del ACA, 123.

³⁶ (27), p.91, referencia extraída del CHSM, 9629.

El 22 de julio de 1795 concluye finalmente la guerra con Francia³⁷ y en octubre su plaza de Gerona es ocupada por Manuel Llobet, pudiendo desplazarse finalmente a Zamora después de nueve meses de permiso³⁸. En noviembre solicita autorización para trasladarse a Madrid para renovar la salud³⁹. En febrero de 1797 es ascendido a ingeniero en jefe y en 1801 aparece destinado en Castilla la Vieja.

³⁷ La guerra fue en un principio favorable para España pero la contraofensiva francesa se adentró en territorios de Cataluña, Navarra y País Vasco. La réplica española consiguió estabilizar los diferentes y se llegó a una situación de cierta parálisis. Finalmente el 22 de julio de 1795 se firma la paz de Basilea por la que España cede a Francia su parte en la isla de La Española y ciertas ventajas económicas a cambio de la retirada francesa de los territorios peninsulares conquistados. A consecuencia de la firma Manuel Godoy recibe de Carlos IV el título de Príncipe de la Paz.

³⁸ (27), p.91, referencia extraída del ACA, 135.

³⁹ (27), p.91, referencia extraída del ACA, 124.

2.6. CABALLERO: DESDE ZAMORA HASTA ZARAGOZA

El 15 de junio de 1796, es decir a los 12 años, Manuel Caballero Zamorategui entra a formar parte del Regimiento de Infantería de Zamora como cadete, ocasión que aprovecha además para estudiar matemáticas en la Academia de esa misma plaza donde se encuentra su padre como responsable docente junto con Antonio Sangenís.

Ese mismo año Manuel Godoy firma el Tratado de San Ildefonso por el que España se convierte en aliada de Francia para tratar de discutir la hegemonía marítima a Gran Bretaña. Las consiguientes hostilidades con los británicos deparan resultados diversos, como la derrota de la flota española en el cabo de San Vicente en febrero de 1797 o la conquista inglesa de la isla de Trinidad. A cambio los españoles consiguen defender Cádiz, Santa Cruz de Tenerife o Puerto Rico. En cualquier caso la posición de Godoy se vuelve finalmente insostenible y en mayo de 1798 pierde el favor de Carlos IV saliendo del gobierno. Le suceden Francisco de Saavedra primero y posteriormente Mariano Luis de Urquijo.

El ingeniero jefe José de Urrutia envía el 12 de octubre de 1799 una carta⁴⁰ al secretario de estado Antonio Cornel,

No hallo inconveniente en que el Coronel e Ingeniero en Jefe D. Fausto Cavallero, que por estar para concluir el uso de su licencia en esta Corte, debe restituirse a su destino de Zamora, se le permita, según solicita por el Memorial Adjunto, llevar consigo a su hijo D. Manuel, Cadete del Regimiento de Infantería de Zamora, luego que concluya los exámenes que está practicando a mis órdenes con el fin de obtener su ingreso en el Real Cuerpo de Ingenieros de mi cargo; ni en que permanezca a su intermediación en aquella Plaza, hasta que, supuesto el buen desempeño en el examen, y comparada su instrucción y demás circunstancias con las de todos los que estás examinando con el mismo objeto, se resuelva, si tiene o no lugar dicho Cadete de ser admitido desde luego en el referido Cuerpo.

Por cuya razón, y atendiendo a las cortas facultades de este Oficial para mantener en Madrid a su hijo, hasta entonces; paso su instancia a manos de V. C. para la resolución que fuere de su agrado.

⁴⁰ (28), Sección 1º, Legajo C-59.

El día siguiente, de acuerdo a las indicaciones de Urrutia, el propio Cornel expide el siguiente despacho⁴¹:

Don Antonio Cornel y Ferraz, Caballero Comendador de Santa Cruz de la Zarza en la Orden de Santiago, del Consejo de Estado de S. M., Teniente General de sus Reales Ejércitos, y Secretario de Estado y del Despacho Universal de la Guerra de España e Indias.

Por cuanto el Rey ha concedido permiso a D. Manuel Caballero, Cadete del Regimiento de infantería de Zamora, para que luego que concluya los exámenes que practica en Madrid a las órdenes del Ingeniero General regrese a la Academia Militar de Zamora para continuar en ella hasta que se verifique oportunamente su ingreso en el Real Cuerpo de Ingenieros del Ejército; debiendo abonársele los haberes que le correspondan sin necesidad de presentarse en el Regimiento citado; acreditando su existencia sin embargo del Decreto que abajo se cita.

Por tanto manda S. M. a los Capitanes Generales, Gobernadores, Comandantes de Plazas, demás Ministros y personas de Justicia a quienes se presentare este Despacho, no pongan embarazo ni dificultad al expresado D. Manuel Caballero en el uso de él, que ha de empezar precisamente en el término de seis meses contados desde la fecha, sin cuya circunstancia quedará nulo; antes bien le den todo el favor y auxilio que necesitare: que así es la voluntad de S. M.; y que el Coronel de ese Regimiento le deje usa del citado permiso, previniendo lo conveniente a continuación de este Despacho, de que ha de tomar razón el Comisario de Guerra encargado de las Revistas del mismo Cuerpo, quien habilitará al Interesado con arreglo al Real Decreto de diecisiete de Febrero de mil setecientos ochenta y siete al goce de su Plaza, presentándose él mismo en tiempo hábil.

Al otro lado de los Pirineos, concretamente el día 9 de noviembre de 1799, Napoleón Bonaparte participa en el exitoso golpe de estado del 18 de brumario, que le convierte pocas semanas después en Primer Cónsul del gobierno de Francia de acuerdo a la Constitución del Año VIII.

Ese mismo año de 1799 se crea en España la Inspección General de Caminos y Canales.

El 29 de diciembre, tal y como es publicado en la Gaceta de Madrid el 7 de enero de 1800, Manuel Caballero es nombrado ayudante de ingeniero y enviado a Castilla la Vieja donde también se encuentra destinado su padre. En 1800 realiza un plano de la plaza de Puebla de Sanabria y sus cercanías⁴² y otro del castillo y villa de San Felices de los Gallegos (Salamanca)⁴³.

⁴¹ (28), Sección 1º, Legajo C-59.

⁴² (27), p.95, referencia extraída del CH; CSHM, 3128.

⁴³ (27), p.95, referencia extraída del CH.

En su hoja de servicios⁴⁴, de doble entrada debido a su doble condición de militar e ingeniero, firmada por el ingeniero general José de Urrutia el 1 de enero de 1801, se valoran las aptitudes del joven Caballero,

- *Patria. Cádiz*
- *Edad. 17 años a finales de 1800*
- *Calidad. Hijo del Ingeniero en Jefe Don Fausto*
- *Estado. Soltero*
- *Talentos. Regulares*
- *Aplicación. Regular*
- *Inteligencia en la teórica. Regular*
- *Inteligencia en la práctica. Se ignora*
- *Puntualidad en servir. Buena*
- *Valor. No conocido*
- *Detalle. No conocido*
- *Salud. Buena*
- *Costumbres. Buenas*
- *Aptitud para el Cuerpo. Buena⁴⁵*

⁴⁴ (28), Sección 1º, Legajo C-59.

⁴⁵ Sería necesario cotejar un número importante de hojas de servicios para poder profundizar en la caracterización de las valoraciones que realiza Urrutia. En cualquier caso es importante subrayar dos aspectos. En primer lugar fue conocida la escrupulosidad con la que Urrutia realizaba siempre cualquier labor y en segunda instancia, se puede leer entre líneas la incipiente actitud distraída de la que Caballero hará gala el resto de su vida. En consecuencia da la sensación de que la evaluación de Urrutia resulta muy acertada.

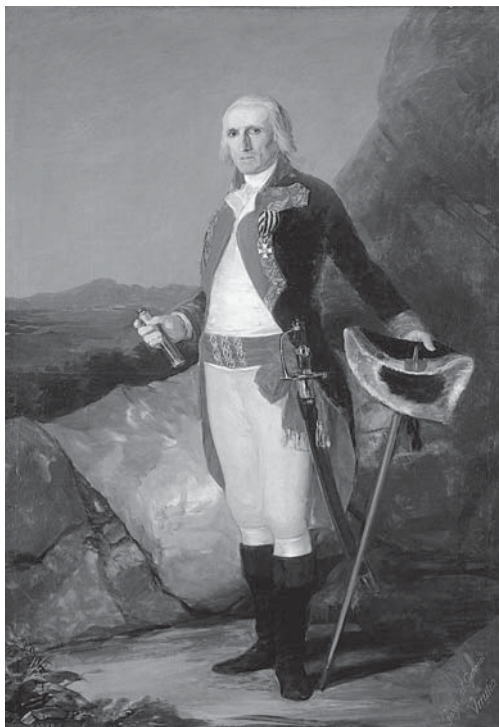


Figura 8: JOSÉ DE URRUTIA. Francisco de Goya y Lucientes, 1798.

Desde París, y ya con Napoleón investido de la máxima autoridad efectiva, la maquinaria francesa comienza a presionar a Carlos IV para restituir nuevamente a Godoy y, de esta manera, poder disponer de la flota española para luchar contra Gran Bretaña. El monarca español cede rápidamente y Godoy vuelve a retomar sus funciones. Así, a comienzos de 1801, España y Francia firman los términos del Convenio de Aranjuez que ese mismo año, el 21 de marzo, se amplían en el llamado Tratado de Aranjuez. Como resultado de la nueva alianza, y de forma prácticamente inmediata, España declara la guerra a Portugal desatándose un breve conflicto bélico denominado Guerra de las Naranjas que finaliza el 6 de junio.

Al año siguiente el rey promueve á *Director al en xefe D. Fausto Caballero* como se publica en la Gaceta de Madrid del 26 de febrero de 1802. Y al poco tiempo, o incluso simultáneamente, le nombra brigadier y director subinspector puesto que en 1803 ya consta así⁴⁶.

⁴⁶ (21), Año 1803, p.24 y p.71. Figura también en el año 1804 y 1805.

El 25 de marzo de 1802 se firma la Paz de Amiens poniendo fin a la Guerra de la Segunda Coalición aunque la falta de solución de las cuestiones realmente importantes, que suponían las diferencias insalvables entre las diversas potencias europeas, motiva que la paz dure solamente un año.

Manuel Caballero es ascendido a capitán mediante un despacho real el 6 de mayo de 1804. Tres semanas después, el 28 de mayo, Napoleón transforma el consulado vitalicio en un imperio hereditario, asumiendo el título de emperador. Seguidamente intenta poner en marcha la invasión de Gran Bretaña pretendiendo distraer a la flota británica alejándola del Canal de la Mancha. El plan de distracción comienza mal tras la batalla del cabo de Finisterre (22-23 julio de 1805) y acaba en desastre en la batalla de Trafalgar (21 de octubre de 1805), con la destrucción de la flota franco-española. A partir de este momento Napoleón abandona completamente sus planes navales contra Inglaterra y comienza el Bloqueo Continental con el objetivo de prohibir el comercio de productos británicos en el continente europeo.

Precisamente, mientras tiene lugar la batalla de Finisterre, Caballero se encuentra en Galicia acompañando a su padre, tal y como se acredita en un escrito de 1821. En dicho escrito, que luego se mencionará nuevamente, Blas Chacón, capellán del Regimiento de Asturias, expone que conoce al gaditano en 1805 y que desde entonces conservan una buena amistad. Ese mismo año el ingeniero realiza sendos planos, uno de la plaza de La Coruña y sus contornos⁴⁷ y otro de una porción de la costa de Galicia desde las islas de San Pedro hasta la Punta del Prado al noroeste de El Ferrol⁴⁸. De acuerdo a una nota posterior conocemos que durante esos años,

Estuvo a las órdenes de varios jefes de su cuerpo (militar) en el reconocimiento de la frontera de Portugal en la parte que confina con Castilla y Galicia y como su ayudante practico todas las operaciones indispensables al mayor acierto.

El 7 de agosto es ascendido a capitán primero del Cuerpo de Ingenieros. También en 1805 su padre es ascendido a mariscal de campo⁴⁹.

Sin datos fehacientes que lo demuestren es razonable pensar que Fausto Caballero fallece en 1807 a los 68 años, puesto que no aparece en el Estado Militar del año 1808 cuando figuraba expresamente en los cuatro años anteriores con su correspondiente graduación.

Las sucesivas e indisimuladas intrigas de Godoy y Napoleón cristalizan con el tratado de Fontainebleu el 27 de octubre de 1807 donde se estipula la invasión militar de Portugal y el permiso de paso de las tropas francesas por España con el pretexto de castigar al país luso por su falta de acatamiento del Bloqueo Continental estipulado por el emperador. Así, el 18 de octubre

⁴⁷ (27), p.95, referencia extraída del CH; CSHM, 719 y 3306.

⁴⁸ (27), p.95, referencia extraída del CH; CSHM, 719 y 3342.

⁴⁹ (21), Año 1806, p.11 y p.73. Figura igualmente en el año 1807.

de 1807 los primeros soldados franceses entran en España cruzando su territorio rápidamente para llegar a la frontera con Portugal el 20 de noviembre. Durante el trayecto las tropas imperiales toman posiciones estratégicas en varias ciudades españolas generando un profundo malestar en la población que apunta a Godoy como responsable de la situación.



Figura 9: MANUEL GODOY. Antonio Carnicero, ca. 1807.

A finales de 1807 se produce la Conjura de El Escorial en la que el círculo de confianza del príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII, intenta provocar la caída de Godoy y el destronamiento de su padre. La trama es descubierta y Fernando asume públicamente la culpa pidiendo perdón a los reyes por tan indignos actos. La supuesta tranquilidad dura escasamente unos meses porque en marzo de 1808 se produce el Motín de Aranjuez que precipita la caída definitiva de Manuel Godoy, y que obliga a Carlos IV a abdicar forzosamente en favor de Fernando.

Inmediatamente después el recién destronado rey solicita el apoyo de Napoleón buscando la recuperación de la Corona, lo que finalmente empuja al emperador a tomar la decisión de invadir España de forma efectiva. Consecuentemente atrae a la familia real española a un encuentro en la localidad francesa de Bayona en el que consigue que Fernando devuelva el trono a su padre el 6 de mayo, y este la cesión de sus derechos en favor de Napoleón, quien finalmente designa como nuevo monarca a su hermano José.

Unos días antes, el 2 de mayo, se produce una protesta popular en Madrid ante la situación de incertidumbre política generada tras el Motín de Aranjuez. El movimiento es brutalmente reprimido por las tropas napoleónicas presentes en la ciudad, iniciando así la propagación de una ola de indignación y llamamientos públicos a la insurrección armada.

En dicha situación de malestar generalizado, el 24 de mayo el pueblo de Zaragoza asalta el palacio de Capitanía y dos días después el general Palafox es reconocido por el Ayuntamiento como nuevo capitán general. Mientras tanto, el día 25, Valencia declara la guerra a Francia.

En esos días convulsos Manuel Caballero⁵⁰, aunque está destinado en la Academia de Alcalá de Henares⁵¹, se halla en comisión de servicio en Madrid. Encontrándose circunstancialmente en Alcalá recibe el encargo de los compañeros que allí residen, de comunicar personalmente al general Samper⁵² la salida⁵³ que tenían proyectada. Para cumplir tal cometido sale hacia la corte disfrazado de estudiante y, ya muy cerca de la capital, se topa con un grupo de guardias españoles que, al mando de un sargento, huían de los franceses. Al ser detenido por estos sospechando que es un espía se ve obligado a descubrir su condición de capitán de ingenieros. Inmediatamente el sargento reúne a la tropa y presenta a Caballero como jefe, aludiendo directamente a él como oficial de alta graduación sin entrar en mayores precisiones. Los soldados le admiten de buena fe, le conceden el mando del grupo y retorna con ellos nuevamente a Alcalá sin poder cumplir la encomienda de sus compañeros. Un primer grupo de estos habían abandonado la Academia la noche del 23 al 24 de mayo en dirección a Valencia mientras el resto todavía permanece acuartelado. Caballero, que naturalmente no toma su recién estrenada autoridad castrense en serio, se presenta a sus superiores en la Academia y trata de evadirse de sus nuevos subordinados por todos los medios. Desgraciadamente estos le reclaman insistentemente generando gran alboroto por lo que el comandante del regimiento, Manuel Pueyo, le conmina a seguir con ellos de forma que no supongan un problema añadido.

⁵⁰ En la hoja de servicios de Manuel Caballero como ingeniero de caminos con fecha de 18 de mayo de 1839 figuran una serie de méritos que no hemos sido capaces de ubicar en el momento que se produjeron que incluimos a continuación:

Levanto el plano de la parte del Nervion comprendida entre la villa de Bilbao y la barra de Portugalete; calculo las velocidades de dicho rio en sus diferentes inflexiones y en ambas mareas y por ultimo desempeñe cuantos cargos le confió Don Tomas Muñoz General de Ingenieros de Minas y comisionado para poner la citada Villa a cubierto de las inundaciones y ... Ha dirigido varias obras de particulares, tanto hidráulicas como de caminos y dedicó a la enseñanza de las matemáticas, puras y mixtas, durante 9 años.

⁵¹ La aventura que se relata se halla exclusivamente recogida en (9), donde se expresa específicamente que es transmitida por el brigadier del cuerpo Juan Miguel de Quiroga de labios del general Cortines y del brigadier Varela y Limia, compañeros y amigos de Caballero.

⁵² El general Antonio Samper es en ese momento el jefe de Estado Mayor de ingenieros e ingeniero general.

⁵³ Lo que inicialmente se denominó *Fuga de los Zapadores*, y que algunos autores hemos intentado cambiar por la más correcta *Gesta de los Zapadores*, corresponde a la decisión de los ingenieros de la Academia de Alcalá de Henares de acudir a las plazas que más se significaron en la sublevación contra la ocupación napoleónica, es decir Valencia y Zaragoza. Para más información al respecto se pueden consultar (10), (23) y (15).

Finalmente el 8 de junio, a las 12 de la noche, parte un segundo grupo de ingenieros y tropas en dirección a Zaragoza. Probablemente Caballero y su grupo de guardias españoles salen igualmente ese mismo día o un poco más tarde, pero de cualquier forma se presentan unos y otros ante el general Palafox, tal y como relata el también ingeniero José María Román en su diario⁵⁴, el día 18 de junio en Longares, a unos cuarenta kilómetros de Zaragoza. En ese momento Palafox nombra a Caballero, ahora sí, sargento mayor de su recién estrenado regimiento. Finalmente, al entrar en la ciudad, pasa a colaborar directamente con Antonio Sangenís al servicio del cuerpo.



Figura 10: LA GESTA DE LOS ZAPADORES. Augusto Ferrer-Dalmau, 2011.

⁵⁴ El diario del ingeniero José María Román, recogido en (12), supone una excelente fuente de información para conocer de primera mano las circunstancias descritas en él.

2.7. CABALLERO: EN ZARAGOZA, FRANCIA Y POLONIA

Napoleón, convencido erróneamente de contar con el apoyo popular gracias al hastío por la desordenada trayectoria de los borbones, piensa que la apropiación del territorio español va a ser pacífica y tranquila. Consecuentemente destina a la campaña peninsular a soldados sin experiencia que van a provocar las primeras dudas en el emperador. Los traspies del Bruch, Zaragoza, Valencia y, por encima de todos, la sonada derrota de Bailén⁵⁵ el 19 de julio de 1808, provocan la evacuación de Portugal y la retirada francesa al norte del Ebro. En el otoño del mismo año la *Grande Armée*, ahora sí con tropas experimentadas y curtidas, entra en España con Napoleón al mando arrollando rápidamente la resistencia española. A partir de ese momento se inicia la guerra de guerrillas en las que numerosos grupos civiles hostigarán permanentemente a las tropas de ocupación.

Caballero permanece en Zaragoza durante los dos asedios, es decir desde el 18 de junio de 1808 que se pone al servicio de Palafox hasta la firma la capitulación de la ciudad. La descripción de todo lo acaecido entre esas fechas figura en su texto editado y revisado que se incluye posteriormente.

De todas maneras existen dos circunstancias⁵⁶ de las que no se habla en el opúsculo. En primer lugar que Caballero sirvió como parlamentario⁵⁷ mientras duró la contienda, y una segunda anécdota que tendrá mucha importancia años después para el ingeniero español. Durante el Segundo Sitio, y al encontrarse reconociendo uno de los numerosos conventos que la guarnición debía poner en estado de defensa, descubre que un fraile tiene escondido desde el primer asedio a un oficial enemigo de nacionalidad polaca. El religioso le confiesa que está esperando la ocasión propicia para salvarlo. Caballero, tras escucharlo atentamente, tranquiliza al religioso, hablan con el militar oculto y entre los tres organizan la fuga, que se lleva a cabo felizmente⁵⁸.

El 20 de febrero de 1809 se firma la capitulación de Zaragoza ante el ejército francés. Como parte del acuerdo suscrito entre la Junta de Zaragoza y el mariscal Lannes se acuerda que los oficiales conserven sus espadas, caballos y pertenencias y los soldados sus mochilas.

⁵⁵ La derrota en la batalla de Bailén supuso la primera derrota en campo abierto de la historia del ejército napoleónico.

⁵⁶ Extraídas de la única fuente que las enuncia, (9).

⁵⁷ Esta referencia parece demostrar el dominio del idioma francés por parte de Caballero. De tal manera que resulta complicado discernir el tipo de manuscrito que el propio Caballero entregó a Angliviel de la Beaumelle para su supuesta traducción. Algún autor ha llegado a poner en duda que Angliviel realmente existiera.

⁵⁸ Esta curiosa anécdota aparece transcrita en (9) y Caballero no la cita en su descripción de los hechos acaecidos durante los dos Sitios.

El día 21 de febrero la mayoría de los supervivientes son conducidos *a un corralón junto a la casa blanca*⁵⁹ donde permanecen hasta el día siguiente sin recibir nada de comer ni leña para calentarse, mientras que los comandantes de los diferentes cuerpos reciben el 22 los honores de una comida. Desde allí, y en dirección a Francia, parten⁶⁰ el día 23 hacia Alagón como prisioneros de guerra a las órdenes del general de división Morlot, que muestra su crueldad fusilando a todos aquellos que son incapaces de seguir la marcha. El 1 de marzo duermen en Pamplona y el 3 en Tolosa donde sus compañeros pernoctan en un hospital sobre la paja y Caballero tiene tiempo de protagonizar una aventura con una muchacha de la que se aprovecha⁶¹.

El día 6 de marzo llegan a Irún y cruzan el Bidasoa por un puente de madera.

Vimos á la parte de abaxo la isla de los Faisanes; volvimos con lágrimas la cara á nuestra amada patria y entramos en Francia.

Desde que han salido de la casa blanca hasta San Juan de Luz solo les han dado *una ración de pan de munición*⁶² y, *algún que otro día, carne*.

El día 7 alcanzan Bayona para dormir en casernas y Morlot requisita a algunos de los ingenieros los sables de plata que todavía conservan. Al día siguiente Caballero y sus compañeros José Cortines y Mariano Zorraquín quedan enfermos⁶³ en la ciudad mientras que el resto del grupo emprende nuevamente la marcha conducidos por un oficial y sesenta hombres.

Prácticamente al mismo tiempo, el 28 de marzo, la sublevación popular de Vigo consigue reconquistar la ciudad a los franceses, en lo que supone la primera plaza reconquistada a Napoleón en Europa.

El grupo de ingenieros cautivos de Zaragoza, pasando por Mont de Marsan y Bordeaux, llega finalmente el 19 de abril de 1809 a Nancy donde se ubica el depósito de prisioneros al que están asignados. En la localidad se alojan inicialmente en la caserna militar principal, que años más tarde llegará a denominarse caserna Thiry.

⁵⁹ El relato completo, a modo de diario, de la salida del grupo principal de ingenieros de Zaragoza hasta el depósito de prisioneros de Nancy aparece en (12).

⁶⁰ En los términos de la capitulación de Zaragoza se había recogido expresamente que los oficiales podían conservar su montura. Tal y como se abundará posteriormente cuando se hable de los depósitos de prisioneros, resulta curioso advertir el trato del que gozaban los oficiales y suboficiales comparado con el de los mandos o el de la tropa.

⁶¹ A través del escrito de José María Román editado por María Zozaya (12), no es difícil inferir el poco o nulo aprecio que este le profesaba a Manuel Caballero. Sin duda su carácter disperso e histriónico, como años más tarde escribirá Eusebio Torner en (9), y su posteriormente adquirida condición de josefino no le granjearon muchas amistades entre sus propios compañeros.

⁶² El *pan de munición* se hacía habitualmente con dos terceras partes de trigo y una de centeno, aunque era habitual utilizar terrones de yeso, bizcochos rotos o harina sin moler por lo que originaba graves problemas de salud.

⁶³ Jean-René Aymes subraya en (4) que en un escrito del ministro de la Guerra al emperador, el primero comenta que una de las principales faltas cometidas por los soldados de la escolta es un exceso de complacencia gracias al cual un número exorbitante de prisioneros se detienen en los hospitales de las localidades que atraviesan.

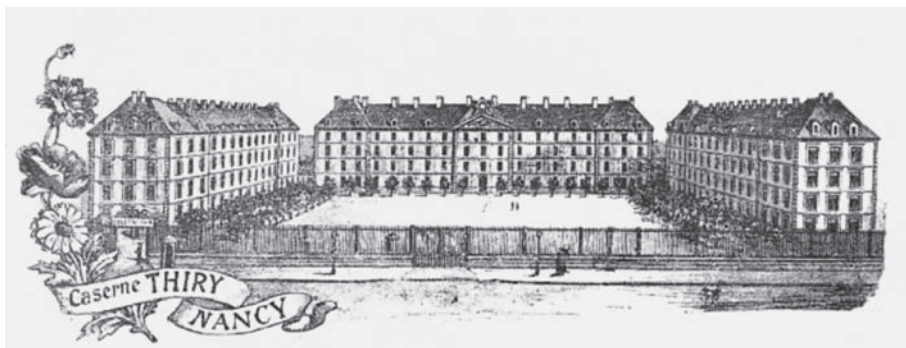


Figura 11: CASERNA THIRY en Nancy, Francia. (6)

Caballero permanece enfermo en cama hasta finales de mayo⁶⁴. Durante su convalecencia en Bayona el ingeniero español envía al gobierno josefino dos instancias poniéndose a su disposición sin recibir respuesta alguna. Suponiendo que emprenda la marcha el día 23 alcanzará el depósito de Nancy aproximadamente el 3 de julio de 1809.

Los ingenieros, al ser todos sin excepción oficiales del Ejército, están sometidos a un régimen de confinamiento ciertamente especial, puesto que gozan de condiciones de vida relativamente positivas relacionadas siempre con el honor y respeto de las jerarquías militares⁶⁵. Los mandos más importantes solían ir a castillos o fortalezas de muy diversa índole, mientras que los soldados rasos pasaban a realizar trabajos forzados o similares.

El comienzo del cautiverio es muy relajado⁶⁶, apenas tienen que pasar lista en la caserna una vez al mes. Hay gran flexibilidad de horarios, ninguna hora concreta de recogida nocturna y pueden deambular tranquilamente hasta cualquier hora de la noche. En cuanto al espacio no tienen apenas límite de movimientos y pueden acudir a las romerías y fiestas de los pueblos de los alrededores.

Posteriormente, al cambiar de comandante y debido al aumento de desertiones, el régimen se va endureciendo y pasan a tener recuento cada ocho días, la prohibición de salir de casa pasadas las diez de la noche y se comienza a examinar el correo; abren las cartas que les llegan

⁶⁴ Tal y como él mismo comenta en un escrito incluido posteriormente.

⁶⁵ Como indica María Zozaya en (7), desde el retorno de Fernando VII las estancias en depósitos de prisioneros fueron especialmente investigadas en los procesos de purificación buscando hallar pistas de afrancesamiento. De ahí que la mayoría de prisioneros trataran denodadamente de ocultar tales circunstancias en sus trayectorias militares.

⁶⁶ Como Caballero citará posteriormente en otros escritos incluidos en el presente texto, el ingeniero envía al gobierno josefino dos instancias en mayo de 1809 poniéndose a su disposición. Es decir en apenas tres meses, de febrero a mayo y a pesar de las condiciones tan relajadas de Nancy, ha pasado de jugarse la vida en Zaragoza a ponerse al servicio de las tropas contra las que combatió. Este giro copernicano quizás no sea tan abrupto como pueda parecer a primera vista y simplemente responda al hecho de que la azarosa vida de Caballero resultó una concatenación de situaciones imprevistas y nunca buscadas.

y deben dejar las cartas abiertas en el correo para poder ser inspeccionadas. Incluso después de otro cambio de comandante se articulan *dos listas diarias, prohibición de salir por la ciudad y andar por ella pasadas las 7 ó las 8 de la tarde*⁶⁷. Sin embargo sigue habiendo algunas excepciones en estas medidas, unas para aquellos que tienen diversos quehaceres y motivos, y el resto para aquellos a quienes el capricho del comandante designa para sus gracias. El escrutinio de las cartas se vuelve también más riguroso y depende en gran medida de la *poquedad, mala inteligencia ó voluntad*⁶⁸ del intérprete correspondiente.

El compañero de Caballero, el ingeniero José M^a Román, describe el invierno de 1809 a 1810 como sumamente frío,

... llegó a estar el termómetro á 18º baxo cero: se helaba el vino, el pan, los huevos y hasta el aguardiente. El vapor de la respiración de la noche se hallaba helado en las sábanas por la mañana.

A pesar del frío, y en general durante todo el periodo de su cautiverio, Caballero da mucho que hablar por sus numerosas calaveradas y ocurrente ingenio⁶⁹. En cualquier caso el ingeniero de origen gaditano ya se ha cansado de la vida contemplativa de Nancy y se pone nuevamente a disposición del gobierno afrancesado apenas un año después de su llegada⁷⁰.

El 29 de junio de 1810 escribe la siguiente carta⁷¹ al duque de Frías, embajador del gobierno josefino en París,

Señor⁷² D. Manuel Caballero, prisionero de guerra español en clase de Teniente Coronel de Ingenieros, con el debido respeto a V. M. expone: Que desde fines de 1796 empezó el servicio militar, la mayor parte en dicha arma, en donde fue ascendido a Capitán por el despacho del Señor D. Carlos cuarto de seis de Mayo de mil ochocientos cuatro, hasta que por las turbulencias ocurridas en España en 1808 se vio precisado a

⁶⁷ Citado en (12). Incluso con el referido endurecimiento de las condiciones del cautiverio da la sensación de que es un régimen muy suave.

⁶⁸ La cita proviene de (12) y corresponde a la experiencia vivida en primera persona por José María Román en el depósito de prisioneros de Nancy.

⁶⁹ Siguiendo las palabras de Torner en (9).

⁷⁰ Como Caballero citará posteriormente en otros escritos incluidos en el presente texto, el ingeniero envía al gobierno josefino dos instancias en mayo de 1809 poniéndose a su disposición. Es decir en apenas tres meses, de febrero a mayo, ha pasado de jugarse la vida en Zaragoza a ponerse al servicio de las tropas contra las que combatió. Este giro copernicano quizás no sea tan abrupto como pueda parecer a primera vista y simplemente responda al hecho de que la azarosa vida de Caballero resultó una concatenación de situaciones imprevistas y nunca buscadas.

⁷¹ Esta carta, al igual que los textos siguientes, están recogidos en (28), Sección 1^a, Legajo C-59, formando parte del proceso jurídico que Caballero realiza en 1821 para permitírsele regresar a España.

⁷² En la nota en el margen izquierdo se incluye un pequeño resumen de la misiva:

Hallándose prisionero en el Depósito de Nancy solicitó servir al intruso en clase de Capitán de Ingenieros o en la que hubiese a bien colocarle.

*incorporarse en el Ejército de Aragón con el cual quedó hecho prisionero en la Plaza de Zaragoza y conducido a esta Ciudad, y deseando continuar la carrera que desde sus primeros años emprendió, a V. M. rendidamente suplica que por un efecto de benignidad se digne concederle el empleo de Capitán de Ingenieros que anteriormente tenía, u otro cualquiera en que con proporción a esa graduación tenga a bien colocarlo. Gracia que espera alcanzar del piadoso corazón de V. M.*⁷³

El duque de Frías envía la solicitud de Caballero al Ministerio de Guerra el 18 de julio del mismo año añadiendo,

*Muy Señor mío. Habiendo manifestado al Rey la solicitud que han hecho pidiendo tener el honor de ser admitidos a su servicio los oficiales de Ingenieros D. Manuel Caballero y D. N. (ilegible) S. M. me ha mandado que en atención al buen concepto que han merecido estos oficiales (que se hallan actualmente prisioneros de guerra en Nancy) los recomiende particularmente a V. E. como lo hago para que procure obtenerles de S. M. I. el permiso de volver a España a emplearse en el servicio de Nuestro Soberano, en el que me prometo serán útiles.*⁷⁴

Por último el ministro de la Guerra, Gonzalo O'Farrill, incluye igualmente una nota al enviarlo al gabinete del rey José el 3 de septiembre,

*Señor. Varios oficiales de los que se hallan prisioneros en Francia han hecho solicitudes para que se les permita volver a España para emplearse en el servicio de V. M. En el día temen que se verifique un canje con los Ingleses y ser comprendidos en él contra su intención; la que han manifestado con franqueza y honradez, y por lo mismo se verían en la alternativa de sufrir una suerte muy dura, o de tomar las armas de los ejércitos enemigos, cuando su voluntad decidida es de tomarlas por V. M.*⁷⁵

El 15 de noviembre de 1810 el ministro de la Guerra de Napoleón, Henri Jacques Guillaume Clarke, duque de Feltre, escribe al embajador español aludiendo a la lista de oficiales prisioneros en Francia que han prestado Juramento de Fidelidad a José Bonaparte,

Señor Duque, tengo el honor de informarle a V. E., en respuesta a su carta de nueve de octubre, que S. M. I. y R. a quien he presentado la lista de los oficiales Españoles, que habían prestado el Juramento de fidelidad a su Soberano, aprueba que no sean considerados como prisioneros de Guerra, y me ha encargado los reúna en Chalons-Sur-Marne, en donde disfrutarán de mejor tratamiento. He mandado que sean tratados con consideración. No estarán sujetos más que a una presentación por semana. No se

⁷³ (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

⁷⁴ (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

⁷⁵ (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

les impondrá otra obligación que la de no alejarse de la Ciudad a más distancia de una legua hasta nueva orden. La ejecución de esta disposición exige dificultades por la razón que V. E. no me ha indicado el depósito donde se hallan los prisioneros, que contiene el estado que me ha remitido, y que sus nombres están muchos mal copiados en las listas que me remiten los Comandantes. He creído también deber dar las órdenes para entresacarlos y consultarle a V. E. sobre las dificultades que en lo sucesivo ocurriesen con alguno de ellos. Admitid Señor Duque la Seguridad de mi mayor aprecio.⁷⁶

El 7 de junio de 1811 Caballero ya se encuentra en Chalons-Sur-Marne como demuestran las dos notas incluidas de Manuel de Peñas, comandante del depósito,

Relación de los Señores Generales, Jefes y Oficiales que se hallan hoy día de la de fecha en el Depósito de Chalons al servicio de S. M. C. D. José Napoleón primero con expresión de su edad, años de servicio, empleo que tenían antes de la revolución, el que tienen y las demás circunstancias que a continuación se expresan.

D. Manuel Caballero; Teniente Coronel; 26; 14; Capitán 1º de Ingenieros antes de la revolución; residencia de los padres: Valencia⁷⁷; no puede vivir con el suelo de reforma. Siguen los demás individuos hasta el nº 219 que expresa esta relación, la cual finaliza con la fecha en Chalons-Sur-Marne. 7 de Junio de 1811.⁷⁸

El citado Peñas remite nuevamente el listado el 23 de junio,

Excmo. Señor. Paso a manos de V. E. un listado como continuación del que dirigí a V. E. en 7 de Junio y otro comprensivo de los oficiales que en todas clases desean ser colocados en los Regimientos que puedan formarse en ese Reino: conforme todo a las prevenciones que V. E. se sirvió hacerme por su causa de 13 del corriente. Dios guarde a V. E. muchos años. Chalons-Sur-Marne. 23 de Junio de 1811.⁷⁹

Efectivamente todos aquellos oficiales que juran fidelidad a José Bonaparte son enviados al depósito de Chalons-sur-Marne ubicado en el departamento de Marne, en la región de Champaña-Ardenas. Se trata de un depósito más amable con los deportados que Nancy, e incluso se puede reconocer que no todos los oficiales están en la miseria cuando,

... Los oficiales dan voluntariamente una gratificación de 20 céntimos al mes a los cadetes que forman parte del depósito y que aquí están considerados como soldados.⁸⁰

⁷⁶ (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

⁷⁷ No se tiene otra noticia de Teresa Zamorategui desde la muerte de su marido Fausto. Que se encuentre en Valencia llama la atención puesto que desconocemos cualquier vínculo con dicha ciudad. En 1811 Teresa tendría 69 años.

⁷⁸ (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

⁷⁹ (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

⁸⁰ Recogido en (4).

De hecho el alcalde de la localidad se alarma en 1812 cuando los oficiales de alta graduación son sustituidos por oficiales más modestos puesto que *no estaban en condiciones de hacer gastos importantes*⁸¹.

Casi dos años después de su primera solicitud desde Nancy, el 28 de febrero de 1812, pero ahora desde Chalons-sur-Marne donde lleva más de un año destinado, Caballero solicita personalmente al gobierno de José Bonaparte que se le destine al Cuerpo de Ingenieros o a cualquier otra ocupación en que pudiera servir con utilidad. Escribe una instancia a José Bonaparte previa introducción al ministro de la Guerra O'Farrill, con fecha 20 de febrero de 1812,

*Excmo. Señor. Dirijo a V. E. una instancia para que tenga la bondad de ponerla a los pies de S. M. En ella expongo los deseos que me animan desde que fui hecho prisionero en Zaragoza de sacrificarme por el buen servicio de tan digno monarca, de contribuir con todo lo posible a la tranquilidad de mi Patria, y que he hecho cuatro semejantes a éstas, dos en Mayo de 1809 y una en Marzo y otra de Agosto ambas últimas de 1810, y solicito de la piedad de S. M. se me emplee en su cuerpo de Ingenieros sea en el lugar de Capitán de primera clase que hace ocho años obtuvo o en cualquier otro destino en que pueda servir con utilidad. Suplico a V. E. me proteja en cuanto no comprometa su autoridad, sometiéndome en todo caso a los informes de todos los oficiales de Ingenieros empleados en ese Ejército, y los de todas las autoridades militares, tanto francesas que Españolas en ese destino.*⁸²



Figura 12: GRABADO DE CHALONS-SUR-MARNE, 1837.

⁸¹ Recogido en (4).

⁸² (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

Y en el texto de la instancia dedicada al rey José hace mérito de su juramento de fidelidad y de las diversas solicitudes anteriores,

*A V. M. con el mayor respeto expone que desde el momento que fue hecho prisionero en la Plaza de Zaragoza su principal cuidado se ciñó a prestar el Juramento a S. M. como primer paso que debe dar el que conociendo los verdaderos intereses de la Patria quiere contribuir a la tranquilidad de ella. Pero una larga enfermedad adquirida en el camino le impidió dar ningún paso hasta el 23 de Mayo de 1809 que convaleciendo de ella hizo sin apoyo y a la aventura de los correos dos instancias solicitando de la piedad de S. M. se le colocara en su servicio, y las repitió desde Nancy el 7 de Agosto y 19 de Marzo de 1810, en virtud de las cuales se le acordó la gracia de prestar el Juramento a V. M. y trasladarme a ese destino en donde se encuentran los oficiales que se hallan en igual caso. Pero como ni la tranquilidad que disfruta, ni el interés de la alza paga que goza fueron el móvil de sus deseos que sólo se fundan en participar de la gloria con que tan dignamente se han distinguido los oficiales de su cuerpo que tienen el honor de servir a V. M., y contribuir a la pacificación de su patria. A V. M. rendidamente suplica se digne concederle la incorporación en su cuerpo de Ingenieros sea con el empleo de Capitán de primera clase que hace ocho años obtuvo, o en cualquier otro destino en que pueda servir con utilidad, sometiéndose en todo caso a los informes de todos los oficiales de su arma que estuviesen bajo las R. banderas de V. M. y a las autoridades militares establecidas en Chalons-Sur-Marne con respecto a la conducta que ha seguido en este destino. Gracia que espera alcanzar del piadoso corazón de V. M.*⁸³

En junio de 1812 Napoleón inicia la invasión de Rusia con el apoyo de los nacionalistas y patriotas polacos que vislumbran la posibilidad de terminar con el peligro ruso. Casi simultáneamente el ejército francés es derrotado en la península ibérica en la batalla de los Arapiles iniciando un lento pero continuo retroceso en la Guerra de España. La campaña rusa también resulta un fracaso absoluto y una vez alcanzada Moscú y antes de que lleguen los rigores del invierno, inicia la retirada a Francia tras una desastrosa concatenación de operaciones. Tras esta campaña Prusia se incorpora a la Sexta Coalición que incluye ya a Rusia, Reino Unido, España y Portugal. Después de la batalla de Dresde, el 26 de agosto de 1813, también se unen Austria y Suecia. Finalmente con la batalla de las Naciones o de Leipzig, del 16 al 18 de octubre de 1813, concluye el dominio napoleónico del este del Rin y el progresivo repliegue hasta París.

No se tiene ninguna noticia de Caballero entre 1812 y 1815. Debemos suponer que sigue en el relajado retiro de Chalons-Sur-Marne hasta que el gobierno francés se replantea la situación de los prisioneros de guerra.

83 (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

París es ocupada el 31 de marzo de 1814 y el 6 de abril abdica sin condiciones Napoleón que es exiliado a la isla de Elba. Se entroniza al borbón Luis XVIII, hermano del guillotinado Luis XVI y tío del fallecido en la cárcel Luis XVII.

Por su parte la Guerra de la Independencia –para los españoles– o la Guerra de España –para los franceses– ha concluido oficiosamente en diciembre de 1813 con la firma del Tratado de Valençay y Fernando VII regresa a España el 22 de marzo de 1814. A partir de ese momento comienza la restauración absolutista declarando nula la Constitución y toda la obra de las Cortes de Cádiz.

El 1 de marzo de 1815 Napoleón, recién evadido de su cárcel insular, desembarca cerca de Cannes y retoma el control de Francia durante poco más de tres meses hasta que es derrotado de manera definitiva en la batalla de Waterloo el 18 de junio y confinado hasta su muerte en la isla de Santa Elena.

En la España de 1815, arrasada y completamente en la miseria, el gobierno fernandino se afana en cercenar e incluso abolir todas aquellas libertades sancionadas por la Constitución de 1812. Desparece la prensa libre, las diputaciones, los ayuntamientos constitucionales y cierra las universidades. Se restablece la organización gremial y se devuelven las propiedades confiscadas a la iglesia. Se comienza a perseguir pertinazmente a todos aquellos sujetos mínimamente sospechosos de profesar cualquier atisbo de ideología liberal. Y precisamente en esa misma línea comienza a prestar especial atención a los prisioneros que han pasado por el depósito de Chalons-Sur-Marne en relación a los procesos de purificación⁸⁴ en marcha. El decreto del 9 de octubre del mismo año trata de arrojar un poco de luz sobre esta cuestión. En primer lugar se discute si todos los prisioneros que han pasado por ese depósito deben tener la consideración de jurados⁸⁵; en segundo si puede existir algún caso en el que, habiendo pasado por ese depósito, la intención del preso fuera fugarse; y en tercera instancia si alguno de los prisioneros puede haber sido destinado allí por influencia de sus familias, por equivocación o contra su voluntad y habiendo rechazado la alta paga que allí se daba. La conclusión es que se examinará caso por caso y que se valorará especialmente la existencia de intentos probados de fuga,

*... puesto que esta supone la prueba mas perentoria y convincente, aun cuando se suponga haber jurado, de que lo hicieron con el verdadero designo de proporcionar su fuga, no pudiendo haber prueba mas categórica de las intenciones de los hombres que las operaciones que las manifiestan.*⁸⁶

⁸⁴ La *purificación* o depuración o simplemente purga era el proceso administrativo por el cual el gobierno de Fernando VII investigaba la conducta política de los individuos y, en consecuencia, juzgaba la lealtad e idoneidad de un individuo en relación a la Corona. Si a la conclusión del proceso el individuo objeto de investigación era declarado *purificado* se le concedía o renovaba sus atribuciones, sin embargo si resultaba *impurificado* significaba que quedaba inhabilitado para el ejercicio de su profesión.

⁸⁵ Es decir que han jurado lealtad al rey intruso.

⁸⁶ (19), Año 1815, p.1235-1236.

Y concluye exponiendo,

En cuanto á las demas clases de que trata el Presidente del Consejo de Generales acerca de aquellos que pretenden justificar la tacha del juramento alegando haber jurado con intencion de fugarse, no puede dársele regla mas segura de que esta alegación por sí sola nada vale, sino que es preciso corroborar y acreditar esta intencion con una competente justificacion la mas completa posible que deje lugar á la duda; debiendo empero tener presente aquel recomendable principio de moral y derecho que mas vale salvar á algunos culpados que condenar á un inocente.⁸⁷

Una vez que la guerra finaliza, y habiendo comenzado el reinado de Luis XVIII en Francia, expira la condición de prisioneros de guerra de los cautivos españoles. Sin empleo ni dinero Caballero llega a París a comienzos de 1815 junto con su amigo y compañero Manuel Torrente. Se alojan en el Hôtel d' Auvergne con la única ambición de poder permanecer en la capital sin dejar de percibir su paga de refugiados. Así, el 13 de febrero, la nueva administración francesa envía una carta al ministro de la Guerra en la que se informa de las actividades de la pareja de españoles,

En este momento se ocupan de publicar las defensas de varias ciudades de España y no podrían alejarse de Paris sin comprometer el éxito de su empresa. El teniente general Rogniat anuncia a Su Excelencia que estos dos oficiales superiores le han comunicado las obras de que se trata y que merecen una atención particular.⁸⁸

Efectivamente el ya general Rogniat, comandante de ingenieros francés que participó en los asedios de Zaragoza, al saber que había sido uno de los defensores de Zaragoza, le encomienda la redacción de un relato⁸⁹ sobre la defensa de aquella plaza; trabajo que Caballero parece escribir en español y se traduce y edita en francés completando la publicación⁹⁰ del año anterior del propio Rogniat. El traductor es el jefe de batallón de ingenieros M. L. V. Angliviél de La Beaumelle⁹¹.

⁸⁷ (19), Año 1815, p.1235-1236.

⁸⁸ Cita literal incluida en (4).

⁸⁹ El texto que finalmente escribe Caballero es (25).

⁹⁰ Joseph Rogniat escribe un breve texto sobre el segundo asedio de Zaragoza ya que el primero no suele ser considerado como sitio propiamente dicho en la literatura francesa. Además Rogniat llega a Zaragoza prácticamente en el inicio del segundo por lo que poco podía referir de lo ocurrido unos meses antes. El texto de Rogniat fue traducido el español en 1908 por Francisco Rodríguez Landeyra y Francisco Galiay incluyendo multitud de correcciones al relato francés. Resulta muy interesante la circunstancia de que Caballero, a pesar de que Rogniat habla en su texto del Sitio de Zaragoza –única operación merecedora de tal denominación en su opinión–, estructura su obra aludiendo a los dos asedios que sufre la ciudad.

⁹¹ Victor Laurent Suzanne Moïse Angliviél de La Beaumelle era hijo de Laurent Angliviél de La Beaumelle, escritor francés prerrevolucionario. Nació en 1772 y murió en 1831 en Río de Janeiro. Fue jefe de batallón de ingenieros en el ejército francés y posteriormente coronel de ingenieros en el ejército de Pedro I de Brasil. Publicó una interesante obra sobre el imperio brasileño, *De l'empire du Brésil*, en 1823.

Sin duda la capital francesa es ideal puesto que ofrece posibilidades reales de publicar este tipo de obras. De esta manera Caballero puede prolongar su estancia en París percibiendo la paga de licencia absoluta.

En 1816 parte hacia España con la intención de entrar en el país. Por notas manuscritas de Jean René Aymes conocemos el itinerario u hoja de ruta de Caballero desde París, donde se encuentra desde la visita a Rogniat y posterior encomienda de la redacción de su relato de los Sitios, hasta Bayona.

Blas Chacón, capellán del Regimiento de Asturias que había coincidido con Caballero en la Coruña en 1800 generando cierta amistad, coincide con él en París en 1816 justo antes de hacer el primer intento de regresar a España.

... que posterior se reunieron en París donde siguieron en la misma forma hasta que determinaron uno y otro retirarse a España para lo que salió antes que el testigo Cavallero reuniéndose en el camino para ir a Irún en cuya población tuvieron que presentarse ambos al Comandante Militar de aquel punto quien no le permitió el pase a D. Manuel y sí al testigo por cuya razón tuvo que retroceder hasta Bayona por no haber podido conseguir de dicho Comandante continuar su viaje a España desde donde se separaron entregando al que declara una carta para la madre.⁹²

En consecuencia, y de acuerdo a las palabras de Chacón, parten juntos desde París y el día 23 de marzo de 1816 están en Versalles, dos días después pasan por Chartres y el 28 están en Tours. El 31 de marzo llegan a Poitiers y tres días después duermen en Angoulême. En dirección a España Caballero se encuentra a un español llamado Manuel Bellozas que años más tarde declarará lo siguiente,

... que es cierto que en el año y mes que está el Pedimento viajando el testigo con dirección a España desde Rennes en la Bretaña encontró en el tránsito para ¿Baras? a D. Manuel Cavallero a quien conoció y llamó preguntándose mutuamente para donde era la dirección y como ambos lo hacían para España siguieron juntos hacia Bayona donde se presentaron al cónsul para refrendar los Pasaportes como es de estilo y no lo permitió hacerlo en el de Cavallero y sí en el del testigo razón porque éste permaneció en dicho Pueblo y el D. Manuel se determinó seguir su ruta a Irún y a dos o tres días le volvió a encontrar en el mismo Bayona, donde se hallaba el que declara haciendo diligencias, que preguntándole la novedad de su pronto regreso le contestó no haberle permitido el Comandante del puesto de Irún seguir el viaje para España y por esa razón se vio precisado volver a Bayona siendo cierta esta manifestación por ser público y notorio que nadie pasa de un Reino a otro ¿y? de los puntos prefijados para la refrendación de

⁹² Esta declaración forma parte del intento jurídico de Caballero de 1821 de entrar a formar parte en los procesos de purificación. (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

*los Pasaportes y si los Cónsules o Comandantes no lo verifican por ciertas órdenes que tengan no puede persona alguna caminar por ser muy expuesto.*⁹³

El grupo llega el día 7 de abril a Burdeos y el 11 duermen en Mont de Marsan. El 14 de abril Caballero se presenta en Bayona con su grupo en el que se encuentran otros diez oficiales españoles provenientes de diversos depósitos franceses.

El día 19 pasa por San Juan de Luz y se presenta en la frontera acompañado del maese cuartel maestre de la Gendarmería Real, pero el comandante militar español en Irún no le permite la entrada. El citado comandante lo explicará cinco años después de los acontecimientos,

*D. Juan de Sandoval, Caballero de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, Coronel vivo y Teniente Coronel mayor del Regimiento de Infantería de órdenes militares del que es Coronel el Sr. D. Judas Tadeo Rojo y por su ausencia accidental Comandante = Certifico que hallándome de Comandante de las armas en la Villa de Irún parte de los años de mil ochocientos quince y siguientes en que mandaba accidentalmente el Regimiento de Infantería de Iberia ya extinguido que se encontraba acantonado en aquel punto, se me presentaron por el mes de Marzo de mil ochocientos dieciséis varios oficiales Españoles jurados o refugiados en Francia entre los cuales se hallaba D. Manuel Cavallero oficial dijo de Ingenieros solicitándome les permitiese internarse en su Patria a cuya pretensión no accedí por haber recibido en aquella época una orden del Excmo. Sr. Capitán General de aquellas provincias que no permitiese hasta nueva disposición la entrada de los oficiales jurados a España con cuyo motivo dispuse la vuelta a Francia del citado Cavallero y demás que le acompañaban. Y para que conste a petición del interesado doy la presente en Ciudad Rodrigo a veintisiete de Agosto de mil ochocientos veintiuno.= Juan de Sandoval.*⁹⁴

Caballero vuelve a Bayona tres días después, el 22 de abril, y prosigue camino hasta Burdeos. Allí, al no haber pertenecido a los depósitos de la undécima división militar no puede ser admitido en el propio depósito de la ciudad por lo que le envían al de Tartas, en el Departamento de las Landas, hasta que pueda volver a su patria. Incluso se le conmina a que el día seis de mayo debe salir de Burdeos *sopena de ser arrestado por la gendarmería. No se le dará ninguna indemnización de viaje, ni otra asistencia alguna*⁹⁵.

José de Font, teniente coronel del Cuerpo de Ingenieros y compañero de armas durante los asedios de Zaragoza, y en ese momento en pleno proceso de purificación, encuentra a Caballero cuando vuelve a pasar por Tours después del intento fallido de entrada en España y una vez que ha sido expulsado de Burdeos.

⁹³ (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

⁹⁴ (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

⁹⁵ (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

... que pasando el que declara por Burdeos le dijeron varios amigos hacía pocos días que habían visto a D. Manuel Cavallero con dirección a España y a aquella época tal vez estaría en Madrid; que el testigo se admiró porque tal vez no le dejarían pasar los Comandantes de los puntos en la época tan crítica del año y mes que cita por tener a la experiencia no una vez sola el declarante; y en este siguió su camino a Tours donde permaneció y a pocos días se le presenta D. Manuel Cavallero lo que le sorprendió al testigo y aquel le manifestó no haberle permitido el Comandante de Irún darle el paso para España enseñándole al que declara su Pasaporte que le habían dado las Autoridades francesas que decía: “A este extranjero por no haberle permitido la entrada en España no tendrá derecho a ¿indemnidad? de ruta ni a otro socorro razón porque se veía afligido el D. Manuel por no saber a dónde girar sin los auxilios competentes ofreciéndole el testigo sus facultades y ¿comandándole? en sus conflictos hasta que determinó el marcharse a París.⁹⁶

Mientras tanto en España se endurecen las condiciones de purificación y se publica el decreto del 30 de marzo de 1818 que se transcribe a continuación.

Circular del Consejo supremo de la Guerra, en la que se manda suspender la determinación de causas de purificación que hubiese pendientes de Oficiales prisioneros en Francia, sin admitir en adelante otra alguna en razón a lo que se expresa.

Habiendo acudido al Consejo supremo de la Guerra varios Capitanes generales proponiendo algunas dudas acerca de la inteligencia del Real decreto de 9 de octubre de 1815, relativo á los Oficiales españoles, que hallándose prisioneros en Francia fueron trasladados al depósito de Chalons-sur-Marne, consultó al REY nuestro Señor, despues de haber oido á sus Fiscales, lo que tuvo por conveniente; y habiéndose S. M. conformado el dictamen del tribunal, se ha servido mandar por su Real resolucion de 23 del presente mes: primero, que se suspenda la determinacion de todas las causas de purificacion de Oficiales procedentes del depósito de Chalons-sur-Marne, así como las de los demas de Francia que funden sus excepciones en el decreto de 9 de Octubre de 1815; segundo, que tambien se suspenda la determinacion de iguales causas formadas a Oficiales que se hayan presentado á justificarse despues del citado día 9 de Octubre de 1815; tercero, que igualmente se suspendan las de aquellos Oficiales prisioneros en la península, que aunque no hayan estado en los depósitos de Francia aleguen por mérito para su justificacion la fuga que ejecutaron de pais ocupado á pais libre; y cuarto, que desde dicha Real resolución de 23 del presente mes en adelante no se admita á purificarse por pretexto alguno a ningún Oficial en los consejos de guerra de las provincias, pues el tiempo ya transcurrido desde el regreso de S. M. a sus reinos, y de la paz general, ha sido más que suficiente para practicar cuantas diligencias les hayan convenido con aquel objeto.

⁹⁶ (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

Abatido por su fallido intento de regreso a España en abril de 1816, y sin ningún medio de subsistencia, Caballero se decide a pedir la protección de un familiar de su madre que se encuentra en Rusia⁹⁷ y del que ya tiene noticia desde, al menos, 1816⁹⁸. Dicho familiar es el ingeniero español Agustín de Betancourt⁹⁹, tío suyo, entonces al servicio del Zar Alejandro I de Rusia. Y como no puede de otro modo, *á pie y con una mochila á la espalda* desde París, emprende el camino a dicho país. Pero al llegar a la frontera le detienen por defectos del pasaporte, que debe ser refrendado en Berlín, capital de Prusia, nación enemiga de la Francia tardo-napoleónica. Caballero, en consecuencia, desiste de entrar por allí pero logra hacerlo por otro lugar. Finalmente llega a Varsovia y se reúne con Betancourt, quien consigue del gobernador que no sea expulsado inmediatamente como teme. Al contrario, al saber que había sido defensor de Zaragoza, le dice que va a presentarle a su médico, puesto que es entusiasta de los españoles, porque allí le salvaron y alcanzó la libertad. En efecto, el médico es el oficial enemigo a quien Caballero, en comandita con el fraile, salva en Zaragoza. La escena que se desarrolla, cuando en seguida entran la mujer e hijos del antiguo oficial hace enternecer a todos. Y como consecuencia de ello, el gran duque, no solo permite la estancia de Caballero en Varsovia, sino que le nombra profesor de la Academia que dirige Betancourt.

La situación política de Polonia en esa época es compleja. Desde el año 1772 la República de las Dos Naciones (Polonia y Lituania) se iba repartiendo entre Rusia, Austria y Prusia; de tal manera que en 1795 Polonia desaparece como estado independiente hasta 1807 cuando se constituye el Gran Ducado de Varsovia creado por Napoleón y que obligará a los polacos a participar en las numerosas guerras napoleónicas. Finalmente, con la derrota del emperador, el territorio polaco vuelve a partirse entre los países antes mencionados y el Ducado, ahora como

⁹⁷ Esta peripecia, exclusivamente recogida por Torner, ha resultado imposible contrastarla con otras fuentes. Del periplo europeo de Caballero desconocemos siquiera las fechas y solo tenemos la referencia de la cita posterior de Mrozinski. Además de las fechas, la verosimilitud de la historia radica en su relación, ya sea de parentesco o de cualquier otro tipo con Agustín de Betancourt que, efectivamente entre 1807 y el año de su fallecimiento en 1824, trabajaba en Rusia al servicio del Zar. El ingeniero español puso en marcha una escuela de ingenieros civiles en San Petersburgo, a imagen y semejanza de la que había creado en Madrid años antes, y también es cierto que auspició una academia en Varsovia a modo de escuela preparatoria. También sabemos que envió a Varsovia a su discípulo Rafael Bauzá que había ido a ayudarle desde París para dirigir las obras de la nueva fábrica de la moneda entre 1816 y 1818.

Si admitimos que el relato de Torner es cierto, reiteramos que recogido directamente del brigadier del cuerpo Juan Miguel de Quiroga de labios del general Cortines y del brigadier Varela y Limia, y teniendo en cuenta la referida cita de Mrozinski, la fecha del encuentro polaco con Betancourt sería precisamente 1818. En consecuencia, la estancia en Polonia se habría producido de esos años en adelante. No mucho más puesto que Betancourt pierde el favor del Zar y muere poco después en 1824.

Mario de la Sala Valdés, en (22), señala que *Caballero pasó más de quince años desempeñando el profesorado en la escuela de ingeniería regida por Betancourt*, pero igualmente se desconocen las fuentes.

⁹⁸ Esta afirmación proviene de las notas manuscritas de Jean-René Aymes enviadas al autor el 5 de mayo de 2014.

⁹⁹ Existe alguna posibilidad más sobre la identidad del familiar de Caballero en Polonia. Aproximadamente en las mismas fechas, uno de los ingenieros de caminos de la primera promoción de la recién creada Escuela del cuerpo madrileña, viajó a Rusia para trabajar con Betancourt. Su nombre era Rafael Bauzá y sabemos que colaboró en las obras de la nueva fábrica de la moneda entre 1816 y 1818 así como en varias construcciones civiles más. Como en el caso del ingeniero canario no se ha encontrado relación ninguna de Bauzá con Caballero, y dado que en la única fuente disponible se nombra repetidamente a Betancourt debemos seguir creyendo la historia contada por Quiroga, Cortines y Varela y Limia.

reino de Polonia, se une de manera personal y aparentemente autónoma al Imperio ruso. Dicha situación se prolongará hasta 1831 en que será anexionado por Rusia a causa del levantamiento polaco de 1830.



Figura 13: NAPOLEÓN CONFERENCIA SOBRE LA CONSTITUCIÓN DEL DUCADO DE VARSOVIA, 1807.

Volviendo al viaje de Caballero hasta Polonia, Józef Mrozinski¹⁰⁰ menciona la visita de Caballero en Varsovia en julio de 1818 y añade,

*Aquel respetado de un país, al que ha dado tantas muestras de su apego, está ahora, cuando escribimos estas palabras, en Varsovia y encuentra no poco consuelo en su desgracia, viendo con qué gusto ven entre sí al defensor de Zaragoza aquellos polacos, quienes fueron testigos del heroísmo de esta ciudad; le llena también de no poca felicidad la noticia de que en la lengua polaca van a ser publicados los actos que inmortalizan a sus compatriotas.*¹⁰¹

¹⁰⁰ Józef Mrozinski fue un general polaco que participó en los dos Sitios de Zaragoza como capitán en el Regimiento del Vístula dentro del ejército francés. Después de la caída de Napoleón regresó a su país y se unió al ejército del reino de Polonia hasta el aplastamiento del levantamiento, tras el que juró lealtad al Zar Nicolás I. Murió en 1839 en Varsovia.

¹⁰¹ Esta cita está extraída de (30), que a su vez la transcribe directamente de (33). Fijalkowski explica en (31) que Mrozinski escribió esta obra especialmente en honor de la visita de Caballero a Varsovia el año 1818, y que fue publicada al año siguiente en la revista *Pamiętnik Warszawski*.

Pero Caballero no desiste de volver a España, abandona Polonia y en agosto de 1819 vuelve a intentar sin éxito pisar suelo peninsular a través del valle de Arechavaleta,

Don Manuel Cavallero, natural de la ciudad de Cádiz y actualmente en este valle de Arechavaleta provincia de Guipúzcoa, ante V. I. y dice: Que a mediados del mes de Agosto del año pasado de mil ochocientos diecinueve, llegué a la casa posada de dicho valle con dirección a Madrid, y estando hospedado en ella, se me presentó su Sr. Alcalde que era entonces D. Joaquín María de Otazola (ya difunto) acompañado de dos Alguaciles y de un cabo del Regimiento de Infantería de Vitoria, requiriéndome estrechamente, que tenía orden del Excmo. Sr. Capitán General de esta M. N. provincia para arrestarme. En efecto lo ¿bonificó? así trasladándome en seguida a la cárcel pública del citado Valle, en donde permanecí hasta el siguiente día que se me hizo retrogradar con la competente escolta, hasta el territorio francés y para los efectos que me convengan. A V. I. suplico, mande se me admita adjunta la información de testigos que ofrezco; y que a mayor abundamiento certifique el presente Escribano lo ocurrido en el particular, y verificado me entreguen los originales de todo, para los fines que me convengan, pues corresponde estimarlo así en justicia que es la que pido¹⁰².

En enero de 1820 se produce la sublevación de las fuerzas expedicionarias acantonadas en la península que debían partir hacia América para sofocar la insurrección de las colonias españolas. Al pronunciamiento le siguen varias sublevaciones por toda España hasta que finalmente Fernando VII se ve obligado a jurar la Constitución el 10 de marzo de 1820, iniciando el denominado Trienio Liberal. Ese mismo año se publican numerosos decretos entre los que figura el siguiente,

5º Condolido del triste estado á que se ven reducidos los españoles refugiados actualmente en Francia, por haber seguido al Gobierno intruso, y conformándome con el parece de la Junta provisional, he venido a permitirles que entren en territorio español. Lo tendréis entendido y comunicareis á quien corresponda para su cumplimiento. = Rubricado de la Real mano.= En Palacio a 23 de Abril de 1820.= A D. Antonio Porcel.¹⁰³

En pleno caos de efervescencia pseudoliberal, tres días más tarde, el 26 de abril, se publica una corrección al anterior texto por el que,

... se permite la entrada en España pero solo pueden establecerse por ahora en una de las provincias de Alava, Vizcaya, Guipúzcoa y Castilla hasta Burgos, de donde no deberán pasar hasta que reunidas las Cortes deliberen lo que estimen justo; quedando en tanto en toda su fuerza y vigor el decreto de las extraordinarias de 21 de septiembre

¹⁰² (28), Sección 1ª, Legajo C-59.

¹⁰³ (19), Año 1820, nº72, 27 de abril, p.479.

de 1812¹⁰⁴. Los españoles de esta clase que hubiesen pasado ya ó intentaren pasar de los límites que se les prefijan en este decreto, se les obligará á salir inmediatamente, pue son han de poder permanecer por ahora en otras provincias de la Monarquía española que las designadas.¹⁰⁵

Debemos suponer que el infructuoso intento de Caballero de agosto de 1819 le obliga a volver a Varsovia donde según Torner disponía de algunas posibilidades más que las muestras de cariño que cita Mrozinski. Desde allí, y obviamente conocedor de la publicación del decreto del 23 de abril de 1820, pone en 1821 su caso en manos de un abogado que recoge los intentos de 1816 y 1819 como prueba fehaciente de que se había presentado en tiempo hábil para su purificación aludiendo igualmente al decreto del de 30 de marzo de 1818. Para armar convenientemente el caso el abogado presenta el testimonio de tres testigos con los que se había encontrado en su tentativa de 1816, los ya mencionados Blas Chacón, Manuel Bellotas y José de Font. Para el intento de 1819 solicita la colaboración de las autoridades sitas en ese momento en el Valle de Arechavaleta para que confirmen lo expuesto por él.

El Tribunal Especial de Guerra y Marina, además de aceptar la documentación aportada por Caballero, solicita al Ministerio de la Guerra la traducción del expediente de Caballero incluido en los documentos del anterior gobierno de José Bonaparte.

El 8 de febrero de 1822 Jacinto Nicolás Alonso, secretario de Estado y del Despacho de la Guerra, escribe que, tras haber oído al fiscal militar, nada nuevo tiene que añadir respecto a una notificación anterior del 3 de octubre de 1821 de la que no se tiene constancia.

Desconocemos por tanto el resultado de la solicitud de purificación. A partir de este punto caben dos posibilidades. Por un lado suponer que se obró como en otros casos semejantes, es decir que fuera agregado a plaza, una forma de retiro, con el último empleo militar conocido¹⁰⁶. Por otro asumir que el expediente de solicitud de purificación languidece, mucho más cuando a partir de 1823 retorna la monarquía absolutista en grado extremo, y en consecuencia Caballero sigue sin poder regresar a España. Nos inclinamos por esta segunda opción y entendemos que efectivamente el gaditano no pisa suelo español hasta 1831.

Desde que se inicia el periodo liberal el rey Fernando se mueve en la sombra tratando de recuperar el poder perdido, circunstancia que finalmente consigue con el apoyo de las potencias europeas temerosas de nuevos contagios revolucionarios. Así el ejército francés de los Cien Mil Hijos de San Luis entra en España en abril de 1823 y logra restablecer la monarquía absolutista poco más tarde, en el mes de octubre.

¹⁰⁴ (20), Año 1812, n°134, 3 de octubre, p.1092-1093. En el decreto citado se establecen los límites y prohibiciones para todos aquellos que hayan colaborado de alguna forma con el gobierno de José Bonaparte.

¹⁰⁵ (19), Año 1820, n°73, 29 de abril, p.488-489.

¹⁰⁶ Esta es la opinión recogida en la investigación desarrollada en (11).

De esta manera se inicia la última etapa del reinado de Fernando VII conocida como *Década Ominosa* en la que se endurece en grado sumo la represión de los elementos liberales.

Suponemos que Caballero permanece en Varsovia hasta finales de 1830 y que abandona el país coincidiendo con el levantamiento del 29 de noviembre de 1830 en el que un grupo de jóvenes conspiradores de la escuela de oficiales del ejército polaco se subleva contra el poder ruso. El movimiento es rápidamente respaldado por buena parte de la sociedad polaca. Finalmente a finales de mayo de 1831 los insurrectos son aplastados por el ejército ruso del Zar Nicolás I¹⁰⁷ en las batallas de Ostroleka y Varsovia. Un número importante de polacos emigra hacia Francia a través de la frontera prusiana para no ser capturados por los rusos.



Figura 14: CRUZANDO LA FRONTERA PRUSIANA. Franciszek Falinski, 1831.

¹⁰⁷ Nicolás sucede a su hermano mayor Alejandro cuando este fallece sin descendencia en 1825.

2.8. CABALLERO: INGENIERO DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS

No se ha encontrado ninguna información relativa a Manuel Caballero desde el documento fechado en febrero de 1822 hasta abril de 1831. Como se ha dicho resulta plausible pensar que durante esos años Caballero se encuentra en Varsovia pero no se ha logrado encontrar la forma por la que el ingeniero es capaz de volver a España en una situación legal tan irregular¹⁰⁸ como la referida en el apartado anterior.

En 1829 Agustín de Larramendi es nombrado director facultativo de Correos y Caminos y como tal se encuentra al tanto de las obras del Canal de Castilla. De hecho incluso desde marzo de 1832 desarrolla personalmente las funciones de inspector de las obras que básicamente consiste en decidir el trazado de la obra a partir de las tres alternativas que el director facultativo de la empresa, Epifanio Esteban, le presenta. Además Larramendi, de acuerdo a su cargo, impone varias cuestiones constructivas de obligado cumplimiento.

En una hoja de servicios¹⁰⁹ como ingeniero de caminos de fecha posterior (18-05-1839) figura el nombramiento de Manuel Caballero como Ayudante de ingeniero en la empresa del Canal de Castilla el 30 de abril de 1831, que apenas cuarenta días antes había resultado adjudicataria de la construcción y explotación posterior de la obra. Si tal fecha es verdad, y no hay ningún motivo para dudarlo, significa que efectivamente antes de esa fecha Caballero es capaz de retornar a España.

En la hoja mencionada no solo se consigna la fecha de nombramiento sino también los trabajos que desempeña en la obra del canal,

En el Canal de Castilla estuvo encargado del levantamiento del plano desde el Cementerio de Dueñas hasta el Soto de Alburez.

El papel que juega la empresa Compañía del Real Canal de Castilla¹¹⁰ en la contratación de Caballero quizás sea más importante de lo que en principio pueda parecer porque la compañía tiene tales influencias que es capaz de arañar al gobierno fernandino curiosas prerrogativas que faciliten la ejecución de la obra. Por un lado consigue la explotación exclusiva de todos

¹⁰⁸ Desde el comienzo de la guerra contra el invasor se generan a lo largo de toda la frontera franco-española verdaderas redes de tráfico de todo tipo. Y también de guías capaces de internar en el territorio vecino a aquellos que tengan con qué pagar.

¹⁰⁹ (29), Expediente Manuel Caballero y Zamorategui.

¹¹⁰ El 17 de marzo de 1831 el Estado, siendo consciente de las limitaciones presupuestarias del Erario Público para poder financiar el coste de las obras, concede a la Compañía del Canal de Castilla la explotación del canal durante ochenta años, una vez terminadas las obras. A cambio la empresa se compromete a finalizar las obras en siete años. Las diferentes vicisitudes bélicas obligarán a definir un nuevo contrato en el que se recortará el plazo de explotación a setenta años y se ampliará el plazo para realizar las obras. En concreto en 1831 comienzan las obras en Soto Albúrez bajo la dirección del ingeniero Epifanio Esteban terminándose el tramo de la mencionada localidad hasta Valladolid.

los recursos del canal durante ochenta años a partir de la terminación de las obras; en segunda instancia logra disponer de dos mil quinientos prisioneros para la realización de los trabajos, así como los ingenieros necesarios y, además, la percepción de 300.000 reales al año y la cesión con carácter perpetuo de las tierras de la Laguna de Nava que resultaran cultivables tras la prevista desecación.

En ese contexto y dada la peculiar naturaleza¹¹¹ de la compañía, primero constructora y posteriormente explotadora, puede resultar plausible el retorno de Caballero a España sin problemas administrativos de ningún tipo a diferencia de sus infructuosos intentos previos. De esta manera, incluso con su compleja situación legal no resuelta completamente, puede entrar a formar parte del equipo de ingenieros al mando del responsable técnico Epifanio Esteban. Y en ese ámbito igualmente resulta evidente el contacto que Caballero alcanza con el inspector de las obras, Agustín de Larramendi.

El duque de Castro-Terreño, secretario de Estado y del Despacho del Fomento general, acude el 21 de noviembre de 1832 a la inauguración de un tramo del canal que *abrazo el tan ponderado y temido paso de Dueñas*, que comprende desde la calzada real de Burgos hasta el cementerio de la localidad y dice,

Las dificultades que desde el primer día se habían concebido sobre el paso de Dueñas, y la circunspección con que siempre le miraron cuantos ingenieros lo han reconocido, absteniéndose de fijar el modo de vencerlo, había arraigado en la opinión pública la de ser casi imposible, ó por lo menos muy largo y costoso superarlas. Las dudas se han disipado, y el canal se halla mas acá de Dueñas, cargado en su totalidad, y han navegado por él cuantos han querido disfrutar de este placer.

*Esta sencilla narración pone en claro el talento, instruccion, actividad y distinguido zelo del ingeniero D. Epifanio Esteban, director de estas obras.*¹¹²

El 6 de octubre de 1832, tras los comúnmente denominados *Sucesos de la Granja*¹¹³ y dada la enfermedad que padece Fernando VII, la reina María Cristina es habilitada *para el despacho*¹¹⁴, con lo que comienza *de facto* su período de regencia que llegará de diversas formas hasta 1840.

¹¹¹ La Real Compañía del Canal de Castilla fue un conglomerado financiero de cuatro grandes fortunas afrancesadas. El representante de la empresa era Alejandro Aguado que, al igual que Caballero, resultó un conocido josefino que inició la guerra con los sublevados nacionales y posteriormente juró fidelidad al rey José. Después de la derrota napoleónica, y exiliado en Francia, se convirtió en un adinerado hombre de negocios que gestionó numerosos empréstitos del gobierno de Fernando VII, por el que le nombró Marqués de las Marismas del Guadalquivir en 1829.

¹¹² (19), Año 1832, nº151, 11 de diciembre, p.619-620.

¹¹³ Los *Sucesos de la Granja* se refieren a los intentos de los partidarios del hermano de Fernando VII, Carlos María Isidro, de anular la Pragmática Sanción de 1789 que daba la cobertura legal suficiente para permitir que las mujeres pudieran reinar si no tenían ningún hermano varón. La vigencia de tal ley proclamaba *de facto* heredera de la corona española a la reciente hija de Fernando, la futura Isabel II.

¹¹⁴ (19), Año 1832, nº122, 9 de octubre, p.495.

Nueve días después, el 15 de octubre se publica un Real Decreto por el que se amnistía a la práctica totalidad de perseguidos hasta entonces,

*Guiada pues de tan lisonjeras ideas y esperanzas, en uso de las facultades que mi muy caro y amado Esposo me tiene conferidas, y conforme en todo con su voluntad, concedo la amnistía más general y completa de cuantas hasta el presente hayan dispensado los Reyes, á todos los que han sido hasta aquí perseguidos como reos de Estado, cualquiera que fuera el nombre con el que se hubieren distinguido y señalado, exceptuando de este rasgo benéfico, bien á pesar mio, los que tuvieron la desgracia de votar la destitución del REY en Sevilla, y los que han acaudillado fuerza armada contra su Soberanía.*¹¹⁵

El 30 de octubre se concretan las reglas para aplicar la amnistía,

Primera. Todos los emigrados y desterrados por motivos políticos quedan en libertad de volver á sus hogares, á la posesión de sus bienes, al ejercicio de su profesión ó industria, y al goce de sus consideraciones y honores, bajo la segura protección de las leyes.

Segunda. No se entienden restituidos por este decreto los empleos y sueldos que obtenían al tiempo de las convulsiones en que fueron comprometidos, pero quedan aptos, como los demás españoles, para solicitar y obtener cualquier destino á que el gobierno les considere acreedores.

Tercera. A nadie se formará ya causa por este delito de infidencia cometido antes del día 15 de este mes, aunque estuviere entablada la acusacion.

Cuarta. Se sobresee desde luego en todas las causas de infidencia pendientes, y se pondrá en libertad á los reos.

Quinta. Las sentencias pronunciadas antes de la fecha del decreto, que no se hayan puesto en ejecucion, quedan sin efecto, y no podrán citarse en juicio ni fuera de él, sino en el solo caso de reincidencia; cesan por consiguiente las condenas que se están cumpliendo en virtud de tales sentencias; y los bienes secuestrados por estas causas se devolverán á los acusados, y no se exigirán las costas causadas y no satisfechas en el procedimiento de las referidas causas.

Sexta. Cesa los juicios de purificación; y los que están aun pendientes se declaran fenecidos á favor de los interesados.

Séptima. Por esta amnistía se impone un olvido eterno á todos los delitos de infidencia (no á otros), cualquiera que haya sido su denominacion.

¹¹⁵ (19), Año 1832, nº129, 23 de octubre, p.519.

*Octava. Se exceptúan de esta Real determinacion los que votaron la destitucion del REY en Sevilla, y los que acaudillaron fuerza armada contra su soberanía, conforme al tenor del mismo decreto.*¹¹⁶

Tales circunstancias suponen la posibilidad de que Manuel Caballero pueda resolver su situación legal, que seguramente no era muy clara, a pesar de haber conseguido entrar en España poco tiempo antes gracias a la influencia de la empresa para la que trabaja.

Mientras tanto el devenir social de España se convulsiona con el progresivo giro político de la regencia hacia posiciones más liberales¹¹⁷ que las existentes durante el reinado de Fernando. Dado que Carlos, hermano del todavía rey, se niega a prestar juramento a Isabel –hija de Fernando y María Cristina– como princesa de Asturias y heredera al trono, el gobierno fernandino obliga al infante a abandonar España, de la que sale con dirección a Portugal el 16 de marzo de 1833. Seis meses después, concretamente el 29 de septiembre de 1833 muere Fernando VII, y Carlos se autoproclama rey desde Portugal dos días después con el nombre de Carlos V.

El 3 de octubre se produce el primer levantamiento carlista en Talavera de la Reina. Así comienza una guerra civil entre los partidarios de Isabel, los denominados isabelinos, y los partidarios del infante Carlos, los carlistas. Lo que en un principio comienza como una típica guerra de guerrillas se transforma en un verdadero conflicto bélico cuando diferentes tropas del ejército comienzan a significarse y tomar partido. En poco tiempo el coronel Tomás de Zumalacárregui se pone al mando de un importante ejército carlista en Navarra y el País Vasco.

El 24 de enero de 1834 el Director General de Caminos y Canales, José Agustín de Larrañendi, escribe al Ministro de Fomento General del Reino la siguiente carta,

Don Manuel Cavallero Zamorategui, Ingeniero del Ejército que fue y que perdió su Carrera por los acontecimientos políticos pasados pretende en este momento que en atención a los perjuicios que ha sufrido por no haberla seguido y a los conocimientos facultativos que adquirió se digne S. M. nombrarle Ayudante de Caminos y Canales ocupando una de las plazas vacantes ocurridas por fallecimiento de D. José Coqueret y D. José Collar.

Me parece inútil hacer presente a V. E. los inconvenientes que ofrece y los mismo motivos de queja que se dan a los cuerpos, particularmente facultativos, con la introducción de una persona extraña quitando a los, naturales, este inconveniente es todavía mayor por el mal ejemplo en el momento que se va a publicar un programa de los extensos conocimientos que se exigen ... para ser admitidos los jobenes en la escuela de Ingenieros de Caminos y Canales, que entienden los tratados que se ...

¹¹⁶ (19), Año 1832, nº133, 1 de noviembre, p.535.

¹¹⁷ Esta inclinación hacia el liberalismo era estrictamente necesaria para contrarrestar las posiciones ultraabsolutistas de los partidarios del infante don Carlos. La promulgación de la amnistía forma parte precisamente del adoptado corpus liberal.

en ella y sufrir rigurosos exámenes así importa mucho que los jobenes de aplicación y talento sepan por una parte que adquiriendo tales conocimientos con la extensión y perfección requeridas estén seguros de tener inmediatamente la plaza efectivo de Ingeniero y por otra que a los Para lograr otras plazas que están reservadas exclusivamente para los primeros. Es pues, de la mayor importancia reducirse por ahora a los absolutamente indispensables para el servicio corriente escogiéndoles entre la multitud de pretendientes que hay y se están presentando los que sean mejores como entrenados y de muy buenas cualidades.

La Junta de Caminos y Obras se halla en el caso de esta pronta necesidad y D. Manuel Cavallero podría servir nombrándole Ayudante 3º de Ingeniero de Caminos y Canales con destino a las obras de otros caminos y pagando un sueldo y gratificaciones por los fondos pertenecientes a ella; el cual deberá quedar como encargado principal luego que concluya su D. Julian Rodriguez que le propongo a V. E. con esta fecha para A D. Pelayo Correa Artillero de la misma graduación y que perdio su carrera por las mismas causas que Cavallero se le incorporo a los Ingenieros de Caminos y Canales hace unos años con la misma graduación de primera entrada que propongo al referido caso. Sin embargo V. E. resolverá lo que haya que hacer y le parezca mas acertado.¹¹⁸

Recordemos que Larramendi y Caballero, sin duda, han trabado relación durante las referidas obras del Canal de Castilla y que Larramendi está decidido a relanzar el funcionamiento del Cuerpo de Ingenieros de Caminos y Canales tras la hibernación fernandina.

El responsable del Ministerio, Javier de Burgos, responde el 18 de febrero,

Accediendo S. M La Reina Gobernadora a una instancia de Don Manuel Caballero y Zamorategui, y atendiendo a á sus conocimientos facultativos acreditados en el Real Cuerpo de Ingenieros del Egercito donde ha servido, y al informe favorable de V. I., se ha dignado nombrarle Ayudante tercero del Cuerpo de Ingenieros de Caminos y Canales con todos los goces correspondientes á esta clase.¹¹⁹

El primer destino de Caballero es Orense, para trabajar en la carretera de Vigo a Castilla (concretamente en el tramo de Orense hacia Vigo) de la que queda relevado exactamente un año después de su ingreso en el cuerpo, es decir el 18 de febrero de 1835, aunque diversos problemas de índole técnica complican la salida. El 21 de mayo Caballero expone que debe marchar ya de Orense puesto que su *mujer se encuentra en la absoluta necesidad de salir de este pueblo para restablecer su salud*¹²⁰.

¹¹⁸ (29), Expediente Manuel Caballero y Zamorategui.

¹¹⁹ (29), Expediente Manuel Caballero y Zamorategui.

¹²⁰ (29), Expediente Manuel Caballero y Zamorategui.

Mientras tanto la contienda carlista no afecta prácticamente a Galicia que en abril de 1835 tiene al ejército cristino o isabelino, en la orilla sur del Ebro y en la orilla izquierda del Arga. A finales de junio de ese mismo año muere Zumalacárregui a causa de una bala rebotada mientras observa las operaciones del Sitio de Bilbao.

El 12 de marzo de 1836 es ascendido a ayudante 2º del Cuerpo de Ingenieros de Caminos. El mismo año es destinado a Salamanca con el objeto de construir caminos y embarcaderos a lo largo del río Duero mejorando la navegabilidad del mismo. El 21 de julio es ascendido a ayudante 1º del Cuerpo.

En 1837 las tropas carlistas tratan de tomar Madrid saliendo con un ejército desde Navarra el 15 de mayo, atravesando Aragón, Cataluña y Castilla. Finalmente, al avistar Madrid el día 12 de septiembre, Carlos ordena la retirada y la vuelta hacia los territorios carlistas iniciando el fin de la guerra.

Casi dos años después, el 31 de agosto de 1839, se firma el Convenio de Vergara, tradicionalmente conocido como el *Abrazo de Vergara* por el gesto de los generales Espartero y Maroto antes sus respectivas tropas.



Figura 15: ABRAZO DE VERGARA.

Como ya se ha comentado en varias ocasiones, en el expediente de Manuel Caballero como ingeniero de caminos existe una hoja de servicios fechada el 18 de mayo de 1839 en la que figuran las fechas de los diferentes nombramientos y los méritos realizados antes de entrar al cuerpo, ya detallados con anterioridad. Además figuran tres columnas que dicen:

Obras de importancia que ha dirigido

Por traslación del Ingeniero D. Julian Rodriguez, quieto en Galicia dirigiendo la carretera de Vigo a Castilla.

Fue director de las obras del Duero y caminos adyacentes.

Sobre el rio Huebra en el termino de Yecla¹²¹, construye un puente de un solo arco de 60 grados y 90 pies de cuerda, dando a la obra 45 de total altura.

Proyectos de importancia que ha formado

Escribió una pequeña memoria relativa a la navegación del Duero y tiene los suficientes materiales para escribir otra mas completa que todas las presentadas hasta la actualidad.

La columna dedicada a los *Descubrimientos en la ciencia del Ingeniero, mejoras hechas en cualquier concepto, y escritos que ha publicado á su profesión* aparece vacía.

Sabemos que a finales de la década de los treinta y a principios de la siguiente Manuel Caballero se halla entre Logroño y Soria donde realiza el proyecto de carretera entre ambas ciudades a través del puerto de Piqueras,

1º Se autoriza a la diputación provincial de Logroño para que contrate la construcción de carretera desde aquella ciudad hasta lo alto del puerto de Piqueras conforme á los planos del ingeniero D. Manuel Caballero Zamorategui.¹²²

La situación política del país sigue convulsa y los sucesivos conflictos entre el bando moderado y el progresista motiva que M^a Cristina, el 12 de octubre de 1840, ceda la regencia del reino al protagonista del reciente fin de la guerra, el general Baldomero Espartero. Apenas un año después el regente tiene que hacer frente al pronunciamiento de 1841, impulsado por la propia M^a Cristina, el partido moderado y los militares afines. Como consecuencia final el 7 de octubre se produce un ataque al Palacio Real con el objetivo de capturar a Isabel II y su hermana, trasladarlas al País Vasco y nombrar nuevamente regente a María Cristina. El resultado es un fracaso gracias a la reacción de los alabarderos de la Guardia Real.

Durante todo el año de 1842 Manuel Caballero se encuentra dirigiendo las obras del tramo soriano del puerto de Piqueras en el que destaca la construcción del puente de sillería sobre el río Zarranzano. En marzo de 1843 dirige igualmente las obras relativas a la carretera desde Logroño a Pancorbo.

Adjuntas tengo el honor de remitir á V. E. copias de las relaciones que me ha pasado el ingeniero de caminos D. Manuel Caballero Zamorategui, relativas á los trabajos ejecutados en las carreteras de nueva construcción de esta provincia y la antigua que dirige a Pancorbo...¹²³

¹²¹ Se refiere a la localidad de Yecla de Yeltes en la provincia de Salamanca.

¹²² (19), n^o2219, 15 de noviembre de 1840.

¹²³ (19), n^o3099, 2 de abril de 1843.

La insurrección y bombardeo de Barcelona del 13 de noviembre de 1842 marca el inicio del fin de la regencia de Espartero que cristaliza el 27 de mayo de 1843 con el levantamiento de Reus que se extiende rápidamente por la franja mediterránea y Andalucía, y se replica en ciudades del interior. El 30 de julio se embarca en el Puerto de Santa María hacia el exilio asumiendo la regencia un gobierno provisional.

El 8 de noviembre de 1843 Isabel II es declarada mayor de edad¹²⁴ y dos días después jura la Constitución de 1837.

Un mes antes, el 13 de octubre, Manuel Caballero es nombrado ingeniero jefe del distrito de Valencia.

En la primavera de 1844 España se considera un país completamente pacificado y se inicia un período de estabilidad política y social conocido como la Década moderada, en la que el partido moderado, apoyado en la figura de su líder Ramón María Narváez, detentará el poder con el apoyo de la Corona. En 1845 se redacta y aprueba una nueva constitución.



Figura 16: RAMÓN MARÍA NARVÁEZ. Vicente López Portaña, 1849.

¹²⁴ El congreso adelantó un año su mayoría de edad puesto que Isabel había nacido el 10 de noviembre de 1830.

A partir del 1 de octubre de 1848, con arreglo a lo dispuesto por real orden del 13 de septiembre de 1848, Manuel Caballero se convierte en Jefe del Distrito de Murcia de la Dirección General de Obras Públicas como ingeniero en jefe de primera clase residiendo en Albacete.

Fallece el 16 de julio de 1851 en Albacete, tal y como escribe Juan Subercase, Director General de Obras Públicas,

El Ingeniero segundo del Cuerpo de Caminos, Canales y Puertos Don Francisco Carvajal, me dijo desde Albacete, con fecha de 16 del corriente, lo que sigue:

Ilustrísimo Señor = Con el mayor dolor me veo en la triste necesidad de poner en conocimiento de V. I. que en el día de hoy á las dos menos cuarto de su tarde ha fallecido en esta ciudad de un ataque apoplético el Ingeniero Jefe del Distrito Don Manuel Caballero Zamorategui.¹²⁵

Su viuda, Concepción Lerroux, muere el 22 de febrero de 1882. Su única hija, Carmen Caballero de Carvajal, se une en matrimonio con el militar Francisco Carvajal.

¹²⁵ (29), Expediente Manuel Caballero y Zamorategui.

3.

EDICIÓN DE LA *DÉFENSE DE SARAGOSSE*

3.1. ANÁLISIS DE SITUACIÓN Y OBJETIVO

Enfrentarse a la lectura de un texto escrito hace más de doscientos años, con el lenguaje de hace más de doscientos años, suele suponer una mezcla de inmersión histórica y voluntarismo romántico. Ese lenguaje, mediante su vocabulario, adjetivos, ortografía y giros lingüísticos es capaz de transportar al lector de forma casi instantánea al pasaje de la historia que se está visitando. Y donde el lenguaje es incapaz de llegar acude raudo y veloz el subconsciente para completar la sugestión requerida. Efectivamente esa magia aparece espontáneamente cuando el texto está bien redactado, es decir de forma coherente y con la mínima cohesión necesaria. Desgraciadamente nada de esto ocurre en la *Défense de Saragosse* de Manuel Caballero Zamorategui.

Las líneas que se pretenden analizar son el producto de superponer varios planos difíciles de aislar y estudiar por sí solos. En consecuencia el resultado final arroja muchas incertidumbres y pocos datos sólidos que permitan identificar y referenciar cada circunstancia.

En primer lugar la escritura –en castellano– de Manuel Caballero, cotejada con diversos escritos de su puño y letra, resulta siempre enrevesada, farragosa y complicada de entender. En ocasiones su escritura llega a ser tan indescifrable como su propia personalidad, con multitud de aristas enfrentadas que impiden la síntesis del mensaje que se pretende transmitir. En el caso del texto sobre los asedios que sufrió Zaragoza el problema se agrava por la urgencia y el apresuramiento que destilan las líneas del documento. Parece como si la entrega rápida del opúsculo fuera una cuestión de vida o muerte. Y realmente debía ser así puesto que la condición de prisionero de guerra de Caballero había finalizado poco después de la segunda entronización de Luis XVIII y el ingeniero se encontraba en una situación de urgencia vital real. Quizás dicha urgencia se traslada a la escritura que nunca refleja, ni de lejos, la estremecedora y heroica historia que se trata de describir.

Nos hemos referido a la escritura en castellano de Caballero porque debemos suponer que el texto fue redactado en el idioma materno del autor, puesto que de otra manera el papel de Angliviél de La Beaumelle sería meramente figurativo y nada indica tal circunstancia. Debemos seguir suponiendo que, aunque su nivel de expresión oral del idioma francés fuera excelente¹²⁶, no se atrevió a redactar el texto en francés para no comprometer la calidad del propio texto. Pero, y aquí volvemos a la idea inicial enunciada, la propia escritura en castellano adolece de falta de claridad y orden. En definitiva podemos imaginar perfectamente que el texto que se entrega a Angliviél para la correspondiente traducción resulta espeso.

¹²⁶ No se debe olvidar, como se ha repetido y se seguirá repitiendo a lo largo del presente texto, que los ingenieros españoles estudiaban prácticamente en francés porque los contenidos de las asignaturas que estudiaban eran prácticamente calcados a los impartidos en las escuelas francesas. De ahí que deba razonarse que el dominio del francés de estos profesionales era muy importante. Además Caballero llevaba viviendo en Francia desde abril de 1809.

A partir de este punto comienza el siguiente plano merecedor de análisis: la traducción. Desconocemos el papel que Angliviél asume en el proceso de producción del texto final. Es decir, ignoramos si desempeña un rol de mero traductor en el que no intenta añadir ni completar sino exclusivamente trasladar a la lengua franca las ideas de Caballero; o sí, por el contrario, asume la misión de incorporar matices a la descripción desarrollada por el autor. El único dato disponible sobre esta cuestión es la redacción del prólogo del libro. Angliviél introduce el tema desarrollado con poca alegría, dando la impresión de que el encargo supone para él la misma urgencia que supone para Caballero. Evidentemente las razones serán diferentes pero el resultado muestra que el prólogo y el relato del ingeniero español son muy parejos en cuanto a su calidad expresiva.

Al hilo de lo comentado puede resultar plausible pensar que el manuscrito que entrega Caballero a Angliviél ya está redactado en francés, lógicamente en el francés de Caballero; y que lo único que hace el traductor es revisarlo, hacerlo comprensible y refinarlo. Tal circunstancia podría explicar la pesadez del conjunto y abundaría, de nuevo, en la línea de la rapidez y urgencia que rezuman las líneas escritas.

Debemos tener en cuenta que el dominio del español por parte de Angliviél era sin duda más sólido que el nivel de francés de Caballero. Recordemos que Angliviél había traducido obras de Moratín, hecho que demuestra fehacientemente la capacidad del ingeniero francés para desempeñarse en la lengua ibérica.

En resumen, independientemente de las causas y de las explicaciones que podamos suponer al respecto, el texto no resulta ágil ni fluido, ni llega a transmitir al lector una mínima fracción de la carga emocional descrita. Ni siquiera puede ser catalogado como un libro técnico o dirigido a especialistas de la ingeniería o la poliorcética puesto que no desarrolla ninguna de las posibilidades que emanan de la simple descripción de los hechos acaecidos.

El texto aquí revisado no se ha traducido simplemente sino que se ha tratado de ordenar y organizar sin alterar el presumible sentido con el que fue pensado. Y utilizamos la palabra presumible porque la superposición de los cuatro planos comentados: Caballero/autor, manuscrito/castellano, traducción/francés y Angliviél/traductor, impiden tener la plena seguridad de haber captado dicho sentido. Hemos asumido ese riesgo y hemos tratado de pensar como el peculiar ingeniero que fue Caballero durante toda su vida.

El texto finalmente editado supone, en definitiva, el intento de dotar de cierta lógica a la totalidad del documento francés de Caballero y Angliviél sin desvirtuar en ningún momento el contenido del mismo.

3.2. MATERIALES Y MÉTODO

La edición del texto de Caballero comenzó por la traducción del texto. Se recurrió a dos personas muy cercanas al autor, Francisco Sanz Alfaro y Carlos Delgado Roy, con grandes conocimientos ingenieriles puesto que desde el primer momento se pensó que esta circunstancia iba a resultar determinante. Cada uno de los traductores trabajó de forma independiente y remitió la traducción para ser revisada por el editor, que en este caso es el autor del presente texto. El editor por su parte, antes de acometer la revisión de las traducciones, estudió todos los textos originales de Caballero hallados básicamente en el Archivo General del Ministerio de Fomento, concretamente en su expediente como miembro del Cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Suelen ser textos de carácter administrativo pero la extensión de algunos, sumado al detallismo del lenguaje de la época, permiten inferir ciertos rasgos inherentes al escritor.

Pertrechado con el conocimiento de la peculiar personalidad de Caballero y de las dos traducciones independientes realizadas, la edición consistió en la reescritura en español del texto original a partir de dichos dos documentos y la inestimable ayuda de varios libros. Entre ellos cabe destacar fundamentalmente cuatro:

- El Diccionario Militar español-francés del conde Moretti publicado en 1828
- Landeyra y Galiay
- Agustín Alcayde
- Gómez de Arteche

El diccionario de Moretti resultó fundamental puesto que de manera muy gráfica describe todas y cada una de las palabras técnicas, que no son pocas, incluidas en el texto y que nunca pueden ser correctamente traducidas si no se domina la jerga especializada correspondiente.

Los otros tres textos se utilizaron como bibliografía de apoyo para contrastar la adecuación de los párrafos traducidos. Se debe tener en cuenta que en la redacción de estos tres libros se manejó el texto de la *Défense* como fuente documental básica por lo que, en ocasiones, se permitieron el lujo de transcribir literalmente diferentes párrafos traducidos del original.

Dicho esto merece la pena comentar que, independientemente de contar con la referida bibliografía de apoyo, nunca se ha pretendido modificar en ningún momento el relato de los hechos realizado por Caballero. La *Défense* tiene por sí misma el valor suficiente como para no merecer ser alterada por detalles que ya han sido matizados abundantemente en textos posteriores.

3.3. LICENCIAS DE EDICIÓN

A continuación pasamos a señalar y enumerar las licencias lingüísticas de todo tipo asumidas en la presente reedición del texto.

■ Puntuación:

El uso indiscriminado de los signos de puntuación complicaba sobremanera la lectura ágil del texto. Siendo un escrito breve se convertía en tremendamente farragoso por el exceso de puntuación mal ubicada. El texto estaba trufado de posiciones aparentemente incorrectas. Por ejemplo:

- Punto y seguido o punto y coma en lugar de punto y aparte. El significado mantenido por un conjunto de oraciones separadas por puntos y comas y/o puntos y seguidos se concluye, en ocasiones, con un punto y seguido o con un punto y coma. Se ha decidido proceder a separar las diferentes ideas en párrafos independientes mediante la disposición de los signos de puntuación correspondientes.
- Punto y aparte en lugar de punto y seguido o punto y coma. Es el caso contrario que el descrito en el punto anterior.
- Puntos y comas en lugar de conjunciones. Se describe una situación y el punto y coma parece que separa dos circunstancias que están unidas y relacionadas, ya sea con sentido copulativo o adversativo.
- Se disponen excesivos signos de puntuación en razonamientos de ideas coordinadas por enumeración o yuxtaposición. En algunas de estas enumeraciones se ha sustituido el simple inicio de algún componente mediante gerundios, de tal manera que la coordinación de la idea sea más continua.

■ Concordancia de tiempos verbales:

No existe una estructuración clara de tiempos verbales. Se emplean generalmente los pretéritos, en cualquiera de sus formas, aunque en ciertas ocasiones párrafos enteros se escriben en presente. No parece que exista correlación ninguna entre la intención del autor y el uso verbal por lo que debe asumirse que simplemente es una anomalía que, sin alterar el significado de lo que se pretende describir, confunde al lector. En todo caso el tiempo presente se ha dejado exclusivamente para pasajes descriptivos previos a las vicisitudes de los Sitios, por ejemplo en la descripción geográfica de Zaragoza en el inicio del Primer Sitio.

■ Orden de párrafos:

Varios párrafos se han reubicado con la intención de introducir cierto orden en algunos pasajes del texto atendiendo a la elección de los tiempos verbales y de las ideas transmitidas. Por ejemplo, y nuevamente, en la explicación de las murallas existentes en plena descripción geográfica y de los habitantes de Zaragoza.

■ Inclusión de conjunciones, adjetivos y adverbios:

Sin intención de desvirtuar el significado transmitido se han añadido términos que intentan simplificar la lectura concretando de forma más precisa el mensaje.

■ Ortografía:

Todos los rangos militares, de acuerdo a las recomendaciones actuales de la Real Academia Española, se escriben con letra minúscula inicial.

■ Ortografía de nombres y apellidos:

- El apellido del autor es utilizado indistintamente como *Caballero* o *Cavallero* durante toda su vida. De hecho casi es más habitual la letra *lv* que la *bl* en sus textos manuscritos. En cualquier caso, dada la etimología del apellido y la habitual alusión en los textos históricos españoles al personaje con el apellido *Caballero*, se ha preferido este último.
- El apellido del creador del Cuerpo de Ingenieros españoles, *Verbon*, se ha cambiado por el correcto *Verboom*. Igualmente se ha cambiado su nacionalidad, erróneamente transcrita como *francesa* por *flamenca*. Debería ser lógico pensar que Caballero fuera perfectamente conocedor tanto del apellido como de la nacionalidad del fundador del cuerpo, pero con Caballero la mera conjetura ya resulta arriesgada.
- Cuando se refiere a la Academia de Alcalá de Henares se ha cambiado *escuela* por *Academia*, que ha sido siempre la forma habitual de referirse a ella en España.
- El nombre de la *école polytechnique* no se ha traducido al español puesto que es seguro que Caballero se refiere específicamente al centro parisino y no a una escuela politécnica genérica.
- Se modifica el nombre de *la Huerba*, como era comúnmente denominado en aquel entonces, por la expresión actual de río *Huerva*.

- Se ha utilizado la mayúscula para referirse al *Arrabal*, entendido como el barrio existente en la margen izquierda del Ebro desarrollado precisamente como arrabal de la ciudad. Dado que el significado literal de la palabra derivó en la denominación exacta del barrio hasta la actualidad se ha preferido utilizar la letra inicial mayúscula.
- El título nobiliario del barón de *Varsage* ha sido modificado por el más habitual *Warsage*.
- El apellido *Beillan* ha sido modificado por el correcto *Veyán*.
- Los apellidos *Marco Delpon* se han modificado por los correctos *Marcó del Pont*.
- El apellido *Villalva* se ha modificado por el correcto *Villava*.
- *Lefebvre* o *Lefevre* por el más habitual en la literatura francesa *Lefebvre-Desnouettes*.
- El nombre y apellido *M. Simonet* por los correctos *Marcos Simonó*.
- El apellido del edecán de Palafox *Casseillas* por el correcto *Casellas*.
- Calle *Otela* por *Olleta*, tal y como sigue existiendo en la actualidad.

■ Fechas:

- La Ordenanza del Real Cuerpo de Ingenieros del reino de España se publicó en 1803 y no en 1801.

4.

DÉFENSE DE SARAGOSSE

4.1. PREÁMBULO

A continuación se recoge la traducción editada del texto *Défense de Saragosse* de Manuel Caballero Zamorategui.

Se mantiene la estructura del libro original de acuerdo a los siguientes capítulos:

- Portada
- Nota del traductor original, es decir de Angliviel de la Beaumelle
- Prólogo, escrito por el mismo Caballero
- Descripción del Primer Sitio de Zaragoza
- Descripción del Segundo Sitio de Zaragoza

Las notas al pie originales del texto, indicadas con números romanos, se han mantenido exactamente igual.

Se ha incluido un último apartado, Notas del editor por apartado, en el que se han añadido numerosas notas que explican diversas cuestiones relacionadas. Se pensó que añadir estas notas al pie podía penalizar la lectura del texto por lo que se ha preferido situarlas al final del texto.

4.2. TEXTO

D É F E N S E
D E
S A R A G O S S E

DEFENSA
DE
ZARAGOZA

D É F E N S E
DE
S A R A G O S S E,
OU
RELATION DES DEUX SIÈGES
SOUTENUS PAR CETTE VILLE EN 1808 ET 1809;

PAR DON MANUEL CABALLERO
Lieutenant-Colonel du génie, employé dans la Place.

Traduit par M. L. V. ANGLIVIEL DE LA BEAUMELLE
Chef de Bataillon du Génie

*Si fractus illabatur orbis
Impavidos ferient Ruinæ*

HORACIO

A PARIS,
Chez MAGIMEL, LIBRAIRE POUR L'ART MILITAIRE,
rue Dauphine, n° 9

1815

DEFENSA
DE
ZARAGOZA,

ó

DESCRIPCIÓN DE LOS DOS ASEDIOS
SOSTENIDOS POR ESTA VILLA EN 1808 Y 1809;

POR DON MANUEL CABALLERO¹
Teniente-Coronel de Ingenieros, destinado en la Ciudad.

Traducido por M. L. V. ANGLIVIEL DE LA BEAUMELLE²
Jefe de Batallón de Ingenieros

*Si el mundo se desploma en pedazos
Lo herirá impávido el derrumbe³*

HORACIO

EN PARÍS,
Chez MAGIMEL, LIBRAIRE POUR L'ART MILITAIRE,
rue Dauphine, n° 9

1815

A

M. LE BARON

R O G N I A T

LIEUTENANT-GENERAL DES ARMÉES DU ROI;

INSPECTEUR-GENERAL DES FORTIFICATIONS,

CHEVALIER DE L'ORDRE ROYAL ET MILITAIRE

DE SAINT-LOUIS,

L'UN DES COMMANDANS

DE LA LEGION D'HONNEUR

Son très-humble et très-obeissant serviteur,

CABALLERO

AL

BARÓN

R O G N I A T

TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS DEL REY;

INSPECTOR GENERAL DE FORTIFICACIONES,

CABALLERO DE LA ORDEN REAL Y MILITAR
DE SAN LUIS,

COMANDANTE
DE LA LEGIÓN DE HONOR

Su muy humilde y muy obediente servidor,

CABALLERO

NOTA DEL TRADUCTOR

Dado que los lazos de amistad que me unen al autor de estas memorias me impedían rechazar su proposición de traducirlas, me pareció útil colaborar en la publicación en francés de estos nuevos detalles sobre la defensa de un asedio que ha demostrado cuán equivocadas eran las opiniones generalizadas acerca de la resistencia de las ciudades sitiadas.

Hace años el caballero de Ville⁴ escribía que el gobernador de una fortaleza debía capitular únicamente por orden expresa del Señor al que pertenecía la plaza. Pasado un tiempo prudencial sí que se permitía la rendición pero solo en el caso de que se hubieran sostenido tres asaltos y siempre que al menos uno de ellos se hubiera producido en el interior de la fortaleza. De hecho si este último llegaba a producirse ya significaría una condición suficiente para poder rendirse. En resumen se establecía que debía alcanzarse un acuerdo entre los defensores y los atacantes siempre que la brecha en la fortaleza alcanzara la categoría de transitable. El mismo D'Arçon, en su obra *Conseil Privé*, señalaba las razones que apoyaban esta opinión que, posteriormente, modificó en sus *Considérations*⁵.

Del mismo modo resulta generalizada la opinión actual de considerar que el arte del ataque se ha perfeccionado notablemente en los últimos tiempos. Así también lo creo yo. Y en consecuencia parece razonable institucionalizar la idea de, con el fin de preservar las defensas que igualmente son propiedad del soberano, capitular tan pronto como las baterías sean capaces de abrir brecha. Precisamente esta idea no escrita todavía es la que debieron mentar los comandantes de las plazas de Magdeburgo, Custrin y Hameln⁶, que se rindieron incluso antes de la llegada de las tropas atacantes.

De hecho si esta doctrina se hubiera extendido completamente por toda Europa, podríamos enunciar que *el siglo XIX habría supuesto un paso de gigante en el arte de tomar las plazas, del cual Vauban no habría hecho más que definir los elementos constituyentes*.

Afortunadamente para el honor de la Europa cristiana el progreso del raciocinio humano se ha ralentizado ligeramente en este aspecto. En la Guerra de España⁷ los asedios sostenidos por los españoles en Zaragoza, Gerona, Tarragona y Ciudad Rodrigo, y por los franceses en Badajoz, Burgos y San Sebastián, mostraron bellos ejemplos de defensa. El general Carnot⁸ demostró la vacuidad de todas las teorías que los diferentes autores habían tenido la modestia de asignar a Vauban⁹ y Cormontaigne¹⁰, aunque ninguno de ellos, ni el gran hombre ni el ilustre ingeniero, tuviera el espíritu necesario para adivinar, y mucho menos demostrar, que *el valor de una plaza fuera igual a la suma de sus daños dividido por el número de días de la defensa*¹.

¹ Independientemente de otras causas que motivan que todas estas afirmaciones carezcan de lógica clara y correcta, los propios principios de sus autores son erróneos. En primer lugar porque el fallo debido a este tipo de error recibe el nombre de *enumeración incompleta*. El valor de una plaza o, usando el lenguaje de la mecánica –que no es más que una jerga específica–, el momento de una plaza es, del lado de los sitiados, no solamente el gasto de mantenimiento de los propios muros sino igualmente el valor del armamento y el aprovisionamiento necesario, especialmente el referido al consumo de la población. Y por el lado de los sitiadores no solo debe contar la duración del asedio sino la cantidad de artillería (balas, etc.) que se debe consumir. Dicho esto, aunque Coëhorn planteaba un frente de ciento dos piezas para poder atacar, Bousmard no fue capaz de

Entre los numerosos sitios que cita en su excelente obra el señor Carnot, el de Zaragoza merece sin duda un lugar destacado puesto que representa el máximo exponente en favor de su teoría o más bien en favor de sus máximas que, al fin y al cabo, son las correspondientes a cualquier hombre de honor.

Se verá, por el ejemplo de las defensas de esta ciudad, que no solo el primero sino el segundo e incluso el décimo asalto puede y debe ser sostenido y que, incluso aunque se hubiera visto obligada a ceder las murallas, tampoco existiría todavía ninguna razón para rendirse. Se dice en todos los libros que solo se puede esperar el asalto desde un atrincheramiento detrás de la brecha, pero no se constata que este resguardo puede existir en cualquier parte, puesto que para descender del terraplén de las murallas de la ciudad se deben atravesar las calles y estas están bordeadas por casas y estas, a su vez, siempre se pueden bloquear las unas por travesaños o aspillera las otras, y detrás de estas calles y estas casas se encontrarán otras que podrán ser defendidas igualmente.

Ya se ha apuntado que los sitiados, habitualmente inferiores a los sitiadores en el instante de la aproximación, se encuentran más o menos en igualdad de fuerzas en el momento de cruzar el foso. Pero a partir de ese momento pasan a disfrutar de todas las ventajas de su posición en el momento del asalto. Añadiría más todavía, y es que después del asalto esta ventaja se incrementa cada día puesto que los defensores rodean a su vez al invasor, ya no temen a la artillería y en la relación de la mutua proximidad tienen todas las circunstancias a su favor. De hecho esta es precisamente la manera de reducir la efectividad de los ataques directos continuados, es decir los combates de cuerpo a cuerpo que *los sitiadores deben siempre evitar, y que los sitiados deben hacer inevitables*ⁱⁱ. Este predominio del defensor sobre el atacante no cesa hasta el momento en que el segundo se hace dueño de la parte más grande del espacio inicial que se pretendía defender pudiendo rodear, de esta manera, a los defensores. Este es, creo yo, el momento de aceptar una capitulación que será honorable con seguridad sean cuales sean las condiciones.

No es tan difícil conseguir de las tropas intervinientes la constancia necesaria para estas peleas. Lord Peterborough¹¹, que pasaba por ser el hombre más valiente de Europa, explicaba el miedo que sentía al contemplar un riesgo inmediato. El ilustre caballero inglés razonaba que el peligro resulta mucho más aterrador de lejos que de cerca, puesto que cuanto más nos aproximamos a él menos temible lo sentimos. Y sí, ciertamente, hay menos riesgo y más honor en defender un lugar que en batirse en duelo. En cualquier caso se encontrarán muchos hombres capaces tanto del primer esfuerzo como del segundo, siempre y cuando se les sepa controlar.

concluir que, de acuerdo a lo dicho anteriormente, esa plaza debería tener tres veces más valor que una que requiriera solo treinta y cuatro. Y en segundo lugar las cantidades consumidas y la duración del asedio no siguen exactamente las proporciones de los números que expresan. Desde el punto de vista financiero dos millones no son siempre el doble de uno, y en operaciones militares, seis meses y seis días no tienen que ser exactamente ciento ochenta y seis días.

ⁱⁱ Lazare Carnot, *De la défense des places fortes*.

Es importante advertir que no estamos luchando contra autómatas. En la guerra siempre es más importante atemorizar que hacer daño. De cada cien batallas existe una sola posibilidad de que dos regimientos, marchando uno frente a otro con la bayoneta calada, se encuentren lo suficientemente próximos para poder luchar cuerpo a cuerpo. Si, en ciertas ocasiones, los caballos mueren en la primera fila de un combate significa que, en gran medida, estos animales resultan mejores soldados que nosotros mismos. Para vencer tal circunstancia basta simplemente con ser el último en tener miedo y conseguir defender la posición con el menor número de riesgos reales. Consecuentemente parece evidente que quien ataca sentirá normalmente temor antes que el contrincante.

De todo lo comentado se desprenden varias consecuencias. En primer lugar que un asedio comienza verdaderamente en el momento en el que se alcanza el objetivo real, es decir justo en el instante del asalto al centro de la plaza. Y en segundo que la *guerra de casas*, que siempre que sea posible resulta necesario anticipar a partir de un buen asedio exterior, es la que ofrece mayor número de oportunidades favorables al gobernador de la plaza. El sitiador, hasta haber alcanzado las murallas, se habrá visto obligado a reforzar el frente persistentemente y concentrado en él todos sus esfuerzos y en consecuencia estará obligado a extender su longitud tan pronto como llegue al interior. De esta manera, a medida que avance el asedio, este se convertirá en más peligroso y arriesgado para sus tropas, paulatinamente más cansadas y debilitadas desde el comienzo de las operaciones.

En este libro se describe el coste que supuso el asedio de Zaragoza, que no hubiera caído tan pronto si no hubiera sido por la epidemia y por la enfermedad del general Palafox; o si los sitiados hubiesen disfrutado de los mismos medios que nosotros para hacer la guerra subterránea; o si las salidas al exterior hubieran sido más frecuentes y más hábilmente dirigidas; o si el contraataque sobre el convento de los trinitarios no hubiese sido abandonado. El resultado final, sin duda, no hubiera sido diferente pero las circunstancias no habrían sido exactamente las mismas.

Ya puedo escuchar a los oportunistas repitiendo lo que Napoleón dijo a los españoles: Que los habitantes pacíficos no deben tomar parte en la guerra, que no debemos agravar los males que acompañan a esta calamidad, que los soldados son los únicos que deben sufrir, etcétera, etcétera, etcétera. Como si los habitantes pacíficos no sufrieran siempre más que los militares; como si no tuviesen interés en las disputas de los estados; como si no tuvieran que compensar el inevitable riesgo de los saqueos, de las infinitas exacciones, de las requisas, de las contribuciones; y finalmente, como si resultara menos humillante, que cualquier mujer pueda ser seducida y deshonrada por un funcionario insolente o, simplemente, ser la víctima de la brutalidad de un soldado ebrio.

Podemos concluir todas estas reflexiones, aparentemente filantrópicas, con una idea que extraje de un informe del señor Forfait¹², entonces ingeniero-constructor y posteriormente ministro de Marina. Proponía la construcción de hornos en los buques de guerra de tal forma que se consiguiera poner las balas de cañón al rojo vivo. Se le objetó que el combate naval podría resultar bastante peligroso y podía llegar a ofender a la misma raza humana puesto que

aumentarían los riesgos de manera indiscriminada. Forfait replicó que estaba convencido de que si las tácticas navales alcanzaran tal punto de perfección, en el momento en el que dos buques se encontrasen al menos uno perecería con toda su tripulación y, justo entonces, la humanidad concluiría que no tendría sentido plantear nada más en este campo porque cualquier contienda naval se volvería imposible. De la misma forma digo que si cualquier guerra se hiciera de tal manera que el soberano que la declara, los ministros que la consienten, los ciudadanos que la pagan y todos los soldados que la sufren, comprometieran completamente sus fortunas y sus vidas en dicha contienda, el mundo gozaría de una paz perpetua.

Lleno de admiración por los defensores de Zaragoza no pretendo juzgar al general Palafox sobre las acusaciones vertidas en el ejercicio del poder real en Aragón.

*Non nostrum inter vos tantas componere lites*¹³.

Únicamente me fijo en la constancia y firmeza que demostró en su calidad de gobernador de la plaza, y lo elijo como modelo a seguir de todos aquellos que ocupan puestos similares. Quizás otros puedan ser capaces de desplegar más experiencia militar y mejor formación pero deberían tomar siempre por lema las palabras con las que concluyó la última junta a la que pudo asistir.

*Hasta la última tapia*ⁱⁱⁱ.

ⁱⁱⁱ *Jusques au dernier mur*, o quizás *jusques a la dernière cloison*. La palabra *tapia* significa un muro de *pisé*, e implica la idea de fragilidad y de inferioridad.

PRÓLOGO

Los Sitios de Zaragoza atrajeron sobre esta ciudad las miradas de toda Europa. No existía ningún otro ejemplo de otra resistencia tan obstinada salvo, quizás, la insurrección de El Cairo después de la batalla de Heliópolis¹⁴. Remontándonos al comienzo del pasado siglo, la defensa de Barcelona contra el mariscal Berwick quizás sea el hecho de armas que pueda compararse¹⁵, e igualmente son los españoles los que poseen esta gloria. Desde los tiempos antiguos con la resistencia de Numancia y Sagunto, y posteriormente en la Edad Media durante la guerra contra los moros, se ha demostrado que, aparte de existir numerosas plazas fortificadas, en nuestro carácter existen cualidades que nos convierten en particularmente aptos para este tipo de guerras. He creído que publicando los detalles de este acontecimiento podía contribuir al progreso del arte y servir a la gloria de mi país. Simplemente hemos tratado de poner en práctica, con más entusiasmo que éxito, las máximas que el general Carnot señaló en su libro sobre la defensa de las plazas y que, de algún modo, ya se hallaban en nuestros corazones. Toda Europa ha alabado nuestra entrega, compadecido nuestras desgracias y loado nuestro trabajo. Me atrevo a esperar que mediante el conocimiento de todas las circunstancias acaecidas, no hará sino aumentar la buena opinión que ya tienen de nosotros.

El general Rogniat ya ha publicado la descripción del ataque a la plaza durante el Segundo Sitio¹⁶. Su trabajo es el que corresponde, tal y como podíamos esperar, a uno de los jefes más destacados del ilustre Cuerpo de Ingenieros francés de acuerdo a los conocimientos y el valor de los oficiales que lo componen. Sin embargo resultaba imposible que pudiera mostrar lo que sucedía realmente en la ciudad que asediaban. Me tomo la libertad no de corregir su trabajo sino más bien de complementarlo tomando para mí, ya que he compartido las desgracias de los sitiados, la primera parte de su epígrafe: *Quæque ipse misserrima vidi*. Le dejo la segunda: *Et quorum pars magna fui*¹⁷, con toda la razón debido a su rango pero, por encima de todo, a su talento.

Ruego que se me permita iniciar mi relato comentando algunas de las afirmaciones del general, aspecto delicado puesto que la innegable autoridad que las ha enunciado me merece el mayor respeto. Rogniat señala en la página 7 que *los franceses han tomado Zaragoza gracias al dominio de un arte ignorado por sus adversarios*. Y en la página 4 ya había mencionado que *las obras de defensa estaban ejecutadas con más trabajo que arte*. Estas frases atacan frontalmente al Cuerpo de Ingenieros españoles que, sin embargo, contribuyó a inmortalizar el nombre de Aragón. Estimo que debo poner en conocimiento cuál era exactamente la instrucción y explicar las razones concretas que nos obligaron a hacer obras que tal vez no fueron las óptimas pero que, sin duda, eran las mejores que se podían ejecutar en una situación semejante.

El Cuerpo de Ingenieros había sido formado en España por el señor de Verboom¹⁸, oficial-general flamenco, después de la ascensión de la casa de Borbón al trono de Carlos II. Conservaba la misma forma que el cuerpo que el mariscal Vauban había creado en Francia a finales del siglo XVII, hasta que en 1801 el príncipe de la Paz¹⁹ le confirió una organización muy similar a la que los franceses habían adoptado cuarenta años antes. Durante el siglo XVIII los trabajos

ejecutados por los ingenieros españoles en San Fernando de Figueras, La Concepción, Cádiz y otras plazas habían demostrado tanto la capacidad de sus oficiales como la grandeza de su mando. Es a ellos a quienes se les debían tanto los proyectos de los canales de Castilla, Madrid y Andalucía, como de las magníficas rutas que cruzaban el territorio de la península en todas direcciones. Y todas esas obras eran consecuencia directa de las enseñanzas impartidas en las escuelas militares.

En 1802, año del establecimiento de la Academia de Ingenieros de Alcalá²⁰, se prestaba especial importancia a esta rama del Ejército. El primer ministro, que también era generalísimo, quiso desempeñar él mismo el puesto de jefe del cuerpo. La ordenanza fue redactada por D. Vicente Ferraz²¹ y estaba diseñada de acuerdo a unas directrices de obligado cumplimiento en esta disciplina del arte militar.

Diversos exámenes sobre aritmética, álgebra, geometría y trigonometría precedían a la admisión de alumnos en las academias preparatorias de Zamora, Cádiz y Barcelona, para posteriormente solicitar entrar en la Academia de Alcalá. El curso comprendía todos los sistemas de fortificación de acuerdo a los tratados de De Ville, Coëhorn, Montalembert y, sobre todo, de Vauban en el que aplicaba sus principios a las diferentes plazas que había fortificado previamente. También se ocupaba de las fortificaciones en campaña y del ataque y la defensa de las plazas. En este curso de instrucción teórica las actividades relacionadas con el diseño eran utilizadas constantemente y se concluía con el estudio de la mecánica, la artillería y la arquitectura civil. Los alumnos estaban continuamente ocupados en la realización y desarrollo de trabajos gráficos y sus correspondientes memorias explicativas.

Un regimiento, formado por ocho compañías de zapadores y dos de minadores, estaba directamente vinculado a la Academia. Los ingenieros eran precisamente los oficiales del regimiento y el trabajo práctico sobre el terreno, donde estaban empleados, representaba la tarea principal del curso que duraba ocho meses. Una abundante colección de modelos y una amplia biblioteca nos proporcionaban gran ayuda.

Dos años no eran suficientes para asimilar las enseñanzas, sobre todo porque las escuelas militares españolas no habían desarrollado un sistema educativo tan depurado como el de la *École Polytechnique*²², pero la manía de imitar a Francia en todo, esta pasión que todos los españoles sentían, fundamentalmente los jóvenes y sobre todo los militares –ellos más que nadie–, apreciando especialmente lo que venía del otro lado de los Pirineos, ayudó a difundir buenas prácticas entre nosotros. Es conocido que nuestros fabricantes se vieron obligados a vender sus tejidos sustituyendo el nombre de Guadalajara por el de Sedán, que nuestras mujeres se empeñaban en llevar vestidos de París, que nuestros tambores sustituían nuestras marchas por las francesas, e incluso las obras de Cormontaigne, St. Paul, Gay-Vernon o Bousmard eran más estudiadas aquí que en Francia. Estos textos no se traducían porque todas las personas mínimamente instruidas leían en francés; de hecho este estudio era el primero y más universal, y no había un solo barbero gascón que no hiciera una pequeña fortuna fundando una escuela donde enseñaba, en veinte lecciones, su lengua materna al que no sabía²³.

Es evidente que después de todo lo dicho resulta injusto decir que el arte militar era desconocido por los oficiales de ingenieros de Zaragoza, entre los cuales había cuatro profesores de la Academia de Alcalá. Quizás no tenían la práctica que proporciona una guerra de veinte años pero sin duda dominaban toda la instrucción que habían estudiado y a la que habían consagrado todo su tiempo gracias a una paz duradera.

En cuanto a la opinión relativa a las obras *ejecutadas con más trabajo que arte*, me remito al comienzo de mi relato del Segundo Sitio en el que describo todo lo que fue ejecutado, explicando los motivos de la construcción de cada obra. Simplemente me limitaré a subrayar que no teníamos a nuestra disposición absolutamente nada que permitiera fortificar una ciudad de cincuenta mil almas cuyo perímetro ascendía a dos mil setecientos setenta metros. Nos vimos obligados, en definitiva, a ejecutar alrededor de tres mil metros de parapetos en el exterior del recinto que, dado el escaso tiempo del que disponíamos y viendo la poca consistencia y sequedad de la tierra, incluso tuvimos que revestir por ambas caras. Nunca dispusimos de más de dos mil trabajadores que, aunque eran ciertamente robustos y plenos de celo y entusiasmo, estaban poco acostumbrados a este tipo de trabajo. En definitiva asumimos las restricciones existentes a la hora de priorizar los proyectos y obras y finalmente se ejecutaron aquellas que ofrecían el resultado más rápido y efectivo.

Se comenzó a trabajar en el mes de septiembre y el veinte de diciembre la plaza fue atacada. Durante estos tres meses la recogida de las cosechas motivó la disminución del número de trabajadores. Que el convento de Jesús no fuera demolido y que el Monte Torrero no se convirtiera en una fortaleza de mayor consideración se debió simplemente a que nos faltó tiempo. Si nuestros reductos y nuestras cabezas de puente no estaban perfectamente contruidos, al menos sí que debieron ser bastante fuertes por haber logrado que un enemigo, tan audaz como hábil, no se apoderara de ellos por la fuerza y fuera obligado a asediarlos en toda regla, cuando apenas tenían más sustancia que simple obras de campo. Me da la impresión que el hecho de haber obligado a las tropas que posteriormente tomaron Tarragona y Tortosa, a planear con tanta circunspección el ataque de nuestras defensas, describe con justicia que efectivamente aplicamos en el trazado y en la disposición de las mismas *tanto arte como trabajo*²⁴.

Hay todavía una consideración adicional que debo subrayar. Me refiero a la diferente posición en la que nosotros nos encontrábamos respecto a la que gozan los oficiales ingenieros encargados de construir una plaza completamente nueva para su gobernador correspondiente. En este último caso ellos son los maestros de todo, tanto del conjunto como de los detalles. Los ingenieros de Zaragoza, al contrario, éramos frecuentemente obligados a ceder a la opinión de unos mandos que, con todo el valor necesario para defender una posición, no poseían los conocimientos adecuados para poder valorar convenientemente nuestro trabajo²⁵.

Como sucede a menudo se tiende a estimar más hábil al artillero que lanza el mayor número de disparos por minuto independientemente de la precisión de los mismos. De la misma forma en las fortificaciones se aprecia más un foso profundo, un parapeto elevado o empalizadas bien puntiagudas que una desenfilada²⁶ o un flanqueo²⁷ infinitamente más esenciales. De hecho

aquellos que nos daban sus opiniones, a veces de forma tan vehemente que no resultaban simplemente opiniones sino órdenes, eran los mismos que debían vigilar la bondad de los trabajos a ejecutar.

Un aspecto esencial de toda contienda, y sobre todo en esta que nos ocupa, debería consistir en aumentar la confianza del soldado y de sus mandos, y una buena manera de conseguirlo es construir las obras a su gusto. En cualquier caso, e independientemente de todo lo dicho, no surgió en ninguno de los dos asedios el más mínimo signo de sospecha o descontento hacia el Cuerpo de Ingenieros, manteniéndose hasta el final la necesaria confianza para poder desarrollar sus trabajos.

El propio general Rogniat señalaba que *los habitantes, entusiasmados por el resultado del primer sitio, mantenían su confianza en la guerra de casas*. Esta idea, absolutamente cierta, nos obligaba a contener y moderar el ánimo de la ciudad. De hecho nos vimos obligados a concentrar las defensas de manera impidiendo que se le diera más importancia que la pretendida por el pueblo puesto que, al igual que el bravo Chamilly²⁸, los zaragozanos siempre consideraron que los enemigos estaban demasiado lejos y esperaban impacientemente que entrasen en la ciudad para que estuviesen al alcance de sus balas.

La mera autoridad, en definitiva, no basta para conducir a los hombres, resulta preciso consultar sus opiniones y a menudo sus preocupaciones. En España, como también he oído que sucede en muchos otros países, hay aficionados a la artillería que disparan cañones de veinticuatro sobre un hombre solo a cualquier distancia, aunque la gente experimentada les recuerde que simplemente son balas y pólvora desperdiciadas. De igual manera también existen aficionados a las fortificaciones –curiosamente si alguien les propusiera fabricar una mesa responderían que no son carpinteros– que disfrutan dirigiendo la ejecución de reductos²⁹, aunque sea una actividad mucho más difícil y, además, sin ser ingenieros. Yo creo que en estas circunstancias resulta indicado compadecer a los que tienen que obedecer en lugar de reprobarlos o culparlos; y me jacto de que el general Rogniat tendrá, con seguridad, la misma opinión.

DESCRIPCIÓN DEL PRIMER SITIO DE ZARAGOZA

Del 15 de junio al 14 de agosto de 1808

La ciudad de Zaragoza, capital del reino de Aragón, está situada en la ribera derecha del río Ebro, en una llanura que produce en abundancia todo lo que es necesario para vivir. Su fertilidad ha sido incluso aumentada por el riego que presta el Canal Imperial, obra que debe inmortalizar a su principal autor, D. Ramón Pignatelli. Los alrededores están cubiertos de bosques, viñas, olivos, huertos y jardines que rodean las casas de campo, conventos y otras construcciones rústicas. El valle es llano hasta unas cuatrocientas toesas³⁰ de la ciudad, a partir de ahí comienza una colina que la domina a una distancia de ochocientos toesas y después se forma, hasta mil ochocientos toesas de distancia, una meseta llamada Monte Torrero. En esta altura existían almacenes y talleres para el servicio del canal, el cual era conducido desde Tudela sin esclusas a lo largo de una distancia de dieciocho leguas aguas abajo.

También pasa por Zaragoza un pequeño río llamado Huerva que discurre profundamente encajonado. Este barranco no tiene apenas agua excepto la que fluye en tiempos de tormenta o la que le proporcionan las tierras colindantes cuando están regadas por el canal. Es cruzado por dos puentes a la salida de la ciudad.

Sobre la margen izquierda del Ebro existe un arrabal habitado por mil quinientas o dos mil personas. El terreno está más bajo que el resto de la ciudad y es ligeramente pantanoso. Las casas son pobres y bajas. Un bello puente de piedra comunica este barrio con la ciudad.

Un tercer río, el Gállego, vierte sus aguas al Ebro prácticamente frente a la desembocadura del Huerva.

Zaragoza, antigua colonia romana, llegó a convertirse en capital de uno de los numerosos reinos musulmanes y fue consecuentemente fortificada. Su antigua muralla era mucho más pequeña que la actual y, al igual que sucede en París, su antiguo perímetro terminó transformándose en la calle más bulliciosa^{iv} de la ciudad. De las antiguas construcciones no quedan más que algunos restos en las calles cercanas al Coso y el castillo de la Aljafería, que solo conserva del tiempo de los moros su nombre y emplazamiento, puesto que fue reconstruido por los reyes cristianos de Aragón. Sirvió de depósito de artillería, de prisión militar y, en alguna ocasión, de prisión estatal.

^{iv} *El Coso*, que probablemente significa *le Cours*.

Las casas de la ciudad están construidas generalmente en ladrillo, aunque algunas iglesias y un pequeño número de edificios particulares son de piedra labrada. La altura de las viviendas es generalmente de dos pisos. Dichos pisos están contruidos con viguetas cuyos huecos, a su vez, están cubiertos con arcos de yeso. Los pozos, cuya agua resulta particularmente buena, alcanzan una profundidad de treinta a treinta y cinco pies³¹.

Existe un gran número de conventos, tanto dentro de los muros que rodean la ciudad como en el Arrabal³². Estos edificios están contruidos de manera muy correcta.

La población total asciende a cincuenta mil habitantes aproximadamente que son, en su mayoría, agricultores, comerciantes y artesanos.

La ciudad es muy comercial y buena parte de la alta nobleza aragonesa sigue conservando su residencia en ella.

Los aragoneses son robustos y fuertes, de hecho aquellos que trabajan en el campo están acostumbrados a las inclemencias del tiempo. Los numerosos agricultores y criados no suelen dormir en cama hasta que se casan, están sobrios siempre que resulta necesario y soportan fácilmente los excesos de bebida y comida. En cuanto a su carácter, su firmeza, o mejor dicho su obstinada terquedad, ha sido objeto de numerosos dichos^v.

Desde el punto de vista defensivo la ciudad estaba rodeada de una muralla de diez a doce pies de altura con un espesor de tres pies y estaba contruida con ladrillo y escombros. La norma para trazar esta muralla se ajustó a la posición de las casas existentes, es decir algunas se rodeaban expresamente mientras que los muros de otras servían directamente de cierre. El río estaba flanqueado por muelles aguas arriba y aguas abajo del puente. Por su parte el Arrabal no disponía de protección alguna.

Así como el pueblo manifestó toda su energía para repeler a los Borbones cuando se establecieron en el trono de España³³, igualmente se mostró casi cien años después para defenderles. Tan pronto como se tuvo conocimiento de los acontecimientos de Bayona, del levantamiento de Madrid del 2 de mayo y de la matanza que siguió a continuación^{vi}, todo el pueblo se puso en movimiento. Los grupos se reunían en las plazas públicas, se gozaba de una libertad desconocida³⁴ hasta entonces, carteles sediciosos amenazaban a las autoridades... En definitiva era cuestión de tiempo que el levantamiento estallaré en cualquier momento.

^v Para dar una idea de la testadurez de los vizcaínos, los caricaturistas españoles les representan clavando un clavo en la pared a cabezazos. Para representar a un aragonés se le pinta en la misma actitud, pero con el clavo vuelto hacia la frente.

^{vi} Por muy grande que fuera la sorda efervescencia que agitaba Madrid, es improbable que la sublevación del 2 de mayo hubiera tenido lugar si no se hubiera producido algún suceso que sirviera como pretexto. La falta de pericia de las personas que rodeaban al gran duque de Berg, causaron en gran parte los males de España, además de precipitar la posibilidad de mostrar toda su energía.

El gobierno político y militar del reino de Aragón estaba confiado al capitán general D. Jorge Juan Guillermi, teniente general del Ejército^{vii}, anciano militar³⁵ respetado por sus servicios y por sus conocimientos en artillería pero carente de la firmeza necesaria en circunstancias tan delicadas. La junta, que el gobernador debía consultar obligatoriamente en todas las ocasiones importantes, estaba compuesta de viejos magistrados acostumbrados a seguir escrupulosamente las formas y la letra de la ley. De tal manera que percibieron sin excesivos problemas un gobierno central en Madrid que les transmitía las órdenes por los canales acostumbrados, sin albergar ninguna duda sobre si lo que se ordenaba en la capital resultaba específicamente adecuado en Aragón³⁶. Es decir, se entendía que se había producido una transmisión ininterrumpida de poder y tal circunstancia era suficiente para considerar al nuevo gobierno perfectamente legítimo^{viii}.

La guerra contra Inglaterra y Portugal y el envío del cuerpo auxiliar a Francia, había obligado a retirar las tropas del interior y Zaragoza, donde habitualmente residían dos regimientos de guarnición, no tenía más soldados que veinte artilleros y una cuarentena de *mignons* o *migueletes*^{ix}.

D. José Palafox, oficial de la Guardia de Corps con el grado de brigadier, hombre joven de veintiocho años y miembro de una de las familias más antiguas y distinguidas de Aragón, había acompañado a Bayona al rey Fernando del que era particularmente devoto. Había partido de esta ciudad después de que el reciente monarca restituyera la corona a su padre. Fernando pretendía que Palafox se encargara de transmitir la orden de declarar la guerra a Francia pero recibió una contraorden justo inmediatamente después de su partida^x. Posteriormente pasó a establecerse en La Alfranca, una casa de campo a media legua de Zaragoza. Allí vivía completamente aislado junto con su hermano el marqués de Lazán y el coronel Butron, uno de sus mejores amigos.

Se propagó el rumor en la ciudad de que el mismísimo rey Fernando VII, milagrosamente escapado de Napoleón, se encontraba oculto en la Aljafería. Estos chascarrillos, aunque completamente infundados, añadidos al favor real del que gozaba Palafox, su popularidad, su estirpe aragonesa y los sentimientos que había manifestado durante el viaje a Bayona comprometiendo su propia seguridad personal, motivaron la inquietud del capitán general. De tal manera que este le envió la orden de que abandonara el reino de Aragón. Esta exigencia, que en cualquier otra circunstancia hubiera sido muy inconveniente de desobedecer a causa del rango y grado de Guillermi, resultaba infundada y además el general carecía de la autoridad suficiente para hacerla cumplir.

^{vii} Capitán general de una provincia es un empleo; capitán general del Ejército es un rango semejante al de mariscal de Francia. El general Palafox no era más que brigadier cuando fue nombrado capitán general. Posteriormente, en virtud de su puesto, tuvo a su mando a oficiales con grados superiores al suyo.

^{viii} Esta era la opinión de casi toda Europa.

^{ix} Especie de gendarmería de a pie en las provincias de la Corona de Aragón.

^x De don Evaristo Pérez de Castro.

En cualquier rincón de España los primeros sucesos de la revolución consistían en la muerte o el arresto de los principales representantes del gobierno, a modo de represalia directa que el pueblo se tomaba por su manifiesta desobediencia. En Cádiz, el 29 de mayo, el general Solano³⁷, marqués del Socorro, amigo, compañero de armas y alumno del general Moreau, fue asesinado. En Valladolid, casi al mismo tiempo, una horca fue erigida enfrente de la puerta del general Cuesta³⁸, que después ha servido a la causa de la independencia con notable fidelidad y bravura. Excesos análogos sucedieron en Valencia, etc. En ningún sitio las personas bien nacidas participaban en la insurrección, al menos ostensiblemente³⁹.

En Zaragoza los artesanos y los curas resultaban los jefes más recomendables. El tío Jorge y el tío Marín^{xi}, que eran las personas con mayor autoridad entre la clase vulgar, creían que había llegado el momento de hacer uso de su poder. El 24 de mayo, a las ocho de la mañana, un gran número de campesinos de las parroquias de la Magdalena y San Pablo, bajo las órdenes de estos dos hombres, se reunieron con gran tumulto frente a la residencia del capitán general y penetraron hasta su despacho, no sin antes haber desarmado a su guardia. Su grito era: ¡Muerte a Murat! ¡Viva Fernando VII! ¡A las armas! ¡A los fusiles! Los amigos del general se esforzaron en vano en detenerles, pero los campesinos persistían en requerir al capitán general para que saliera y distribuyera las armas del arsenal, puesto que creían saber que se habían vendido muchas a los franceses. Guillermi intentó en vano que se calmaran, aludiendo a la antigüedad de sus servicios y las heridas que había recibido combatiendo por el rey, que eran la muestra evidente de la garantía de su fidelidad. Nada de eso sirvió y fue conducido prisionero a la Aljafería. El teniente general Mori, segundo comandante, recibió el mando o, mejor dicho, se convirtió en el primer esclavo del populacho amotinado que seguidamente se apoderó del arsenal, distribuyó fusiles y ubicó a la compañía de artilleros en el castillo. El general Mori, italiano de origen, no inspiraba demasiada confianza al pueblo aragonés. Ellos gritaban: ¡Muerte a Guillermi! ¡Viva Mori! Pero añadían: *Si vos no os conducís bien, gritaremos ¡Muerte a Mori!*

El gobierno provisional dejado en Madrid por Fernando había reconocido al duque de Berg como teniente general del reino de España después del nombramiento de Carlos IV y de Napoleón. Mori y la junta de Zaragoza no estaban seguros de qué hacer. Pensaban que no debían dejar de obedecer al gobierno legal aunque igualmente entendían que resultaba razonable satisfacer al pueblo⁴⁰.

El capitán general provisional convocó una reunión de las personas más respetadas e influyentes que no resolvió nada. Pero aunque no se tomó ninguna decisión la energía legislativa y ejecutiva del pueblo no perdía su iniciativa. Ese mismo día se produjo el levantamiento popular

^{xi} Tío es un nombre que se da familiarmente a todas las personas de edad avanzada, que están por debajo de aquellos a los que se llama *señor*.

contra los franceses. Por consideración con el general Mori, y sobre todo por los vínculos que tenía con toda la ciudad, se contentaron simplemente con mantener encerrados a Guillermi y sus más directos colaboradores en el castillo. Al finalizar el primer asedio fueron conducidos a Tortosa por M. Torres.

La caída del general Guillermi motivó que su sucesor fuera más cauteloso. Pensó que sería útil tener a su lado a D. José Palafox ya que era consciente de su ascendencia sobre el pueblo, y consecuentemente le escribió para presentarse en Zaragoza. Ese mismo día una cincuenta de paisanos armados, conducidos por el tío Jorge, se presentaron en La Alfranca para entregarle la carta y pretendiendo llevarlo por la fuerza, en caso de ser necesario, a la ciudad. Palafox se resistió inicialmente pero, en última instancia, se plegó a la petición del general y se trasladó a la ciudad con su séquito.

Al día siguiente pidió que se reuniera la junta para poder tratar asuntos importantes para la patria. Como él no tenía derecho a formar parte de la misma se presentaron algunas dificultades burocráticas que rápidamente se solventaron. Llegó seguido por una gran multitud. Entró solo, se sentó a la derecha del capitán general y directamente manifestó que estaba dispuesto a tomar medidas para resolver las insistentes protestas del pueblo, además de que estaba listo para poner todas sus facultades al servicio de la patria e incluso, si fuera necesario, sacrificar su propia vida por ella. La junta enmudeció. Mientras tanto el pueblo, que se impacientaba, tiró abajo la puerta y comenzó a exigir que *Palafox debía ser nombrado capitán general*. Él se retiró para dejar deliberar a los magistrados pero, como ninguno osaba hablar, la puerta fue de nuevo derribada y la junta fue amenazada. Entonces el general Mori comenzó a decir que *si su autoridad ya no era útil abandonarían el mando...* No se le permitió acabar. Se comenzó a gritar *¡Viva Palafox; ¡Viva el capitán general!, por fin tenemos alguien que nos puede mandar*^{xii}.⁴¹

La elección de un jefe del gusto de los aragoneses hizo cesar instantáneamente todas las convulsiones populares. La ciega sumisión sustituyó a la insubordinación más absoluta y aunque el pueblo seguía tomando todavía decisiones unilaterales, al menos se informaba al general de los arrestos que se realizaban.

El resto de Aragón, al igual que la capital, reconoció la autoridad del general Palafox. El general Mori se encontraba permanentemente vigilado aunque finalmente fue hecho prisionero por los sitiadores en el transcurso del primer asedio.

^{xii} Tengo demasiado respeto por el general Palafox para pensar mal de su puesta en escena durante la reunión, entiendo que simplemente quería dar la impresión de ser obligado por la fuerza y poner, en todo caso, su responsabilidad a salvo. Su carácter le aleja de toda sospecha; pero en relación a su conducta se debe recordar que él no había recibido instrucción alguna del rey Fernando VII para que declarara la guerra a los franceses. Seguramente si se hubiera encontrado en otro rincón de España y nadie le hubiese intimidado, no se hubiera pronunciado y, por lo tanto, los que teniendo la misma opinión que él fueron obligados por otras circunstancias a comportarse de manera diferente, pudieron haber cometido un error, pero no son más culpables que el propio Palafox respecto a su país y a su rey.

No había ninguna tropa de línea en Aragón, nada de artillería a excepción de dieciséis piezas en mal estado y pocos fusiles. Oficiales, tropas, armas, municiones... Absolutamente todo debía ser creado. El reino debía bastarse a sí mismo y, además, a causa de su proximidad a Francia iba a ser la primera región española expuesta a la invasión. Ninguna de estas dificultades arredraron lo más mínimo a los habitantes de Zaragoza.

Palafox reclamó al servicio a todos los oficiales del reino que estaban retirados, junto a los que por diferentes motivos se encontraban en el país y a unos pocos que él mismo nombró. Todos ellos formaron el núcleo y los mandos del nuevo ejército de Aragón.

Se inició la organización de estos cuerpos con la antigua denominación de tercios; entre ellos destacaba el que formaban los estudiantes universitarios, uno de los más notables por su bravura y disciplina. Era mandado por el barón de Warsage, antiguo capitán de la Guardia Valona. Es en este cuerpo donde hizo sus primeras armas el general Mina⁴², que después se mostró tan temible en Navarra.

Las plazas de Pamplona y Barcelona estaban ocupadas por los franceses. Como se ha dicho en Zaragoza no se disponía de más recursos en artillería que dieciséis piezas mal montadas y un destacamento de veinte artilleros. Las baterías se consiguieron poner en uso asignando auxiliares a los artilleros. Los fusiles sacados tumultuosamente del arsenal fueron recogidos; se requisaron las armas de caza y se forjaron picos. La fábrica de pólvora de Villafeliche proporcionó las municiones.

Aunque la situación del estado de defensa de Aragón resultara poco satisfactoria, rodeado de enemigos por todas partes, nada podía debilitar el patriotismo y el ánimo de venganza de los aragoneses. Ni la pérdida de la cosecha sobre la cual estaba fundada la esperanza de su subsistencia, ni la destrucción de sus propiedades, ni lo que tenían que temer de la furia del duque de Berg que irritado por una resistencia desacostumbrada debía caer sobre la desgraciada Zaragoza... Ninguna de estas circunstancias influía en la inflexible resolución de hombres determinados a sufrir una muerte honorable antes que una vergonzosa esclavitud. Todo el mundo, imbuido de estos nobles sentimientos, hacía voluntariamente los más grandes sacrificios, y el mínimo signo de egoísmo era entendido como una traición.

Esta heroica resolución era conocida en toda la península y el noble ejemplo de los aragoneses contribuyó a difundir por todos los rincones el espíritu de resistencia a la injusta dominación de Napoleón. Los regimientos que se encontraban con tropas francesas en las guarniciones se dispersaron, y varios oficiales y soldados de los cuerpos que estaban en Madrid y en Pamplona vinieron a reunirse al ejército de Aragón, donde contribuyeron en la instrucción de nuevos cuerpos. Los oficiales de ingenieros empleados en la Academia de Alcalá también se dirigieron a Zaragoza⁴³, lo mismo que un gran número de oficiales aislados en la capital.

En la ciudad se había comenzado a hacer salir a los batallones. El de los estudiantes, que había sido enviado a Calatayud para acelerar las levadas, se puso en contacto con las juntas de Soria

y de Sigüenza que proporcionaron algunas ligeras ayudas. Al mismo tiempo vigilaban los movimientos del ejército que podía llegar de Madrid. El resto de rutas se controlaba de manera similar.

España, por su parte, era un país en llamas. Napoleón, consciente de que la insurrección estallaba en todas partes, motivada por la imprudente violencia del gran duque de Berg⁴⁴, retiró a este demasiado tarde del poder. Diversas tropas fueron enviadas a Valencia y Andalucía. Aragón, más cerca que otras provincias, tenía que ser el primer objetivo en ser atacado.

El general Lefebvre-Desnouettes emprendió la marcha desde Pamplona por Tudela. El general Palafox, conocedor del itinerario, envió un destacamento de quinientos hombres, casi todos fusileros de Aragón, para que unidos a los habitantes de la ciudad intentasen retrasar el cruce del Ebro el mayor tiempo posible. Y en efecto llegaron a conseguirlo durante algunos momentos, pero fueron enseguida obligados a ceder frente a tropas más numerosas y mejor disciplinadas. Al día siguiente el general Lefebvre-Desnouettes encontró en Mallén al general Palafox que le esperaba al frente de ocho a diez mil hombres de infantería recién reclutados, doscientos dragones del rey y ocho piezas mal montadas. Los franceses atacaron impetuosamente y, tras un combate corto pero sangriento, continuaron su marcha sobre Alagón. Todavía fueron obligados a combatir una vez más pero finalmente consiguieron cruzar el Jalón y el ejército entró en la plaza.

Los jóvenes aragoneses, que apenas habían iniciado su carrera militar, mostraron en esos combates el coraje natural de su nación a pesar de no haber podido aprender el arte de las maniobras que podía haberles resultado de gran utilidad. Algunos oficiales se distinguieron; entre ellos don Antonio y don Jerónimo Torres, y don J. Obispo. El reducido grupo de artilleros mantuvo la reputación de este cuerpo, uno de los más distinguidos de Europa.

Los aragoneses ya veían bajo sus muros los instrumentos de la cólera de Murat y de la ambición de Napoleón y, fieles a su palabra, se aprestaron a recibirlos. Los resultados de las batallas precedentes, los gritos de las madres en busca de sus hijos y de las mujeres que no encontraban a sus maridos provocaron gran confusión en la ciudad.

El 16 de junio el enemigo quiso aprovecharse de esta situación y lanzó un pequeño contingente que llegó a la calle de Santa Engracia. No encontraron gran resistencia pero, viendo las disposiciones defensivas, temieron sin duda que esperasen a penetrar en el interior de la ciudad a fin de rodearlos, por lo que se retiraron sin establecer combate.

El pueblo, que tal vez hubiera cedido a la exhibición de una gran fuerza, viendo la indecisión y el respeto que se le dispensaba, redobló su actividad y sus esfuerzos. Se colocaron baterías en las puertas, se aspilleraron los muros perimetrales y se dispusieron en diferentes avenidas y calles diversos emplazamientos de sacos terreros. Todo esto se llevó a cabo con tanta rapidez que veinticuatro horas más tarde la ciudad ya estaba protegida de cualquier golpe de mano⁴⁵. Esta determinación fue consecuencia de la inspiración espontánea del pueblo. La ejecución de los trabajos fue dirigida por el coronel de ingenieros Sangenís y sus oficiales, don Antonio Torres y otros ciudadanos y militares.

El general Palafox había salido de Zaragoza por el Arrabal el mismo día de la entrada de los franceses. Estaba acompañado de su hermano, de su ayudante de campo Butron, del padre Basilio, del teniente coronel de ingenieros Veyán⁴⁶, del tío Jorge, del capitán Obispo y de otros, todos ellos escoltados por algunas tropas de infantería y cien dragones del rey. El grupo se dirigió a Pina de Ebro donde cruzó el río para reunirse posteriormente en Belchite con el barón de Warsage que venía de Calatayud con tres o cuatro mil hombres recién reclutados. Estas tropas, las que él mismo había traído desde su salida de Zaragoza y las milicias de los alrededores que se unieron a ellas, formaban un cuerpo de siete a ocho mil hombres de infantería, un centenar de caballos y cuatro piezas de artillería, con el que pensaba que podía acudir en auxilio de la capital. Palafox llegó a La Almunia de Doña Godina el 21, donde se detuvo un día para pasar revista a las tropas, y el 23 se puso en marcha hacia Épila. Los jefes de los cuerpos le trasladaron el poco orden que reinaba en la tropa y la certidumbre de que serían derrotados. Incluso varios de ellos eran de la opinión que debían marchar a Valencia y estaban prestos a hacerlo sin las órdenes pertinentes. El general en jefe, informado de esta circunstancia, les reunió exhortándoles a cumplir con su deber, añadiendo el compromiso de estar dispuesto a expedir pasaportes a todos aquellos que lo abandonaran en momentos de peligro. Nadie se aprovechó de esta oferta^{xiii}.

El general Lefebvre-Desnouettes, informado de la situación de las tropas españolas, destacó un cuerpo de cuatro a cinco mil hombres que, después de haber hecho prisionero al capitán de ingenieros don Julián Albo que se hallaba en pleno reconocimiento con veinte dragones, atacó al general Palafox a las nueve de la noche. Los diversos cuerpos españoles no estaban correctamente dispuestos y cada uno se situó lo mejor que pudo. De cualquier forma consiguieron disputar el terreno con tanta firmeza que mantuvieron la posición hasta que se retiraron a Calatayud la mañana siguiente. El general en jefe había llegado durante la noche con su hermano y Butrón. Las pérdidas ascendieron aproximadamente a unos tres mil hombres, de los cuales la mayor parte de ellos simplemente fueron dispersados. La artillería se distinguió como de costumbre. El regimiento de Fernando VII, al mando del coronel Casaux, sostuvo el fuego durante siete horas como si se tratara de tropas veteranas. Don Manuel Carsel y cuarenta guardias españoles defendieron una batería con tanta tenacidad que causaron grandes pérdidas al enemigo.

El capitán general viendo la dificultad que entrañaba proseguir la campaña con tropas tan poco entrenadas decidió hacerles volver a Zaragoza en dos columnas. La primera, bajo las órdenes de su hermano don Francisco Palafox, formaba la vanguardia. Le siguió la otra columna a un día de distancia, que entró en la ciudad dieciséis días después de haber salido. Por su parte el barón de Warsage se quedó en Calatayud con algunas tropas de reserva.

^{xiii} Todo esto evidencia que la defensa de Zaragoza no fue en absoluto un plan trazado por el general Palafox sino que simplemente pretendió mantener la lucha. Fueron los habitantes los que quisieron tener el honor de sostener un asedio. Estas consideraciones liquidaron las imputaciones (las cuales no eran precisamente graves) que fueron dirigidas contra él por haber convertido una ciudad de paz y de comercio en un objetivo bélico. Los resultados fueron lamentables para el pueblo, pero fueron ellos mismos quienes lo desearon. *Volenti non fit injuria*.

Durante este tiempo los enemigos se afanaban en desarrollar los preparativos del sitio; trajeron un parque y municiones de Bayona y Pamplona y comenzaron a construir un puente frente por frente de San Lamberto para conseguir comunicarse con la orilla izquierda y poder completar el sitio, que finalmente no llegaron a concluir.

Los sitiados, por su parte, continuaban aspillerando las murallas y llevando a cabo tímidas salidas. Para contenerles, y hacerles entrar en la plaza, los franceses atacaron los puestos exteriores. El convento de San José, que no tenía otras defensas que las aspilleras de sus muros, fue asaltado con gran valor por cuatrocientos polacos. La primera tentativa les fue desfavorable. Los campesinos les rechazaron provocándoles ciertas pérdidas, pero en el segundo asalto se apoderaron del puesto tras haber sacrificado mucha gente. Fueron igualmente los polacos los encargados de tomar el convento de los Capuchinos. Forzaron la entrada y se batieron con los defensores en la iglesia, los claustros y las celdas, y no abandonaron el edificio hasta después de haberlo incendiado.

El Monte Torrero generó menos problemas al asaltante. La gran distancia que separaba de la ciudad a los mil doscientos hombres que estaban allí apostados les privó de todo apoyo. Finalmente cedieron tras una defensa de corta duración. Dada la ventaja del enemigo en número y disciplina, y después de los recientes sucesos de Mallén y Épila que habían demostrado la inferioridad de las tropas recién reclutadas incluso en situaciones de número similar, resultaba lógico que este lamentable suceso no motivara ninguna queja contra el comandante del puesto. Inopinadamente fue sometido a un consejo de guerra y posteriormente fusilado, más que por su conducta en este asunto concreto para satisfacer las ansias de venganza de algunos enemigos⁴⁷. Sin embargo su delito debió ser más leve que el del coronel de artillería Pesino, gobernador de las Cinco Villas, que fue tiroteado directamente en la puerta de Sancho sin dictamen previo de un consejo de guerra. Incluso el propio coronel Sangenis llegó a estar momentáneamente en prisión.

El enemigo, alentado por las ventajas que había obtenido, pretendió apoderarse de las puertas del Carmen y del Portillo. Aunque fueron varios los ataques contra estas siempre fueron respondidos por el valor de sus defensores y las buenas disposiciones del general Mori⁴⁸, que se puso a la cabeza de sus tropas junto al capitán de ingenieros don Juan Gregorio^{xiv 49} y al oficial de artillería don Antonio Piñeiro. El último ataque sobre esta batería, que no tenía más que una empalizada de nueve pies y un foso de la misma anchura, fue tan feroz que los polacos murieron directamente sobre el parapeto. En la batería del Carmen las minas colocadas en la cresta de la contraescarpa⁵⁰ consiguieron un buen efecto. Los oficiales de artillería y de ingenieros Belbeser y Cortines se distinguieron. Los jefes de infantería Urrutia, Obispo y los dos Torres, añadieron nuevos motivos a la reputación que habían adquirido en los combates anteriores.

^{xiv} Hijo del marqués de Valle-Santoro, que defendió con gran tenacidad la plaza de Bellegarde en la guerra del 93.

Esta infructuosa tentativa condujo al enemigo a emplear medios más lentos y más seguros en las operaciones ordinarias de ataque. De esta manera dirigieron sus trabajos contra el castillo de la Aljafería y Santa Engracia.

El regimiento de Extremadura de ochocientos hombres, la mayoría de ellos soldados veteranos al mando del coronel Solano, entró en la plaza. Los sitiados, reforzados con esta nueva tropa, creyeron ser capaces de volver a tomar la posición del Monte Torrero, cuya pérdida había resultado especialmente dolorosa. Dos mil hombres, al mando del venerable coronel Viana, hombre de más de sesenta años pero todavía disfrutando de toda la audacia de la juventud, se dirigieron a este punto. Se batieron con furia pero finalmente tuvieron que retroceder sufriendo considerables pérdidas. Incluso es posible que no se hubieran retirado si el respetable anciano que los conducía no hubiera sido muerto de un lanzazo.

No se tuvo tiempo de cortar los árboles que cubrían la llanura de modo que los tiradores enemigos se encontraban a cubierto hasta una distancia de ochenta pies de la muralla. Los campesinos hacían repetidas incursiones en estos bosques y todos los días sucedían diversas escaramuzas. Durante la noche los sitiadores derribaban los árboles más cercanos a la ciudad. Los trabajos de asedio se hacían muy lentamente y eran continuamente retardados por las mencionadas salidas diarias de los sitiados.

El 2 de agosto las tropas sitiadas fueron reforzadas por dos mil guardias españoles y voluntarios de Aragón. También llegaron algunas piezas de artillería. Este auxilio resultó de enorme utilidad puesto que el regimiento de Extremadura había sufrido mucho. Un gran número de soldados veteranos había perecido y se carecía principalmente de artilleros. La satisfacción que provocó la llegada de estas tropas fue perturbada por el desastre que ocasionó la explosión de un polvorín en el Coso que saltó por los aires accidentalmente dos horas después del mediodía, derrumbando varias casas del barrio y enterrando en sus ruinas a muchas personas. A esta desgracia se unió, al día siguiente, el comienzo del bombardeo continuo sobre la ciudad. Los sitiadores dirigieron sus baterías especialmente sobre la Aljafería y Santa Engracia.

Los franceses quisieron, más o menos al mismo tiempo, apoderarse de las fábricas de pólvora de Villafeliche que abastecían a la plaza y que se encontraban a unas doce leguas de Calatayud. Su primera tentativa fue estéril. El general Warsage, salido de esta última ciudad con fuerzas casi igual a las suyas, dispuso sus tropas tan ventajosamente en las alturas que dominaban el pueblo completo, de manera que los franceses no pudieron tomar ese punto, al menos en ese primer intento. En el segundo intento resultaron victoriosos obligando al barón a replegarse hacia la posición del ejército de Valencia a las órdenes del general Saint-Marc. Resultaba evidente que el ejército imperial era el claro dominador de la campaña.

El general Palafox recibió ofertas de capitulación pero las rechazó todas. La decisión estaba tomada y quiso cumplir hasta el final la gloriosa tarea a la cual se había visto abocado; su persona aglutinó a todos los habitantes y les animó a combatir.

Finalmente los sitiadores abrieron brecha en los muros de un convento sin foso. Al amanecer del 4 de agosto los polacos comenzaron el asalto a Santa Engracia. Los ciudadanos, convocados por la campana de alarma, se precipitaron al interior del convento y ni la caída de las paredes ni el estado amenazante de los muros pudieron evitar que se defendieran cuerpo a cuerpo luchando largo tiempo contra el enemigo en un lugar que no se abandonó hasta que quedó cubierto de cadáveres de ambos bandos.

La toma de Santa Engracia permitió la entrada en la ciudad de las columnas enemigas. El caos se adueñó de la plaza; cualquiera se erigía en improvisado comandante, reunía un pequeño número de campesinos o de soldados disponiéndose como buenamente podían y defendían los puntos que les parecían más convenientes. De todas formas, para conseguir ser obedecidos, seguía siendo necesario que las decisiones tomadas resultaran aceptables a todos aquellos que estaban bajo su mando; de hecho, si en algún momento se escuchó el grito de traición, una muerte segura le siguió.

Un importante contingente de defensores, que estaban familiarizados con el camino de la margen izquierda del Ebro desde el primer ataque, cruzó el puente y salió del Arrabal que no estaba completamente rodeado. El general francés, que se apercibió rápidamente, destacó un cuerpo de caballería para perseguirles consiguiendo capturar a aquellos que no eran conocedores de los senderos. La mayor parte, sin embargo, consiguió escapar.

Los sitiadores se establecieron en la calle Santa Engracia apoderándose de varias casas. Allí fue hecho prisionero el general Mori, algunos habitantes y religiosos que habían permanecido en sus habitaciones. Los polacos se desplegaron hasta el extremo de la calle en el que las dos esquinas, junto al Coso, estaban ocupadas por el hospital general y el convento de San Francisco. Querían dirigirse hacia el puente pero, en lugar de tomar la calle de San Gil, entraron por la Puerta Cineja, callejón tortuoso que conduce a la Torre Nueva. Este error les ocasionó notables pérdidas y fueron finalmente rechazados, con la consiguiente pérdida de la Puerta Cineja de la cual se habían apoderado previamente. Este incidente desató la energía de los habitantes que decidieron incendiar el convento de San Francisco después de haber hecho pagar cara su conquista al asaltante, perplejo de tal resistencia en una ciudad tomada al asalto.

La captura y la evacuación del hospital general ofrecieron el espectáculo más aterrador posible. Los enfermos, para huir del incendio, se precipitaban por las ventanas cayendo sobre las bayonetas de los soldados; los heridos, envueltos en largas sábanas ensangrentadas, trataban de arrastrar sus miembros mutilados. En medio de estas escenas de horror, los locos, que habían podido abrir las celdas, cantaban, reían o hablaban en voz alta, según el tipo de locura que padecían. Aquellos que habían podido escapar de las llamas y de los golpes de los soldados, y que se encontraban en pleno estado de frenesí debido a la vivacidad del combate, fueron conducidos al Monte Torrero desde donde fueron despachados al día siguiente. Las monjas y las dementes parecieron sentirse satisfechas con las consideraciones que los oficiales del ejército francés habían tenido con ellas.

Uno de los aspectos que más ayudaron a los defensores fue la indisciplina de los asaltantes, sobre todo los polacos, que se entregaban al pillaje y a toda suerte de excesos en las casas donde pudieron penetrar. Tal circunstancia aumentó la exasperación de los aragoneses y motivó su respuesta frente a aquellos enemigos que quedaban aislados y prácticamente indefensos. En esta situación los males de la guerra alcanzaron en ambos lados el carácter más horrible olvidando así las antiguas máximas consagradas por la humanidad, las cuales tienen por único objeto disminuir los males que la guerra ocasiona con demasiada frecuencia.

Una vez pasados los primeros momentos de asombro, consternación e ira, ambas partes reconsideraron su posición. Los franceses se habían establecido en uno de los lados de la calle del Coso y los españoles en los edificios del lado opuesto. Estos ya habían comprendido que resultaba posible resistir los ataques de fuerza y ya no los temían más. Con el enemigo dentro de la ciudad, nuevas tentativas de ataque solo podían darles algunas pocas casas más. La idea de que el sitiado debía creer que todo estaba perdido cuando el atacante conseguía penetrar en el recinto defendido estaba completamente destruida.

Véamos al enemigo, separados por una simple calle o casa, con la misma sangre fría que el que mira al otro lado de un río. Los franceses, por su parte, consideraron necesario renunciar a ataques violentos que les habían supuesto demasiadas bajas y no habían obtenido el resultado perseguido. De tal forma que optaron por replegarse hacia el convento de San Francisco y comenzaron el ataque de puesto en puesto y casa por casa. Pero los habitantes habían adoptado el mismo sistema de defensa y cuando las esperanzas de los asaltantes no eran totalmente frustradas, al menos, cada paso que daban les ocasionaba considerables pérdidas.

El bombardeo, que a menudo intimidaba incluso a la guarnición aunque no pudiera alcanzarla, no quebró la obstinación de la población. Los sacerdotes daban muestra y ejemplo de su coraje; reclamaban que todo su deseo era conservar el santuario de Nuestra Señora del Pilar y que su intercesión les protegía de todos los males. Las mujeres atendían a los enfermos, se mezclaban a veces incluso entre las filas de los soldados. Se vio que una, habiendo perdido a su marido que servía en artillería, le reemplazó en el servicio del cañón hasta el final del asedio. El capitán general le concedió una condecoración honorífica y una pensión vitalicia⁵¹.

La guerra casa por casa continuó con lentitud; aún no se había puesto en práctica el arte de las minas que ofrece enormes ventajas a los sitiados. No es desdeñable pensar que el general Verdier, que había reemplazado al general Lefebvre-Desnouettes, pudiera haber perdido todo su pequeño ejército si le hubieran dado tiempo para continuar el asedio. Del 4 al 14 de agosto solo consiguió apoderarse de cuatro casas a la izquierda de San Francisco, una enfrente de la tesorería, durante seis largos días de interminables combates.

Los ejércitos franceses habían sido derrotados en Bailén⁵². Valencia había sabido, como Zaragoza, desafiar las amenazas de un ejército demasiado débil para someter la ciudad. Napoleón estaba convencido de no tener necesidad de invadir el país y envió fuerzas insuficientes permitiendo, de esta forma, que los españoles conocieran el secreto de su éxito. José había

abandonado Madrid después de un reinado de diez días y once noches⁵³. El ejército francés se retiró a Vitoria. Por otro lado el ejército de Valencia, a las órdenes del general Saint Marc y reforzado por Warsage, se dirigía hacia Zaragoza. Los sitiadores, por temor a quedar aislados si se demoraban más de lo debido en la peligrosa situación en la que estaban, levantaron el asedio la noche del 14 al 15 de agosto, abandonando y tirando en el canal su artillería pesada y sus municiones. Ni siquiera se tomaron el tiempo de evacuar los aprovisionamientos reunidos en Tudela; todo estaba perdido. Se hicieron prisioneros en la retirada.

La victoria era completa. Pronto dimos gracias al cielo y celebramos con gran pompa la procesión del Corpus Christi, que había sido interrumpida por el primer ataque de los franceses el 16 de junio. El pueblo, ebrio de júbilo al contemplar la sagrada solemnidad, recordó que habían recuperado la independencia e hizo resonar el aire con gritos de *¡Viva la Virgen del Pilar y el general Palafox!*

El motivo fundamental para la defensa fue el horror que sentía el pueblo a someterse a un yugo extranjero. Tal circunstancia fue dignamente secundada por el carácter de su ilustre jefe y el celo, la actividad y el talento de los principales oficiales. Los dos cuerpos de Artillería y de Ingenieros, mandados por don José Consul y don Antonio Sanguinés, mantuvieron su ilustre reputación. Don Antonio Torres estuvo siempre a la cabeza de las tropas haciéndose presente permanentemente en las acciones más peligrosas. El regimiento de Extremadura se batió en varias ocasiones con el mayor coraje. Don Antonio Delgado, capitán de este cuerpo, el comandante de los voluntarios de Cataluña, don Casimiro Marcó del Pont⁵⁴, don Juan Díaz, capitán del regimiento del rey, todos ellos se distinguieron por la tenacidad con la cual defendieron los puestos que les habían sido confiados. El número de acciones particulares dignas de ser remarcadas es incalculable.

Así finalizó la primera defensa de Zaragoza, que es en sí misma ya resulta un hecho de armas muy notable, y que no podía ser superada más que por la que cuatro meses después llevó a cabo nuevamente. La ciudad adquirió incluso más gloria combatiendo la segunda vez que fue asediada que cuando resistió a los primeros esfuerzos de sus enemigos.

DESCRIPCIÓN DEL SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA

Del 21 de diciembre de 1808 al 21 de febrero de 1809

El triunfo que habían obtenido los aragoneses, después del levantamiento del Primer Sitio, y la idea de haber visto retroceder delante de una ciudad abierta a aquellas tropas ante cuya vista los muros de Magdeburgo y de Custrin se habían desmoronado, llenó a toda la nación del más vivo entusiasmo. La entrega y la gloria de Zaragoza fueron célebres en toda España, y el líder que eligió se convirtió en objeto de veneración y casi adoración pública^{xv}. Sin embargo lo único que importaba era completar la expulsión de los franceses que Bailén, Valencia y Zaragoza vieron empezar, pero que no concluyó hasta que un cúmulo de acontecimientos extraordinarios sucedieron mucho después del momento en el que sus águilas victoriosas reaparecieron con brillo en los mismos lugares donde por primera vez habían sido humilladas.

Todas las provincias de España o, mejor dicho, todos los estados que componen la monarquía, organizaron diferentes consejos o juntas. Cada una de ellas se intitulaba soberana. La de Sevilla, más hábil, añadió a su título el calificativo de *Suprema de Indias*, y esta ventaja que se atribuyó directamente le proporcionó grandes recursos y una gran influencia sobre las otras.

Mientras que otras partes de la península estaban agitadas de un cierto fermento de republicanismo, Aragón, a las órdenes de su capitán general, conservaba los principios y las costumbres del gobierno monárquico. La autoridad del general Palafox era absoluta y actuaba en nombre del rey cautivo con la misma plena autoridad y la misma justificación que las juntas supremas de Asturias, Sevilla, Valencia, etc. Fue precisamente esta condición la que le permitió recompensar la fidelidad de los habitantes de Zaragoza durante el Primer Sitio, acordándose el privilegio de no poder ser, en ningún caso, condenados a la pena de muerte en los dominios de S. M. C.^{xvi}

^{xv} El general Palafox, perfecto conocedor de que su fuerza manaba de la opinión del pueblo, aprovechó cualquier ocasión, con más habilidad que modestia, para mostrar una absoluta confianza que se trasladara a sus tropas. En una proclama que dirigió a los habitantes de Madrid expresaba las siguientes palabras: “Tan pronto como me deshaga de la chusma que se atreve a atacar mis murallas acudiré a vuestro rescate. Tuve apenas tiempo suficiente para limpiar mi espada, todavía manchada con la sangre de estos miserables. Si yo les ataco, seré vencedor; si ellos me atacan serán castigados por su temeridad”. Anteriormente otro general de mayor reputación, en sus boletines, también daba el ejemplo de infravalorar la fuerza de sus enemigos fingiendo despreciarlos, y no podemos decir que este método, sin ser precisamente educado, no sea conveniente, al menos cuando el éxito así lo justifica.

^{xvi} Esta disposición legal no fue sancionada por la autoridad real. El rey honró noblemente a los defensores de Zaragoza otorgándoles una medalla honorífica que suponía cierta prerrogativa que se anulaba automáticamente a favor del soberano en aquellos casos en los que su conducta les hiciera indignos de tal honor.

Por muy grande que fuera era el poder del gobernador, que añadía a la autoridad política como virrey el control de la policía militar como general que era, el pueblo, que frecuentemente no era más que simple populacho, conservaba una cuota no desdeñable de poder. En consecuencia Palafox, en ciertas ocasiones, dotaba a sus actos de excesiva severidad que, sin duda, repugnaban a su humanidad, pero no parecía prudente suavizarlos ya que la más ligera sospecha o la mínima denuncia se convertían en sentencias de muerte automáticas. Dichosos aquellos que, trasladados a las prisiones de la Inquisición sitas en el castillo, salvaban sus vidas a costa de una larga cautividad. Fue de esta manera que el general Palafox pudo salvar la vida a su pariente, el príncipe Pignatelli, que había sido encargado de preparar los acuerdos por parte de José⁵⁵ y que no fue liberado hasta después de la capitulación para morir, a continuación, a causa de la epidemia. Las mismas mazmorras albergaron al coronel de ingenieros Pueyo, comandante del regimiento de zapadores, que vino a Zaragoza para unirse a sus compañeros y defender la causa común. Fue detenido por haber informado al jefe que tenía entonces sobre la desertión de varios soldados de su regimiento. Aunque era evidente su inocencia, no nos atrevimos a aportar el testimonio que le habría absuelto, y solo la entrada de los franceses permitió su liberación. Su mujer y tres de sus hijos murieron durante su cautividad⁵⁶.

Algunos miembros del círculo cercano al jefe supremo abusaron de su poder^{xvii}. Todo era requerido en nombre de la Patria y del Rey, y toda desobediencia se convertía en un crimen de lesa majestad. Por el contrario la dedicación a esta sagrada causa proporcionaba autoridad ilimitada y aseguraba la impunidad a todos los que habían obtenido una mínima cuota de poder. De tal forma que aunque la unanimidad de sentimientos no hubiera existido en el corazón de los ciudadanos el temor hubiera sido suficiente, por lo menos, para aparentarlo.

Además de la embriaguez de un primer éxito que alentaba el orgullo nacional, de la propia tenacidad natural de los aragoneses y de la fuerza del gobierno dictatorial en su grado más alto favorecida por una aparente efervescencia democrática, vino a añadirse la exaltación de los sentimientos religiosos. Nuestra Señora del Pilar, patrona y protectora de Zaragoza, acababa de dar muestras de su poder ya que el levantamiento del Sitio suponía el más grande de sus milagros. De un pueblo así dispuesto no había nada que no se pudiera esperar.

El enemigo, por su parte, se concentraba a orillas del Ebro mientras era continuamente fustigado por numerosas tropas indisciplinadas que se habían reunido a su alrededor. La expedición inglesa llegó tarde y, cuando creyó poder comenzar las operaciones contra José, ya no había tiempo. Napoleón había llegado con todo su ejército de Alemania. La guerra, que parecía ofensiva en un primer momento, no iba a tardar en convertirse en defensiva.

xvii El tío Jorge, el tío Marín, el vendedor de limonada de la calle del Coso, el cura de San Gil, el padre de la Consolación y el padre Basilio.

El general Palafox había previsto ese cambio y con antelación había comenzado a analizar los posibles medios de resistencia a utilizar. Cierta gente le culpó de haber convertido la ciudad en un baluarte defensivo por decisión propia y, en consecuencia, de exponer a sus habitantes a todos los horrores que un asedio obliga a hacer frente, puesto que resultaba evidente que ni la situación ni el estado de la plaza permitían un mínimo optimismo. Sin embargo esta conducta no es reprochable en relación a los sentimientos de los ciudadanos, que solos se defendieron durante el Primer Sitio y solos iban a volver a defenderse por segunda vez. Al contrario, plantear un recinto que permita retrasar los esfuerzos del enemigo resulta ventajoso para el pueblo, aunque simplemente sea para asegurar ciertos beneficios en el momento de su capitulación. En cualquier caso esto no era lo que deseaban los defensores de Zaragoza puesto que, como se verá más adelante y aunque no hubiera ninguna esperanza de vencer, los habitantes persistieron manteniendo la defensa durante largo tiempo. Desde el punto de vista militar todos los mandos eran conscientes de que la guarnición de la plaza resultaba más eficaz defendiéndose en el recinto que en campo abierto, posibilidad que hubiera conducido irremediablemente a pérdidas más elevadas.

La ciudad, a pesar de todo lo dicho, seguía suponiendo un enclave militar estratégicamente importante. Albergaba establecimientos militares y tenía la capacidad de formar otros. En definitiva resultaba esencial conquistarla, más por la repercusión que podía tener en todo el país que por los beneficios directos que su situación geográfica proporcionara a los franceses.

Por otro lado también había motivos para la esperanza. El ejército inglés, junto con el del marqués de la Romana, estaba en marcha. Nadie en aquel momento podía imaginar las continuas vacilaciones del general inglés, cuándo debía avanzar o la inusitada rapidez de su retirada. Y menos todavía que se separara del ejército español, aislándolo y motivando su consiguiente derrota. Al fin y al cabo el mismo general Doyle había prometido refuerzos y en ellos fundábamos nuestras esperanzas.

Y, además de todas estas consideraciones, la estación que estaba a punto de comenzar parecía anunciar la más poderosa ayuda. Si, como solía ocurrir todos los años, los meses de enero y febrero hubieran sido lluviosos, el perjuicio que habría ocasionado a los atacantes podría haber sido de tal magnitud que, al igual que en Tarifa⁵⁷, los asaltantes se hubieran visto obligados a ceder ante la naturaleza. Pero por desgracia todo se volvía contra nosotros; el invierno fue seco, lo cual favorecía los ataques, y lo suficientemente templado para que la más terrible epidemia pudiera extenderse entre los defensores. A pesar de todo esto resistimos. ¿Qué habría sucedido si hubiéramos sido ayudados, no solo por milagros, sino por el curso ordinario y regular de las estaciones?

Esto demuestra todavía más la importancia de Zaragoza y el premio que suponía su posesión; y eso justamente es lo que sedujo a Napoleón, al cual no podemos acusar precisamente de haber sido un mal estratega militar. Desde su entrada en España se centró en esa conquista; dos parques de asedio estaban preparados en Bayona y Pamplona, y uno de sus ayudantes de

campo fue el encargado de dirigir los trabajos. El mando del asedio fue encomendado a los mariscales en los que tenía más confianza, que la merecían tanto por sus cualidades militares como por su adhesión, mucho más noble que la devoción de la que muchos otros se vanagloriaron a partir de entonces.

Tres cuerpos de ejército, ciertamente poco numerosos aunque formados por tropas excelentes, fueron destinados a la conquista de Zaragoza. Ese era el poder de un hombre que parecía, como Atila, depositario de la Providencia, y que había reunido todo lo necesario para aplastarnos. He aquí lo que nosotros teníamos para resistir.

Se debe establecer el 1 de septiembre de 1808 como el día en el que realmente comenzaron los trabajos de Zaragoza. Aunque el Primer Sitio fue levantado en la noche del 14 al 15 de agosto, la mayor parte de este mes fue empleado en festejos públicos y, en nuestro caso particular, a llevar a cabo los reconocimientos, proyectos y aprovisionamientos que debían preceder al momento de continuar las obras.

Las tareas del capitán general Palafox no se limitaron a la defensa de la plaza. Reunió a todos los jóvenes del reino de Aragón, les organizó en batallones, les armó y habilitó para ponerse en campaña con los ejércitos que procedían del sur. El de Valencia, formado por catorce mil hombres a las órdenes del general Saint-Marc, y el de Murcia con ocho mil almas al mando del general Llamas, entraron en Zaragoza para partir, a comienzos de septiembre, a reunirse en el alto Ebro al ejército de Andalucía que el general Castaños había conducido hasta Soria. Todos los días se sucedían en los alrededores de Tudela pequeñas escaramuzas y a medida que los batallones se iban creando en la capital eran enviados para completar su formación en el campo de batalla. Enviamos ocho batallones a Navarra bajo las órdenes del general O'Neill, y otros cinco a las órdenes del marqués de Lazán, hermano del general Palafox, pasaron a Cataluña. Para los trabajos propios de ingeniería no se pudo contar más que con los hombres mayores de treinta y cinco años e incluso, dado que todavía nos encontrábamos en la época de la vendimia y de la recogida de la cosecha de cáñamo, disminuyó el número de habitantes de los pueblos vecinos. No se podía emplear más que una escasa parte de la población de Zaragoza y, como era obligado pagar por jornada trabajada, se limitaban todavía más los medios disponibles.

Diferentes proyectos fueron propuestos. Uno de ellos consistía en trasladar la defensa a las orillas del Canal Imperial de Aragón de tal manera que conformara la vanguardia del campo atrincherado. Así, el Huerva por un lado y una trinchera continua por el otro, lo habría unido con el Ebro. Finalmente tuvimos que abandonar esta idea por varias razones. No disponíamos del tiempo necesario para ejecutar el inmenso desarrollo de las obras planteadas; tampoco disponíamos de una artillería suficientemente poderosa y además teníamos sobradas razones para temer que las tropas recién reclutadas se debilitarían rápidamente tratando de defender una extensión tan grande del frente. De esta manera, y de acuerdo al proyecto inicial, la ciudad debía ser fortificada como un reducto, por lo que finalmente nos concentramos en las defensas, esperando que el enemigo nos diera al tiempo suficiente para poder establecernos posteriormente en el Monte Torrero. Mientras tanto nos conformamos con ubicar en este punto un atrincheramiento de poca

altura revestido de adobes y abierto en el estrechamiento, que defendía el interior de dos pequeñas cabezas de puente situadas en los caminos de Madrid y de La Muela.

Se sabía que resultaba imposible improvisar una buena fortificación para una ciudad tan grande, dominada simplemente a tiro de cañón y accesible desde cualquier punto. Para mejorar algo, y con la mayor celeridad, se procedió a mejorar la muralla, reforzándola en algunas partes y dotándola de troneras y aspilleras. Se debía prestar especial atención a la defensa de los flancos en el inmenso frente que presentaba la ciudad y fue precisamente en estos puntos donde los trabajos se concentraron.

Cerca de la confluencia del Ebro y del Huerva, y aguas arriba de este último, se encuentra el convento de San José que forma un rectángulo de sesenta por cuarenta toesas, y que creímos que debíamos ocupar para vigilar cualquier ataque que nos pudiera hacer el enemigo desde la orilla derecha. El lado más largo no constituía defensa alguna de los flancos pero se suplió razonablemente mediante el incremento del relieve, la construcción de un camino cubierto y una empalizada en la escarpa⁵⁸. De todos modos este elemento, que no era más que una luneta⁵⁹ aislada, era vista desde el interior por la cabeza del puente construida en tenaza⁶⁰ en la parte trasera, cuyos dos costados eran defendidos por un camino cubierto establecido sobre la otra orilla; y este a su vez estaba cubierto desde atrás por la muralla aspillera y por las baterías que se habían establecido desde el río hasta Santa Engracia. Este convento era el saliente más destacable del perímetro amurallado. Teníamos una especie de fortaleza que comunicaba mediante una doble trinchera con el puente sobre el Huerva donde había una segunda cabeza de puente. Los ramales que no estaban flanqueados disponían de hornillos de minas explosivas.

En el tramo comprendido entre Santa Engracia y el convento del Carmen y de este al de la Trinidad, el recinto formaba un ángulo entrante lo suficientemente marcado para no tener temor de que este punto fuera atacado. De todas formas habíamos dispuesto baterías suficientes para no correr ningún tipo de riesgo. Un foso de quince pies de profundidad y veintiuno de anchura rodeaba la muralla de la ciudad en toda su extensión.

El convento de los trinitarios estaba simplemente aspillera puesto que no habíamos tenido el tiempo suficiente para hacer el foso que debía rodearlo.

La cortina⁶¹ entre la Trinidad y el Portillo alcanzaba las trescientas toesas. Aproximadamente en el punto medio de dicha cortina se había dispuesto una batería circular que hacía el efecto de un baluarte plano⁶² que flanqueaba estos dos salientes. Más allá del Portillo, el castillo de la Aljafería, que forma un cuadrado con cuatro pequeñas torres abaluartadas y un foso revestido, era suficiente para defender esta zona hasta la Puerta de Sancho, cerca del Ebro, cubierta igualmente por una batería. Este es precisamente el fuerte que denominan peyorativamente *de la Inquisición*, aunque la sala destinada a este tribunal estaba en la propia ciudad y solo las cárceles permanecían en el interior del castillo.

El Arrabal estaba defendido por un sistema de reductos y flechas⁶³ revestidos por adobes, y apoyados en su parte trasera por los muros aspillera de las casas, con baterías y zanjas colocadas en las salidas de cada calle.

En el interior de la ciudad también se construyeron zanjas en todas las calles que estaban cerca de la muralla. Las casas estaban aspilleradas, mientras que las puertas y las ventanas de las plantas bajas estaban tapiadas; de tal forma que cada agrupación de casas formaba un obstáculo a salvar. Igualmente se habían reforzado las defensas en las plazas y en las principales calles.

Evidentemente si el coronel Sangenís hubiese dispuesto de más tiempo y medios, las obras podían haber sido mejores; pero tal y como estaban ya formaban una *imponente masa de inmensas obras*, gracias a las cuales la inmortal ciudad de Zaragoza sostuvo sesenta días de trincheras abiertas y cuarenta y uno de continuos bombardeos. Y todo ello a pesar de las hábiles disposiciones de los generales Lacoste y Dedon, del coronel Rogniat y muchos otros de los mejores oficiales de ingenieros y de artillería que había en Europa, secundados por las valientes tropas al mando de los mariscales Moncey, Mortier, duque de Abrantes y finalmente del mariscal duque de Montebello, uno de los más ilustres compañeros de Napoleón.

A todos estos trabajos también se debe añadir la destrucción de todas las casas en una franja de setecientas toesas desde la ciudad, la tala de los bosques de olivos que cubrían la llanura en esa misma franja y el establecimiento de polvorines y un parque de artillería. Los ladrillos procedentes de las demoliciones eran empleados en los revestimientos, mientras que los suelos de madera y los árboles talados servían para la protección y el aprovisionamiento del parque. La actividad era frenética. Las mujeres realizaban trabajos de confección, los frailes fabricaban cartuchos y los hombres que no trabajaban en las fortificaciones se ejercitaban en el manejo de las armas.

La artillería estaba compuesta en su mayor parte por piezas de cuatro, ocho y doce. No había más de sesenta piezas de dieciséis o más, la mayoría de las cuales habían sido recuperadas del canal donde los franceses las habían arrojado durante la retirada del mes de agosto. Todavía quedaban ocho morteros de diez y doce que apenas se empleaban, solo para lanzar piedras o, en su defecto, proyectiles huecos. En total se disponía de ciento sesenta piezas de artillería.

El suministro de balas, que en gran proporción provenía del ejército francés, era bastante considerable. La madera también resultaba suficiente. El accidente, debido a la explosión de un polvorín, que se produjo en el Primer Sitio nos previno para protegernos ante tal contingencia y decidimos hacer cada día la pólvora estrictamente necesaria. El general Carnot, en su libro sobre la defensa de las plazas, propuso desde entonces adoptar este método para evitar el riesgo, siempre existente, de una explosión que pueda destruir una ciudad entera incluyendo sus defensas. Zaragoza, que había sido en otro tiempo almacén y refinería de todas las minas de sal del reino de Aragón, seguía disponiendo de un inmenso aprovisionamiento de salitre que nos proporcionaba el medio de asegurar las ventajas propias de su uso.

Los almacenes de ingenieros estaban bien provistos de sacos terreros y sacos de lana. Por el contrario había pocos gaviones⁶⁴ que tuvieron que sustituirse por cestas de recolección, que tienen aproximadamente las mismas dimensiones. La madera, como se ha dicho, no faltaba en ninguna construcción.

Cada soldado y cada habitante disponía de su fusil, ya fuera de calibre español o inglés. Estos provenían de un envío de Cataluña, a raíz de un viaje que el general Doyle hizo a Zaragoza y que aprovechó para reunirse con el general Palafox y mantener varias reuniones relativas a la defensa de la plaza. Los almacenes tenían maíz, vino, aguardiente, aceite, bacalao y garbanzos para quince mil hombres durante seis meses. No había carne salada y muy poca carne fresca que, incluso estando reservada para los hospitales, pronto se agotó. Además, cada persona de cada familia se había preparado su propio suministro como si cada uno de ellos tuviera que sostener un asedio en particular. No había necesidad de emplear medios coercitivos ni amenazas para hacer cumplir esta medida. Los conventos en particular disponían de considerables almacenes. La recolección de la cebada se terminó antes del fin del asedio permitiendo que no faltara la paja para los caballos.

Teniendo en cuenta el envío de trece batallones armados y equipados a la línea de combate o la manutención de los ejércitos de Valencia y Murcia durante su estancia, podremos formarnos una idea de la ingente cantidad de los recursos proporcionados por el patriotismo de los aragoneses, y del celo que los generales, oficiales de artillería e ingenieros pusieron en la defensa de la ciudad. Razónese que tal vez, si el desarrollo de las fortificaciones hubiera permitido mantener al enemigo fuera de los muros, si hubieran existido casamatas⁶⁵ racionalmente repartidas, o de haberse podido utilizar los recursos de la policía para detener la epidemia, el resultado del asedio podría haber sido cuestionable.

La guarnición se componía de quince mil hombres, descontando a los habitantes de más de treinta y cinco años. Todos los demás estaban debidamente registrados. Pero en la batalla de Tudela, que se perdió el 23 de noviembre, todas las tropas que intervinieron se dispersaron por diferentes rutas. La mayor parte de los soldados de los cuerpos de Valencia y Murcia se replegaron hacia Zaragoza, así como muchos de los de Andalucía y sobre todo los heridos y los equipos, que trataron de facilitar el transporte transitando por los mejores caminos posibles. Los hospitales estaban abarrotados de enfermos y la ciudad de militares. El capitán general los reunió, incorporó a todos a la guarnición de la plaza y los distribuyó en diferentes cuerpos. La fuerza del ejército, pues bien merece este apelativo, ascendía a casi treinta mil hombres bajo las órdenes de don José Palafox y Melci, brigadier y capitán general del reino, y junto a él los generales Saint-Marc y Warsage, ambos de ascendencia francesa; Amorós, O'Neill o Buddley, como mariscales de campo; y Perin, Renovales, etc., como brigadieres.

La artillería consistía en un gran regimiento de mil quinientos hombres que incluía los habitantes agregados como auxiliares. El general Villava⁶⁶ lo mandaba y estaba reforzado por artilleros de marina venidos con el ejército de Murcia.

Había trece oficiales de ingenieros bajo las órdenes del coronel Sangenís. Se había formado un cuerpo de unas ochocientas personas que formaban el servicio contra incendios, que fueron escogidos entre aquellos que habían trabajado en el Canal de Aragón ya que, en consecuencia, estaban más acostumbrados a grandes movimientos de tierras.

La infantería constaba de tropas veteranas, o al menos era el cuerpo cuyos mandos eran de mayor edad. Entre ellos estaban los que habían sido formados por los supervivientes de la batalla de Tudela y los nuevos batallones de milicias aragonesas formados después del Primer Sitio que, en principio, iban a destinarse a la defensa de la plaza. He aquí sus denominaciones y su número, que solo después de un largo intervalo de tiempo la memoria ha sido capaz de proporcionar.

I N F A N T E R I A

Tropas de línea

• Guardias españoles	800
• Guardias valonas, principalmente compuestas de desertores y prisioneros franceses	500
• Suizos de Aragón	1.000
• Valencia	800
• Saboya	500
• Extremadura	800
• Castilla	1.000
• Voluntarios de Aragón, 2 batallones	1.600

Tropas aragonesas

- Granaderos de Fernando VII
- Infante don Carlos
- Regimiento de Perena
- Batallón de catalanes
- Doyle
- La Reunión
- Borbón
- Nuestra Señora del Carmen
- El Portillo
- Nuestra Señora del Pilar
- Los Mártires
- Zaragoza, 2 batallones

Tropas valencianas y murcianas

- Alicante
- Turia
- Chelva

- Segorbe
- Orihuela
- Liria
- Florida-Blanca
- Peñas de San Pedro
- Murcia, 2 batallones

La caballería se componía alrededor de dos mil hombres, a saber:

- Húsares de Olivenza.....300
- Húsares de Fernando VII.....600
- Dragones de Numancia.....500

Y algunos cuerpos francos que estaban bajo las órdenes del general Butrón.⁶⁷

Había sobre el río algunas chalupas cañoneras, tripuladas por oficiales navales y marineros de Cartagena.

La administración estaba confiada a don M. Domínguez, intendente del Ejército, que tenía bajo sus órdenes empleados escogidos, la mayoría, entre los habitantes de la ciudad.

El tesoro estaba bien provisto e incluso pudo aumentarse gracias a las cajas de algunos regimientos que se detuvieron en la ciudad después de la batalla de Tudela. No se pagaba ningún sueldo aunque todos los demás gastos se abonaban diariamente. De hecho el intendente Domínguez tenía todavía en caja sumas bastante considerables en el momento de la capitulación.

El gobierno civil que se había trasladado al Ayuntamiento estaba completamente en manos del general Palafox. Los hombres más influyentes eran el padre Basilio; Butrón, su antiguo ayudante de campo; el coronel Cañedo, su secretario; mosén Sas, cura de San Gil; el tío Marín; el vendedor de limonadas de la calle del Coso; el padre de la Consolación y el tío Jorge que nunca salía de palacio. Por último se creó un cuerpo de Almogávares cuyo uniforme resultaba bastante extraño, igual que sus funciones. Siempre se les veía en las zonas atacadas vigilando lo que ocurría o, mejor dicho, espionando.

La confianza de los habitantes en sus fortificaciones, en su general y sobre todo en la divina protección de Nuestra Señora del Pilar, era tan grande que al aproximarse el asedio ningún habitante zaragozano abandonó la ciudad. Por el contrario los campesinos de los alrededores se refugiaron en tropel, lo que aumentó el número de personas y se convirtió en una de las diversas causas que motivaron la epidemia posterior.

El general Saint-Marc, con cinco o seis mil hombres, fue el encargado de organizar la defensa del Monte Torrero, y el general Manso, de los guardias españoles, con un número similar de hombres, debía defender el barrio. Las otras partes del recinto tenían su correspondiente

guarnición bajo el mando de un oficial general o superior. Los habitantes no estaban obligados a hacer ningún servicio en particular; simplemente debían acudir al escuchar el toque de la campana de la Torre Nueva para reunirse en el punto que iba a ser atacado.

Poco tiempo antes del ataque algunos destacamentos fueron enviados para registrar los alrededores de la ciudad. La mayor parte de ellos no pudieron volver a entrar a la plaza.

Los generales franceses Dedon y Lacoste reunieron con la mayor celeridad un equipo de sitio considerable. Los cañones, municiones y aprovisionamiento estaban siendo almacenados en Tudela, desde donde los embarcaban en el Canal Imperial de Aragón hasta Alagón. La cantidad de artillería destinada al asedio, el número de oficiales y de tropas de ingenieros superaba lo que se había empleado en los asedios de las plazas más importantes. Los franceses no omitieron nada para que el resultado de su segunda tentativa fuera más exitosa que la primera. Pero esta gran demostración de fuerzas no produjo el efecto previsto en la población de Zaragoza, es decir provocar el pánico y el terror. Muy al contrario los habitantes se felicitaron por ser el único motivo de un despliegue militar semejante.

El 20 de diciembre el tercer y el quinto cuerpo, mandados respectivamente por los mariscales duques de Conegliano y de Treviso⁶⁸, se presentaron delante de la plaza; el primero en la orilla derecha y el segundo del lado del Arrabal. Durante la noche el enemigo estableció una batería que dominaba el Monte Torrero, y el 21 por la mañana el fuego comenzó por este punto. Después de un cañoneo bastante corto, un obús prendió fuego a un cajón de municiones motivando bastante desorden en las tropas defensoras. Los asaltantes aprovecharon la ocasión y una columna franqueó el canal sobre un acueducto del que se habían adueñado el día anterior; tomaron el lugar introduciéndose a través del paso y se llevaron tres de las piezas que formaban la batería haciendo prisioneros a cerca de setenta soldados que las defendían. La pérdida de este punto estratégico, en el que la división de Saint-Marc basaba toda su defensa, generó bastante desorden. Hubo cuerpos que mantuvieron correctamente sus posiciones pero, pese a los esfuerzos del general para retener a sus tropas, inferiores en número a los atacantes y mal disciplinadas, se vio en la obligación de ceder Torrero y retirarse a la plaza.

Aunque no hay duda de que este valiente oficial se comportó perfectamente quizás, sin la amistad que tenía con el general en jefe, podría haber sufrido la suerte⁶⁹ que el oficial que defendió la misma posición en el Primer Sitio durante tanto tiempo, con menor número de tropas y muchos menos recursos. De todos modos la pérdida de esta posición tuvo poca repercusión ya que no estaba en condiciones de resistir por tiempo prolongado y únicamente se había mantenido con el objetivo de retrasar el comienzo del asedio como tal.

Los asaltantes habían previsto hacer una tentativa de ataque en el Arrabal al mismo tiempo que en el Monte Torrero pero finalmente fue retrasado. Eso nos permitió poder reforzar ese punto que resultaba el más débil de todas nuestras defensas por el número e importancia de las obras de ingeniería pero, también, el más favorecido por la naturaleza gracias a la superficie pantanosa de los alrededores.

El día 22 el general Gazan atacó a los Suizos de Aragón, situados en el camino de Villamayor, obligándoles a retroceder a la torre *del Arzobispo*. A lo largo del camino se defendieron con gran bravura bajo las órdenes del comandante Fleury. Sin embargo los franceses lograron desalojar a los trescientos hombres que fueron muertos o capturados. Esta ventaja animó al enemigo a continuar su ataque. Una columna de quinientos granaderos, seguida de algunos regimientos, avanzó arma en mano para apoderarse de la batería que cortaba el camino pareciendo desdeñar el peligro. El fuego de metralla de la artillería y los disparos desde las aspilleras detuvieron a las valientes tropas que, después de haber dejado el suelo cubierto de muertos y heridos, fueron obligadas a retirarse. El general Gazan, sin embargo, reiteró en sus ataques. Nuestras tropas, animadas por esta primera victoria, esperaron la nueva tentativa sin inquietud y con la certeza de un nuevo éxito. Esta empresa, donde los franceses prodigaron inútilmente sus tropas, les costó de novecientos a mil hombres. Nuestras pérdidas no pasaron de aproximadamente cien soldados fuera de combate, sin incluir a los Suizos. El capitán de ingenieros Defay⁷⁰ fue abatido.

Todo estuvo tranquilo durante algunos días. Después del 22 el enemigo, viendo que los ataques directos no tenían otro resultado que hacerles perder a sus mejores soldados, se ocupó de situar sus tropas para el asedio, rodeando completamente la plaza y comenzando sus estrategias de aproximación. Al mismo tiempo los sitiados siguieron trabajando en sus obras, preparando sacos terrosos y de lana, fortificando los almacenes a prueba de bombas y comenzando a disponer en las calles obstáculos en todas las direcciones. No ocurrió nada más hasta el 29 de diciembre.

El día 30 los trabajos previos al ataque al convento de San José estaban ya muy avanzados. El mariscal Moncey envió al general Palafox, mediante un parlamentario, una advertencia aproximadamente en estos términos:

General, el tercer cuerpo rodea Zaragoza sobre la orilla derecha; el quinto, mandado bajo mis órdenes por el mariscal duque de Treviso, acaba de terminar su posicionamiento en la orilla izquierda. Madrid ha capitulado y S. M. el Emperador marcha a la cabeza de un numeroso ejército para derrotar al inglés y someter a otras provincias. Me resultaría doloroso exponer a los horrores de un sitio a una ciudad rica y pujante y a una población tan reconocida por su bravura.

Terminaba proponiendo una capitulación que garantizaba la seguridad, las propiedades, el respeto por la religión y muchas otras promesas.

El general Palafox respondió que si Madrid había capitulado significaba que había sido vendida^{xviii}. Y en relación a la oferta de capitulación declaraba que las fortificaciones de la ciudad

^{xviii} El general Morla, el mismo que escribió la proclamación que costó la vida a Solano y quien posteriormente escribió al general Vedel que los soldados de un bandido como el emperador no tenían derecho a reclamar el respeto a los tratados firmados, capituló Madrid después de un asedio de tres días. El recinto fue apenas forzado y tampoco tenían mucho más que hacer, sobre todo porque mientras duró la negociación hizo evacuar toda la guarnición que, supuestamente, iba a capitular. Aunque Napoleón estaba bastante contrariado con esta treta, el general Morla se convirtió en consejero de estado de su hermano. Fue considerado uno de los mejores oficiales de artillería en Europa.

estaban todavía intactas y que, aunque fuesen derribadas, el pueblo de Zaragoza y su guarnición se enterrarían bajo sus ruinas antes de rendirse. Sin embargo agradeció sus ofrecimientos y concluyó con un ligero elogio del mariscal.

A partir de ese momento, habiéndose roto la negociación, se ocuparon ambas partes por todos los medios posibles de llevar a cabo las amenazas y promesas que se habían hecho mutuamente.

Los sitiados se percataron de que el enemigo estaba atacando en tres direcciones y que el ímpetu inicial contra San José había concluido. Se dispusieron entonces a efectuar en toda la línea una salida apoyada en los fuegos de la plaza. La columna de la izquierda debía pasar entre el Ebro y su paralela pero, justo en el momento que alcanzaban una zona más amplia para darse la vuelta, se encontraron con un cuerpo de mil quinientos hombres que les impidieron ejecutar la maniobra. Entonces se inició una refriega en ese punto y la vuelta a la plaza concluyó con la pérdida de algunos hombres. El ataque de la columna de la derecha sobre la misma trinchera fue hostigada ligeramente pero no produjo ningún resultado reseñable. Lo mismo pasó con la del centro. En cambio la paralela de delante del castillo fue atacada con una fiereza extraordinaria por los guardias valones a las órdenes del comandante Garrau. Avanzaron en varias ocasiones pero fueron siempre rechazados por lo que no pudieron cumplir el objetivo que se habían propuesto. Un destacamento de húsares de Olivenza salió al mismo tiempo y consiguió eliminar algunos puestos de tiradores pertenecientes al regimiento de infantería apostado al otro lado del Ebro, de manera que las pérdidas de ambos bandos resultaron similares.

El 2 de enero la fortuna fue ligeramente más favorable a los sitiados, haciendo sufrir al enemigo pérdidas considerables en la segunda paralela del ataque del centro. También se consiguieron clavar las piezas de dos baterías. Intentamos la misma estrategia en San José pero, después de violentos y continuos intercambios de tiros, fuimos obligados a volver nuevamente a la plaza.

Los franceses continuaron su trabajo en el fuerte del Huerva y en el tramo entre San José y Santa Engracia con increíble actividad y tuvieron la fortuna de su lado puesto que la climatología favoreció sus operaciones. Las noches eran oscuras, los días sin lluvia ni nieve y todas las mañanas el campo amanecía cubierto de una niebla tan espesa que los sitiados ni podían observar el progreso de los trabajos ni apuntar su artillería al enemigo hasta el mediodía. Mientras tanto el fuego continuaba con la mayor virulencia. Durante la noche se lanzaban ollas de fuego para iluminar la marcha de los trabajos del enemigo.

El 4 se comenzó a trabajar en una línea de contraaproximación para abordar los zig-zags de la parte derecha, lo que obligó al enemigo a ampliar sus trabajos para evitar ser enfilado.

Hasta el día 9 no sucedieron más acciones reseñables. Los enemigos establecieron ocho baterías y el 10, a las siete de la mañana, treinta y dos piezas de grueso calibre iniciaron una ofensiva para abrir una brecha en San José, la cabeza de puente y la batería de Palafox. Comenzaba también el bombardeo. La plaza respondió con un fuego igualmente intenso. Durante la noche

se retiraron al interior la artillería pesada y los lanzapiedras de San José, que habían conseguido hacer bastante daño a los trabajadores enemigos en las noches precedentes, y procedimos a limpiar todo lo posible el pie de la brecha.

Era perfectamente conocido que un convento de construcción antigua, con muros de ladrillo de poco espesor, iba a ser incapaz de subsistir largo tiempo bajo un fuego considerable. Los artilleros, para cargar sus piezas, estaban obligados a cubrirse con sacos de lana. La vivacidad del fuego del enemigo, los suelos que se hundían y los muros que se desplomaban amenazando con aplastar a los defensores, hicieron absolutamente imposible mantener la posición. Sin embargo, antes de abandonarla, se decidió hacer una última salida. Se llevó a cabo en mitad de la noche del 11 al 12. Doscientos hombres reunidos en el camino cubierto a la izquierda de San José se precipitaron con una audacia inaudita sobre la batería número 1, sin saber que a la derecha de la segunda paralela se encontraban dos piezas colocadas en los flancos. Expuestos a la metralla que vomitaban dichas piezas y las de la propia batería se vieron obligados a retirarse con unas pérdidas de cincuenta a sesenta hombres.

A pesar del fuego del enemigo y del estado de destrucción en el que se encontraba el convento los sitiados se mantuvieron en medio de las ruinas. El sitiador colocó, cerca de la desembocadura del Huerva, dos piezas que se vieron apoyadas por una fuerte columna de infantería que enfilaba la parte izquierda del camino cubierto; al mismo tiempo otra columna procedente de la segunda paralela se dirigía sobre el fuerte. El bravo coronel don J. Arzu y un destacamento de su regimiento de Valencia sostuvieron largo tiempo el fuego con los intrépidos artilleros, deteniendo por algunos momentos el empuje de las tropas sitiadoras. Finalmente los primeros soldados llegaron al convento a través de un puente de madera todavía en pie y se hicieron dueños de un montón de ruinas y un centenar de hombres, entre los cuales estaba el propio coronel Arzu. Al mismo tiempo otros, utilizando escaleras, consiguieron entrar a través de la brecha, encontrándose ya el fuerte ocupado. La toma de este convento aislado y avanzado respecto a las líneas de defensa obligó a los sitiadores a un ataque en toda regla que supuso la pérdida de un número considerable de soldados.

Los capitanes de esta posición se alojaron en el fondo de la garganta de la obra y coronaron la cima del barranco que forma el Huerva. De esta manera impidieron a los sitiados llevar a cabo salidas en este punto. Sin embargo su posición no era segura puesto que la cabeza de puente seguía defendiéndose y batía las ruinas de San José que estaban expuestas igualmente al fuego de ocho piezas colocadas en el interior del recinto principal.

No resultaba especialmente difícil para una artillería tan numerosa como la del ejército sitiador demoler la cabeza de puente, que no era más que un simple parapeto de tierra revestido de trozos de ladrillo rejuntados con mortero también de tierra. En cualquier caso todavía se estableció el día 15 una nueva batería de cuatro obuses que terminaron por destruirlo. Los sitiados, finalmente, lo abandonaron completamente haciendo volar el puente y tratando de generar nuevos obstáculos al enemigo.

De esta manera todas las obras en esta parte del exterior de la ciudad ya se encontraban en poder de los sitiadores, que extendieron las obras a su camino cubierto a lo largo del Huerva. Solo nos quedaba por defender nuestro débil recinto y nuestras casas. Se redobló la actividad para hacer los preparativos de una nueva resistencia que debía suponer a los sitiadores más dolor y sangre de la que habían sufrido hasta el momento. Se terminaron los trabajos de refuerzo de las casas cercanas al perímetro y de apertura de sus comunicaciones interiores soportando los ataques que el enemigo lanzaba en cada punto.

Los habitantes de las casas donde se realizaban estos trabajos, al encontrarse directamente expuestas a los bombardeos enemigos, se trasladaron al interior de la ciudad donde la población se amontonaba cada vez más. Comenzaron a sentirse los efectos de la epidemia. Después de ocho días de constantes bombardeos la mayor parte de los habitantes se habían refugiado en los sótanos abovedados y, para protegerse de los terribles proyectiles, se expusieron a un riesgo mucho mayor. Estos sótanos subterráneos estaban destinados a la conservación del vino y del aceite. Solo había unos pocos respiraderos, ya que muchos se habían cerrado, y era necesaria la luz de las lámparas durante las veinticuatro horas. Las mujeres, para consolarse de sus desgracias y distraerse de los horrores del sitio, se reunían en el mismo sótano según sus relaciones de amistad o parentesco. A menudo cualquiera de estas salas, de sesenta pies de largo y apenas siete pies de altura, recibía a veinte personas que comían y dormían sin atreverse a salir al exterior por temor a sufrir una desgracia. De tal manera que la humedad, el aire viciado por la respiración, la combustión continua del aceite y de la madera, los alimentos poco saludables para personas que no hacían ejercicio y que no estaban acostumbradas a tales rigores, el miedo y las violentas emociones sobre todo, se convirtieron en las causas necesarias de una fiebre maligna de la que no iban a poder escapar. La epidemia⁷¹ pronto se contagió a la guarnición, de tal manera que en cualquier lado se hacía presente la muerte y así, sin especial coraje ni esfuerzo, preferían esperar su triste final en las murallas que ir a respirarla en los refugios infectados de la ciudad.

Del 17 al 21 de enero el sitiador trabajó en la construcción de nuevas baterías para abrir el muro y abatir las defensas. Igualmente extendió su tercera paralela para rodear el convento de Santa Engracia y penetrar a la vez por los dos lados.

Al mismo tiempo nos preparamos para resistir y, con la idea de retrasar su avance, se decidió hacer una salida para clavar su artillería, concretamente una batería de cuatro morteros que nos incomodaba mucho. Ochenta hombres bajo el mando del temerario don Mariano Galindo y de otros dos oficiales se ofrecieron voluntarios para inutilizar los cañones. Se precipitaron sobre la guardia de la tercera paralela haciéndoles sentir el filo de la espada y entraron en la posición. En ese momento llegaron las reservas de los sitiadores. No había posibilidad alguna de retirada. Precicieron todos los hombres excepto los oficiales y algunos heridos que fueron hechos prisioneros, pero no sucumbieron sin antes haber vendido cara su vida al sitiador asombrado por su audacia y por el reducido número de efectivos.

Dos lanchas cañoneras que permanecían armadas en el Ebro remontaron el río y tomaron por el flanco la paralela del ataque del castillo, pero el fuego de las baterías de la izquierda les forzó a retirarse.

El enemigo había alcanzado el Huerva, cincuenta piezas de artillería consiguieron abrir el paso a la ciudad; les faltaba el paso del barranco y la eliminación de la brecha. Trabajaron del 23 al 25 construyendo dos puentes y disponiendo en la orilla izquierda dos depósitos de armas para reunir las tropas que debían proceder al asalto. Los sitiados, al mismo tiempo, trataban de mejorar sus trincheras detrás de la muralla sin dejar de defender todos los parapetos que se encontraban fuera del recinto. Una tapia de huerta que bordeaba la orilla izquierda del Huerva incomodaba mucho a los franceses. Una columna fue enviada allí y la tomó después de un combate muy intenso. Los españoles enviaron refuerzos y los atacaron a su vez recuperando la posición. Los primeros se adueñaron por segunda vez y el último intento que hicimos no tuvo éxito.

El 26, a las 7 horas de la mañana, el fuego redobló sobre los dos puntos atacados. Nuestra artillería respondió con firmeza; no había más barricadas y los sacos de lana fueron el único refugio de los artilleros.

El día 27 el fuego continuaba desde ambos lados con la misma energía. La noche precedente los sitiadores habían tomado, después de un pequeño asalto, un molino de aceite aislado que les sirvió de depósito de armas.

A mediodía del 27 las tres brechas abiertas estaban practicables y los franceses determinaron iniciar el asalto. Nosotros habíamos ejecutado dos minas bajo la brecha y una buena trinchera detrás. Conforme los atacantes avanzaban las minas explotaban pero sin detenerlos apenas un momento; siguieron avanzando. Mientras tanto la campana de la Torre Nueva comenzó a sonar y los habitantes, viendo que su guerra comenzaba, ocuparon las aspilleras de todas las casas de los alrededores. Lanzaron una lluvia de balas y granadas desde los atrincheramientos practicados en las ventanas y los tejados vecinos, obligando a retirarse al pequeño número de enemigos que habían sobrevivido al intento. Aprovechando el hoyo formado por la explosión de las minas, se atacó directamente hacia la brecha.

Por su parte la brecha que estaba abierta enfrente de San José fue atacada al mismo tiempo. El enemigo ascendió y fue rechazado pero, a fuerza de insistir, logró posicionarse en la muralla. Se apoderaron de una casa ya derruida por su artillería y continuaron la marcha a través de las dos contiguas. El enemigo estaba detenido por una batería de dos piezas dirigida sobre un patio que debía atravesar.

La tentativa de ataque que la columna del centro hizo simultáneamente a Santa Engracia resultó, momentáneamente, más ventajosa para el enemigo. Después de un fuego muy vivo lograron dominar la brecha del monasterio. Los soldados que pretendieron apropiarse del convento fueron frenados en un primer momento pero, finalmente, lo consiguieron en el segundo asalto. Posteriormente atacaron la fortificación que va desde Santa Engracia al cruce del Huerva. Un grupo de seis minas explotó pero no se consiguieron grandes resultados. No se detuvieron allí, llegaron a una casa todavía en nuestro poder cerca del Huerva y se adueñaron de ella al cabo de dos asaltos.

La cabeza de puente fue finalmente tomada y, ya dueños de esta comunicación, nuevas tropas atacantes del centro aparecieron para unirse a las primeras columnas. Siguieron por el camino hasta el convento del Carmen, atacándolo y siendo rechazados. Continuaron rápidamente su camino hasta el convento de los trinitarios. Los cuarenta artilleros que se encontraban aislados en ese punto, alejados de los ataques, fueron muertos sobre sus piezas. Los sitiadores querían seguir avanzando hasta alcanzar la Misericordia, pero dos cañones que cortaban el camino en una travesía armada detuvieron su ímpetu y les forzaron a replegarse al convento de la Trinidad y a la muralla del Carmen.

Mientras tanto los terribles toques de alarma seguían recordando a los habitantes la necesidad de defender sus hogares. Todas las casas que rodeaban Santa Engracia se llenaron de soldados y de simples ciudadanos que disparaban casi a quemarropa a los franceses que ocupaban la posición, donde casi todos perecieron. Se intentó una salida para reconquistar la Trinidad pero, simultáneamente, la división Morlet acudió y los sitiados se vieron obligados a renunciar a su empresa.

Este nuevo intento de ataque directo costó al asaltante más soldados de los que hasta el momento habían logrado salvar con sus diversos trabajos y estrategias en el arte de la guerra. Aunque nuestras pérdidas fueron considerables resultaban inferiores a las del enemigo.

Al día siguiente sufrimos la pérdida más grande posible: el coronel que mandaba los ingenieros fue abatido en la batería Palafox mientras observaba los progresos del enemigo. Asimismo el general Lacoste, que mandaba a los ingenieros del sitiador, resultó muerto tres días después.

El coronel Sangenís murió a los cuarenta y tres años⁷² defendiendo el país que le había visto nacer. Había servido con honor en el cuerpo desde los veinticinco años. Había intervenido en las campañas de Cataluña y posteriormente fue profesor durante dieciséis años en las escuelas de Zamora y Alcalá. Su bondad y virtudes le hicieron amigo de todos sus compañeros. Sus alumnos lo consideraban como un padre, y su talento y valor le proporcionaron la confianza de sus jefes y el respeto de todos. Fue reemplazado por el teniente coronel don Cayetano Zappino.

Mientras que Zaragoza resistía los ataques del enemigo exterior luchando simultáneamente contra la epidemia, se formaban en Belchite, La Muela, Zuera y en otras villas del reino, partidas de guerrilleros que inquietaban las comunicaciones de los franceses e interceptaban con frecuencia sus convoyes. Los intentos de confiscación de recursos de los franceses eran habitualmente desobedecidos y, para poder procurarse los necesarios víveres, debían realizar sus incautaciones con la presencia de soldados. Estos grupos guerrilleros conseguían debilitar al ejército sitiador mientras reducían los recursos disponibles de la zona. Sin embargo, a pesar de todo y pese a los esfuerzos de don Francisco Palafox que pudo reunir algunas tropas, la plaza no pudo ser rescatada y el avance de los asaltantes continuaba.

El mariscal duque de Montebello había enviado un parlamentario al general Palafox para anunciarle que los ejércitos franceses habían llegado a La Mancha, que el ejército inglés se

había reembarcado, y que desde el Océano y los Pirineos hasta Sierra Morena habían conquistado prácticamente toda España. Incluso ofrecía al gobernador enviar un oficial para demostrarle fehacientemente estos hechos suspendiendo las hostilidades hasta su regreso.

Las comunicaciones con el exterior resultaban enormemente complejas. Los campesinos, incluso siendo más ágiles y estando acostumbrados a los caminos tortuosos, tenían enormes dificultades para evitar los puestos franceses. Consecuentemente el abastecimiento de la ciudad era imposible. No había verduras, una gallina se vendía a cinco piastras y la carne fresca faltaba totalmente.

El bombardeo se prolongó durante tres semanas. Los estragos de la epidemia aumentaron con rapidez; el número de muertos se elevó a trescientas cincuenta personas por día, sin contar los que eran alcanzados por el fragor de la guerra. Los antiguos hospitales y varias casas que fueron destinadas a este uso estaban repletos de enfermos febriles; no se les podía dar otra cosa que agua de arroz. A falta de colchones los moribundos expiraban sobre la paja; el aire viciado y la falta de medicamentos producían la gangrena al cabo de pocos días, de manera que la más ligera herida entrañaba una muerte segura y horrible. Incluso faltaba tierra para enterrar a los muertos; se hicieron grandes fosas en las calles, en los caminos y se veían delante de todas las iglesias montones de cadáveres, a menudo desmembrados por las bombas, cubiertos con sábanas que ofrecían el más horrible espectáculo.

Se había hecho todo lo que exigían las leyes del honor. Se habían sostenido varios asaltos, el enemigo se había establecido ya en el interior del recinto y la esperanza de socorro era prácticamente nula. Las balas anulaban las defensas, las minas hacían explotar las casas, las bombas alcanzaban las construcciones más lejanas y la peste más terrible aguardaba silenciosamente en los refugios que suponían la protección frente a los estragos de la guerra.

Sin embargo, ni la guarnición ni el pueblo tenían la moral quebrantada por el momento.

La Ordenanza del Real Cuerpo de Ingenieros de España, publicada en 1803⁷³, contiene más o menos las palabras siguientes:

Cuando el enemigo está establecido definitivamente sobre la brecha, si el Gobernador cree poder traspasar los límites de una defensa honorable, y elevarla a la categoría de heroica, defendiendo las calles y las casas, tendrá derecho a nuestro real reconocimiento, etc. etc.

Los aragoneses, siempre tercos e inflexibles, reflexionaban algunas veces sobre su miseria pero exclusivamente para redoblar su valor y desesperación. Y a pesar de que su derrota era inevitable, todavía creían que su honor no estaba satisfecho y que no habían cumplido su juramento de enterrarse bajo las ruinas de su desgraciada ciudad.

Todas las ofertas de capitulación fueron rechazadas y Zaragoza, con una resolución tan noble como unánime, mostró al mundo entero cuánto se podían modificar los límites que habían

sido establecidos acerca de la defensa de las plazas y hasta qué punto podía prolongarse la enérgica determinación de *morir antes que rendirse*.

El infortunio, mientras tanto, abatía las almas menos vigorosas. Los espíritus, más susceptibles por la visión de la desgracia que los rodeaba y que todo indicaba que iba a seguir aumentando, se habían vuelto desconfiados y recelosos; veían en una simple queja inocente el mayor crimen de traición a la Patria. La sospecha era permanente, quizás no la evidencia pero sí la acusación, y casi todas las mañanas descubríamos gente que había pasado durante la noche por las horcas erigidas en la calle del Coso y en la plaza del mercado. Esta furia ciega no alcanzó a los militares.

Mientras tanto las operaciones de asedio continuaban. Los asaltantes habían abandonado el ataque al castillo que se encontraba menos adelantado que los otros. De todos modos el número de oficiales y tropas de ingenieros había disminuido y no aguantó más que dos ataques.

En la noche del 27 al 28 los asaltantes atacaron Santa Engracia y las casas de los alrededores. Después de un fuego obstinado, de habitación en habitación y de tabique en tabique, consiguieron apoderarse de una de ellas. Esta escaramuza nos costó la pérdida de M. Simonó⁷⁴, oficial de ingenieros, de una gran reputación a pesar de su juventud.

Durante los días 28 y 29 los asaltantes prosiguieron tratando de hacerse con el control de pequeñas casas cerca de la Puerta Quemada. A pesar de la ventaja que daba a los franceses en este tipo de guerra la experiencia que el general Lacoste había adquirido en el sitio de El Cairo, comprendieron que todo estaba a favor de los sitiados, decididos a morir e incapaces de ceder. Tardaron dos días enteros en ocupar dos miserables casas de una sola planta donde no había ni una escalera, habitación o techo donde no se encontrase algún muerto de una u otra parte.

El principal objetivo de los asaltantes era apoderarse de los conventos de San Agustín y Santa Mónica. Seis días de fuego continuo contra estos edificios habían conseguido que las brechas resultaran practicables. Los sitiados combatieron a los asaltantes con el valor e ímpetu conocidos y así el atrincheramiento construido detrás de la brecha, el fuego desde las espilleras y desde las ventanas, las granadas de mano y las minas enterradas, obligaron a que los invasores abandonaran su tentativa dejando el suelo cubierto de muertos.

No existía menos dificultad en la zona de Santa Engracia. Se disputaron durante dos días un grupo de casas al lado del convento. Inicialmente se combatía en los pasillos y en las habitaciones inferiores. A continuación la lucha se dirigió a las primeras plantas, de allí a las buhardillas y luego descendió a las bodegas. En ese momento el enemigo, comprendiendo que era imposible establecerse firmemente ahí, decidió hacerlas saltar por los aires refugiándose posteriormente en sus ruinas.

Los sitiados mostraron idéntica furia defendiendo una casa aislada de dos plantas, la única que faltaba al asaltante para llegar a la calle de la Puerta Quemada. El 29 por la tarde el enemigo penetró en la cocina aprovechando la detonación de un explosivo. Los sitiados abrieron en el muro del comedor unas espilleras que debían servir al primero que pudiera apoyar su fusil en

ellas. Se arrojaban obuses por la chimenea. El fuego de fusilería se extendía de un piso a otro; nos precipitábamos mutuamente al sótano para poner pólvora y cada uno trataba de impedir el paso al enemigo preparando hornillos de minas. Finalmente el 31, después de dos interminables días de lucha, los españoles nos hicimos dueños de tan imponente fortaleza.

Los sitiados prepararon una mina que, desde el convento de San Agustín, debía llegar al de Santa Mónica. No tuvo el efecto deseado porque los obreros a los que se había confiado este trabajo, el más difícil de todos los que presenta el arte de la guerra, no estaban bastante familiarizados con las dificultades que esta labor conllevaba. Los franceses, por el contrario, tenían compañías de mineros perfectamente entrenados en estos menesteres y zapadores tan capaces como los mineros de penetrar en cualquier galería. Además disponían con mayor facilidad de pólvora, de tal modo que todavía tenían más ventaja en la guerra subterránea que en la que se desarrollaba en la superficie.

Las casas a derecha y a izquierda de Santa Engracia estaban ocupadas por nosotros. Después de varias tentativas inútiles el asaltante resolvió hacerlas explotar puesto que este sistema resultaba más seguro y menos costoso que los ataques de fusilería. La explosión hizo su efecto tal y como se esperaba, sin embargo el resultado no fue exactamente el previsto. Un oficial y doce hombres fueron enterrados en las ruinas pero el resto, en lugar de asustarse, comenzaron a hacer un fuego tan intenso defendiendo las ruinas de los muros con tanto empeño, que a los franceses no les quedó más remedio que recurrir a ataques directos que les permitieran establecerse en medio del montón de escombros.

Los sitiadores estaban, como se ha dicho, manteniendo la posición en el convento de la Trinidad. El reducto de la Misericordia y el castillo de la Aljafería se enfrentaron a una brecha en la muralla izquierda. Se decidió una salida y una columna de voluntarios partió de la Misericordia y el Portillo el día 31 a las dos de la tarde, lanzándose al descubierto con el mayor ímpetu hacia la brecha. No pudiendo franquear un foso que los franceses habían cavado se abalanzaron directamente sobre la puerta de la iglesia y, con la ayuda de un cañón de cuatro, intentaron forzarla con hachas y picos. A pesar del fuego que los franceses hacían desde las ventanas y las granadas que hacían caer desde la torre, los atacantes rompieron finalmente las tablas hasta que una trinchera interior de sacos terreros detuvo su esfuerzo. En ese momento los auxilios que llegaron al enemigo les obligaron a renunciar al objetivo.

Todas estas empresas eran ordenadas por los jefes que, en verdad, no eran siempre dueños de poder desatender las sugerencias más inoportunas⁷⁵. Estas empresas siempre eran realizadas por voluntarios, incluyendo tanto a los miembros de la guarnición como a los habitantes entre los que a menudo se veía a monjes y mujeres. Los primeros llevaban municiones, concediendo en medio del fuego los auxilios espirituales a los moribundos e incluso a veces animando a los soldados, no solo con meras palabras sino con el ejemplo. Las segundas llevaban en sus delantales refrescos y paquetes de cartuchos a los combatientes, entre los cuales era frecuente encontrar a sus propios hijos o maridos. Vimos a algunas mujeres coger el fusil de su esposo muerto y tratar de, al menos, vengar su muerte.

El ataque a la Trinidad nos costó la vida de don J. Plaza, militar distinguido por su sangre fría y su valor, otros dos oficiales y una treintena de hombres, entre otros un capuchino que se había distinguido en varias ocasiones y que se encontraba siempre en medio de los ataques. Fue abatido mientras daba la extrema unción a un herido. Otro sacerdote vino pocos momentos después para recoger, en medio del combate, los santos óleos que le fueron confiados.

El 1 de febrero los asaltantes hicieron explotar un hornillo de mina bajo la muralla que separa el convento de San Agustín del de Santa Mónica y, en el acto, una columna entró por la brecha. Los sitiados, afanados en defender el exterior del edificio, no se habían percatado del alcance de los trabajos subterráneos y abandonaron la posición después de una ligera resistencia. Tan pronto como se recuperaron del desorden ocasionado por la explosión quisieron tomar su revancha y atacaron el convento con vigor, pero las defensas que tan concienzudamente habían preparado con anterioridad se volvieron contra ellos y su esfuerzo resultó inútil.

Al mismo tiempo el asaltante realizó un ataque sobre la calle de la Puerta Quemada. En un primer momento las comunicaciones establecidas por los defensores facilitaron su progreso pero, poco después, estos tomaron la ofensiva con tal fuerza que los zapadores que comenzaban a aspillar no tuvieron tiempo de retirarse. El combate se reanudó con tanto ensañamiento que en las cuatro casas que los franceses habían conquistado los días anteriores, que finalmente tuvieron que abandonar, se contaban ochenta muertos de los que diecinueve eran de nuestro lado.

En el ataque al centro se produjo en el mismo día un acontecimiento extremadamente violento. Dos minas habían sido construidas a derecha e izquierda del convento de Santa Engracia y, después de explotar, dos columnas de polacos guiadas por el general de ingenieros Lacoste, se abalanzaron sobre las brechas. El coronel Fleury y algunos suizos de Aragón que ocupaban las casas vecinas hicieron un fuego tan vivo que se necesitó todo el valor de las tropas polacas, bajo la atenta mirada de uno de los generales más valerosos del ejército francés, para ocupar las ruinas de dos miserables casas. Esta mínima conquista costó cara a los sitiadores, no tanto por la pérdida de varios de estos valientes sármatas, que podrían ser fácilmente reemplazados en un cuerpo donde el coraje era la característica común de todos, sino por la muerte del general Lacoste, hombre amable por sus cualidades sociales y especialmente recomendable para la guerra por su frenética actividad y gran talento. Su puesto no podía ser más dignamente ocupado que por el coronel Rogniat, que fue quien le sucedió en el mando.

El día 2 los polacos continuaron sus ataques sobre las casas que nosotros habíamos conseguido tomar el día anterior. Después de un combate de nueve horas, y en medio de multitud de escombros y cadáveres, lograron recuperar solo dos de las cuatro casas.

En el centro el enemigo había previsto llevar a cabo tres ataques subterráneos hasta el convento de Jerusalén. Consecuentemente colocamos contraminas en las galerías y, retrasando sus trabajos, obligamos a cargar y explotar con precipitación uno de sus hornillos de minas antes de alcanzar el muro del monasterio. Esta circunstancia detuvo su avance y les obligó a iniciar nuevas baterías. La explosión prematura de la mina nos costó quince hombres, víctimas de la

terquedad de su oficial que pereció con ellos por no haber querido escuchar las advertencias de aquellos que eran capaces de evaluar el efecto de los trabajos del asaltante⁷⁶.

En cada casa los franceses tenían tres defensas que superar. Primero tenían que combatir para aproximarse al objetivo e introducirse en el interior del recinto correspondiente. Los que habían conseguido vencer este obstáculo tenían que rendir el fuego de los pisos superiores y apoderarse de cada uno de ellos hasta el desván o incluso el tejado. Finalmente, cuando alguna de las dos partes había hecho explotar la casa, quedaba la dificultad más grande a vencer para poder establecerse en las ruinas. Y todo porque desde las casas vecinas, hasta ese momento todavía intactas, los sitiados se precipitaban sobre los asaltantes e incluso cuando los atacantes conseguían desalojarles de los escombros, luego eran incapaces de encontrar ningún escondite en ellos para poder parapetarse.

Para evitar todos estos inconvenientes los oficiales de ingenieros franceses intentaron calcular la carga de los hornillos de manera que abrieran brechas sin llegar a demoler por completo los edificios. La teoría de esta ciencia estaba todavía poco avanzada y las edificaciones presentaban demasiadas anomalías para que pudieran lograr de manera consistente el propósito que pretendían. Sin embargo el éxito de esta estrategia resultó evidente puesto que los sitiados adoptaron, a su vez, el sistema de prender fuego a las casas que iban a abandonar. Los edificios de Zaragoza resultaban poco combustibles y el fuego se propagaba con lentitud durando mucho tiempo; de esta manera nos daba tiempo para preparar nuevas defensas en la parte trasera de las casas que ardían. Para conseguir que el incendio fuera generalizado se impregnaban los suelos y las estructuras de madera^{xix} con resina, lo que extendía considerablemente la acción de las llamas de manera que el enemigo no podía intentar apagar o reducir el fuego sin exponerse a una lluvia de balas.

Los sitiadores habían abandonado el ataque al castillo y habían establecido solamente una batería de seis piezas que apuntaba sobre la Misericordia, el Portillo y la Aljafería. La guarnición del primero de estos edificios veía sus defensas enfiladas desde los dos lados y un fuego continuado destruía cada día las defensas que afanosamente preparaban durante la noche. Se hizo en este convento una galería de mina que se prolongaba hasta el convento de la Trinidad, pero desgraciadamente cuando fue concluida no se pudo cargar por falta de pólvora. La fábrica no proporcionaba más cantidad que el consumo diario y no había posibilidad de almacenamiento⁷⁷, de ahí que cuando por fin estábamos en condiciones de llenar los hornillos ya resultaba demasiado tarde.

^{xix} El buen humor francés nunca decepciona. Dos campesinos estaban ocupados en impregnar con resina fundida las paredes de una cabaña y un soldado que les vio, y que lógicamente no adivinaba lo que estaban haciendo dijo: *Anda, ahí tienes gente graciosa que se divierte pintando su cabaña*. Llamó a sus camaradas para que todos vinieran a gozar del espectáculo sin disparar a los campesinos que, advertidos de sus vecinos por sus risas, transportaron su taller de pintura fuera del alcance de la vista y de las balas de los curiosos.

Entre los días 3 y 6 de febrero, el asaltante se ocupó de construir tres galerías para atravesar la calle de la Puerta Quemada pero dos de ellas no pudieron alcanzar los puntos previstos. La tercera desembocó en un sótano que los minadores encontraron vacío ya que los defensores estaban ocupados en preparar obstáculo en el recorrido de las dos primeras. Esta circunstancia proporcionó al enemigo la posesión de la casa, con lo que pudo establecer una comunicación a través de un parapeto con sacos de tierra, y continuó su avance hasta las ruinas de la casa que formaba esquina con la calle del Coso y la calle de El Medio.

En otras zonas de la ciudad continuaban igualmente las refriegas. El asaltante conocía sobradamente la importancia que representaba para los sitiados la posesión de las Escuelas Pías y empleó todos los medios a su alcance para conseguirla. Atacó las casas vecinas donde los polacos mostraron su arrojo habitual. Disputaron largo tiempo una escalera que les supuso muchas pérdidas y que fue defendida el tiempo suficiente para poder preparar el incendio de los edificios. Habiendo terminado todo los sitiados se retiraron a las Escuelas después de haber prendido fuego a las casas en las que se estaba combatiendo. Los franceses intentaron apagar el fuego en medio de una lluvia de balas pero las llamas suponían una barrera infranqueable que separaba a los combatientes. En última instancia los sitiadores se vieron obligados a renunciar a su propósito inicial y tuvieron que dejar arder la casa. Cuando el fuego se extinguió por sí mismo los polacos se precipitaron sobre las ruinas; fueron inicialmente expulsados para volver a la carga de nuevo y ser rechazados otra vez. Finalmente renunciaron a su proyecto. Como esta empresa resultó un fracaso, atacaron una casa con vistas al Coso y lograron apropiarse de ella por poco tiempo. Dos habitaciones, situadas en el otro lado de la calle, les obligaron a renunciar a una posesión por la que creían poder reemplazar la inicialmente pretendida de las Escuelas Pías.

La guerra había alcanzado en ambos bandos el más alto grado de exaltación o, mejor dicho, de rabia. El sistema de incendiar las casas abandonadas provocó el más acertado efecto para los defensores y el más nefasto para los sitiadores, puesto que la destrucción de los cubiertos proporcionados por los edificios evitaba los refugios. De hecho los infinitos obstáculos, siempre presentes, acabaron por disgustar sobre manera a sus soldados^{xx} mientras los sitiados, luchando contra el hambre, la peste y los propios franceses, y siendo continuamente empujados al estrecho cementerio que iban a ocupar, todavía no aceptaban su derrota.

El día 7 el asaltante, no viendo otro medio para apoderarse de las Escuelas Pías, ejecutó una mina para hacer saltar los muros. Los sitiados no se percataron a tiempo de la operación para poder frustrar sus planes como se había hecho en el convento de Jerusalén, por lo que se vieron obligados a quemar el edificio antes de que las minas fueran cargadas, con lo que se pudo retrasar un poco la ocupación.

^{xx} Los soldados comenzaban a desanimarse ante los obstáculos que se repetían constantemente, mientras que el enemigo siempre mostraba una gran resolución. (*Sitio de Zaragoza*, por el general Rogniat, página 34, línea 3).

El ataque contra el centro proseguía con la misma obstinación. El enemigo se protegía en los inmensos sótanos del hospital y desde allí construyeron tres galerías de minas hacía San Francisco, a través de la calle Santa Engracia. Los propios ciudadanos y los suizos, mandados por el bravo coronel Fleury, lograron desalojarlos de los sótanos y les obligaron a abandonar sus rutas subterráneas.

Hasta entonces la orilla izquierda del Ebro había estado tranquila, en concreto desde el sangriento lance del 21 de enero. El convento de Jesús, situado a la derecha del camino a Barcelona, estaba custodiado por doscientos hombres y dos piezas de cañón. La posición era deficiente pero no podíamos demoler el edificio y parecía mejor ocuparlo que dejar de hacerlo. A las siete de la mañana veinte piezas de artillería comenzaron a batir el monasterio sin tardar demasiado en arrasarlo. Apenas la brecha resultó practicable el enemigo entró y, después de una ligera resistencia, logró apoderarse del monasterio. Los franceses, creyendo que la pérdida de esta posición extendería el terror entre las tropas que se mantenían en el barrio, se dispusieron a avanzar mezclándose caóticamente con los que se retiraban apresuradamente del convento de Jesús. Fueron recibidos con vigor y, como el día 21, se vieron obligados a retirarse con grandes pérdidas. Finalmente se establecieron en las ruinas del convento.

Volviendo al ataque del centro, durante las noches del 8, 9 y 10, los sitiadores prepararon una caponera⁷⁸ para atravesar la calle del Coso. La obra avanzaba lentamente y estaba bastante alejada de su finalización cuando, el día 10, un vigoroso asalto perpetrado por los defensores les permitió hacerse dueños de la posición y al mismo tiempo de tres casas que habían perdido los días anteriores. Los franceses, contraatacando y sufriendo pérdidas bastante elevadas, volvieron a la carga recuperando las tres casas. De todas formas tuvieron que abandonar la caponera dejando una veintena de muertos, entre los que se encontraba un oficial de ingenieros.

Mientras tanto se continuaba luchando de habitación en habitación; cada puerta o escalera eran disputados cuerpo a cuerpo. Se arrojaban granadas de piso en piso, se lanzaban obuses que frecuentemente estallaban aplastando igualmente a los que los encendían y a los que iban destinados. Al final se incendiaba la casa y se seguía luchando bajo la metralla de dos piezas colocadas en la salida del Coso en medio de las llamas que devoraban simultáneamente a los heridos y los cadáveres. Cuanto más terreno se perdía más obstinadamente se defendía lo que quedaba. Una simple habitación resultaba una posición importante y cada oficial creía que, por su honor, era importante mantener la mínima parte de cualquier pared o muro. *Era preciso matar a estos obstinados para vencerlos*^{xxi}.

^{xxi} Sitio de Zaragoza, página 36, línea 25.

Los minadores enemigos habían conseguido construir una galería desde el hospital hasta San Francisco, con más éxito que la primera vez. Los sitiados procedieron a ejecutar contraminas lo que obligó a los atacantes a hacer explotar su hornillo antes de haber llegado bajo los muros del convento. Pero como lo sobrecargaron hasta contener tres mil libras de pólvora, el efecto fue tan considerable como si la hubieran colocado mucho más adelante. Nosotros perdimos dieciséis hombres y un oficial de zapadores, y una brecha fue abierta en el convento. Rápidamente fue eliminada mientras el sitiador se ubicaba dentro de la iglesia formando una trinchera con sacos terrosos detrás de la puerta. El coronel Fleury, con algunos paisanos que conocían los tejados del monasterio, entraron a través de la casa vecina y penetraron en el campanario, en las tribunas y en la cornisa de la cúpula. Hicieron caer una lluvia de granadas y de balas sobre los soldados que esperaban el amanecer en el interior de iglesia y que, sorprendidos por este ataque imprevisto, abandonaron la posición siendo reemplazados por los españoles.

El convento fue de nuevo atacado el día siguiente. Se combatió con tenacidad en el claustro y se disputó por largo tiempo la torre. Para dar una idea de la obstinación con la que se disputaban las ruinas de un convento incendiado en el Primer Sitio y destruido por las minas en el Segundo, bastará decir que en estos dos días los sitiados perdieron cuarenta hombres y tres oficiales y que los asaltantes perdieron poco más o menos tantos soldados y varios oficiales, de los cuales dos eran del Cuerpo de Ingenieros. Finalmente los sitiadores se hicieron con la mayor parte del edificio. Quedaba todavía por conquistar dos capillas donde los españoles no cedieron más que después de un combate a bayoneta; entonces los franceses, ya dueños del convento, colocaron en la torre algunos tiradores para obstaculizar las comunicaciones de la calle del Coso.

El día 12 los sitiadores tuvieron las mismas dificultades para apoderarse de las ruinas de una casa incendiada que formaba la esquina de la calle Olleta⁷⁹. Pasaron inadvertidamente junto a las últimas casas de la Puerta del Sol por falta de atención de unos defensores que se olvidaron cerrar o custodiar una puerta. Esta negligencia permitió al asaltante la posibilidad de explotar la casa más cercana al Coso. Sus muros no opusieron la resistencia prevista y fue destruida completamente. Tal circunstancia obligó al enemigo a pasar al descubierto para atacar la casa siguiente que constituía la esquina de la calle, que nosotros defendimos con toda la resolución posible puesto que protegía una travesía establecida en el Coso.

Se ejecutaron dos hornillos de minas para abrir los muros de la Universidad. El efecto fue ligeramente inferior del que se esperaba aunque dos columnas fueron enviadas inmediatamente para tomar la brecha; la más cercana se precipitó con rapidez en la creencia de que resultaba practicable. Los defensores dejaron que se aproximara y la recibieron con un fuego tan violento que solo pudieron salvarse los que aún no habían tenido tiempo de acceder a la propia calle. La segunda columna, más retrasada, sufrió mucho menos.

Llegados a este punto el enemigo se había convertido en el dueño de las ruinas de San Francisco, de las ruinas del hospital y de las ruinas de las Escuelas Pías, por lo que había

asegurado la posesión de un lado completo de la calle del Coso. Su línea de ataque, estando extendida de ese modo, requería que los sitiados hubieran dispuesto de fuerzas considerables para continuar con una guerra que cada día se hacía más destructiva.

La epidemia aumentaba sus estragos diariamente y estaba tan extendida entre los soldados de la guarnición como entre el resto de los ciudadanos. La muerte alcanzó a los enfermos no solo en sus hogares sino también en las calles. De igual manera los edificios que había conquistado el enemigo estaban repletos de miserables que preferían esperar la muerte antes que una licencia para terminar un poco más lejos una vida insoportable. La escasez de hombres era tal que las guarniciones de la Misericordia, Portillo o Sancho apenas tenían suficiente para relevar las guardias necesarias y evitar así una sorpresa, porque los lugares que se suponían iban a ser atacados se reforzaban cada día con destacamentos. Incluso se llegó al extremo de que esas tres posiciones fueran cubiertas por los enfermos que, arrancados de sus camas en los intervalos entre los ataques, iban envueltos en sus mantas para cumplir el servicio sentados en los bancos, donde frecuentemente sufrían de permanentes escalofríos durante el tiempo de su guardia. Fue el capitán del segundo batallón de Zaragoza, don Juan Media Villa, el encargado de juzgar quiénes eran capaces de este esfuerzo. Llevó a cabo con tanto celo esta odiosa misión, desagradable desde cualquier punto de vista, que terminó por sucumbir igualmente a la epidemia.

Del día 13 al 17 los sitiadores construyeron, por segunda vez, dos galerías de minas para cruzar el Coso hacia la universidad. Aleccionados por el fracaso de su primera empresa contra este edificio, sus cálculos obtuvieron el éxito más completo e hicieron dos enormes brechas que compensaron los fracasos anteriores. Querían igualmente tomar la última casa, cerca de la Puerta del Sol, pero este era un punto demasiado importante para ser abandonado de cualquier manera. Fue atacado por la fuerza hasta en cuatro ocasiones sin éxito, incluso se interceptó al minero evitando el desarrollo de su trabajo. Finalmente los atacantes establecieron una pieza de doce para batir la brecha mientras los españoles se sostenían en medio de las ruinas con una constancia semejante a la de los franceses, manteniéndose en una batería que hacía aguas por todos los lados.

Es difícil hacerse una idea del espectáculo que ofrecían estos últimos combates. A la luz de las llamas que los separaban de sus valerosos enemigos, y que consumían lo que quedaba de sus infortunados compatriotas, se veían hombres lívidos y famélicos que, en medio de las ruinas y rescoldos incendiados, todavía eran capaces de contener el ímpetu francés. Mientras tanto otros preparaban por detrás nuevos obstáculos a los destructores de su ciudad, con una constancia tan generosa y perseverante que terminaba por quebrantar el ánimo de los sitiadores^{xxii}.

^{xxii} Nuestras tropas estaban exhaustas después de todos estos mortíferos combates, casi cuerpo a cuerpo, en los que perdíamos diariamente nuestros oficiales, mineros, zapadores y soldados más valientes sin lograr ventajas sensibles y motivando así el desaliento del ejército. ¿Se ha visto jamás, decían, un ejército de veinte mil hombres asediar a otro de cincuenta mil? Apenas somos dueños de la cuarta parte de la ciudad y ya estamos apurados. Es necesario esperar refuerzos, de otro modo pereceremos todos, y estas malditas ruinas se convertirán en nuestras tumbas antes de poder rendir al último de esos fanáticos en su postrar atrincheramiento. (*Sitios de Zaragoza*, el general Rogniat, páginas 38 y siguientes).

La idea de una capitulación no pasaba por la cabeza de nadie. En el consejo de guerra se conocía la inquebrantable resolución del general en jefe y todos los militares estaban animados del espíritu del coronel Sangenís que había dicho varias veces durante el Primer Sitio:

Que jamás se me llame para capitular, porque nunca voy a pensar que no podemos defendernos.

De los Agustinos a la Puerta del Sol existían restos de la antigua muralla, un muro flanqueado de torres al cual estaban adosadas varias casas, de las más pobres y peor construidas de la ciudad. El enemigo abrió, para ocuparlas, una galería que atravesaba la calle de las Arcadas⁸⁰ haciendo explotar la parte más cercana al convento, lo que ocasionó una brecha enorme y le proporcionó el medio de apoderarse de algunas de estas casas después de una ardorosa defensa. Los sitiados pusieron todo su empeño en conservarlas ya que aseguraban su comunicación con el Jardín Botánico. De esta forma determinaron hacer una salida para recuperarlas y lograron desalojar a los sitiadores. Se revolvieron con fuerza y quedaron dueños de las ruinas y del lado derecho de esta manzana.

Seguíamos siendo los dueños de la izquierda, desde donde nuestro fuego incomodaba mucho al asaltante. Los sitiadores ubicaron un explosivo sobre una vieja torre para poder penetrar en su interior. La guerra de habitación en habitación comenzó y se desarrolló con tal furor que el fuego duró cinco horas. Finalmente algunas bombas que el enemigo hizo explotar hicieron que los suelos saltaran por los aires y los polacos pudieron apropiarse de la manzana entera. El teniente coronel de ingenieros Quiroga se distinguió en esta acción que nos costó dos oficiales.

La mina que atravesaba la calle Mayor no produjo el resultado esperado. La explosión no derrumbó las paredes de las casas y los sitiadores se vieron obligados a utilizar una pieza de doce para destruirlas. Esta segunda tentativa fue igualmente inútil puesto que los escombros de las casas vecinas impedían que la brecha fuera practicable, proporcionándonos así los medios para defender la aproximación del enemigo. Entonces los sitiadores procedieron a socavar las casas con zapas. Así lograron adueñarse de estas pasando por debajo de un cobertizo y de una casa de un solo piso. Ellos perdieron cincuenta hombres incluyendo un capitán polaco. Nosotros perdimos por nuestra parte un joven oficial zaragozano con gran proyección.

En el ataque del centro las tres fases sucesivas de ataque tal y como las hemos referido anteriormente continuaban en cada casa. En una de ellas los asaltantes eran dueños de la planta baja y los españoles del primer piso; una de las paredes fue destruida por las minas y se hundió el piso que no estaba apoyado más que de un lado cayendo, de esta forma, doce de los nuestros sobre los enemigos. Los unos y los otros fueron aplastados por las ruinas.

Dueño de la totalidad de un lado del Coso el asaltante trató de cruzarlo en varios puntos. Sus esfuerzos no tuvieron gran éxito en primera instancia. Una de sus galerías fue contraminada y destruida por los sitiados perdiendo muchos mineros. Otra que pretendían hacer explotar fue cargada precipitadamente y detonó antes de llegar a los muros de las casas. En una tercera

los mineros de ambas partes se encontraron y se batieron en la galería, a sable y bayoneta, con un encarnizamiento sin igual. El sitiador terminó por destruirla.

Colocaron el día 18 un obús a la izquierda de San Francisco. Esta pieza batía toda la enfilada de la calle del Coso. Otra batería de dos piezas semejantes fue colocada en las ruinas del hospital y cubría la calle San Gil. Por otro lado la posesión de las casas de la calle Mayor, donde se habían establecido sólidamente, nos obligó a abandonar las baterías del Jardín Botánico que estaban colocadas al revés.

El enemigo atacó por segunda vez la universidad donde todavía ocupaba solo una parte. Dos hornillos de minas hicieron dos brechas considerables. Los paisanos y algunos guardias valones rechazaron bravamente el primer asalto. En el segundo fueron forzados a ceder después de una pérdida considerable en ambos lados, quedando los franceses como únicos dueños de todo el edificio.

El mismo día 18 se apoderaron del Arrabal. Pequeñas casas de campo y miserables chozas a medio destruir fueron atacadas con la misma cautela y cuidado que la fortificación más inexpugnable. La ejecución de las paralelas, trincheras y baterías les había ocupado durante veintidós largos días de trabajo. A las siete de la mañana cincuenta piezas comenzaron un fuego de gran virulencia que, al mismo tiempo que derruían las débiles casas del Arrabal, impedían que los habitantes recibieran socorro a través del puente, ya que este estaba tomado por los flancos mediante varias piezas que ya habían destruido los pretilos. El bravo barón de Warsage, que fue encargado desde el comienzo del ataque del mando de esta zona, fue abatido en el puente cuando se incorporaba a su puesto.

A las dos de la tarde, después de siete horas de fuego continuo, todos los parapetos estaban destruidos y los defensores tiraban al descubierto. El convento de San Lázaro, situado en la orilla del río, fue atacado a través de una enorme brecha. La resistencia fue la que debía ser y un pequeño número de guardias españoles y voluntarios de Fernando VII, debilitados por las privaciones, las fatigas y la enfermedad, lograron mantenerse por algún tiempo. La mayoría se dejó matar y el resto cedió a las fuerzas que se impusieron por su superioridad.

La toma de este convento cortó la retirada a los defensores del Arrabal e hizo imposible su sostenimiento puesto que no podían sacar de la plaza ni víveres ni municiones. Estos bravos soldados, sin embargo, determinados a no rendirse, combatieron de calle en calle con coraje, pero siempre perdiendo hombres y terreno. Se encontraron divididos en dos columnas por las maniobras del enemigo. Una columna efectuó su retirada hacia la ciudad y atravesó el puente bajo una lluvia de balas, proyectiles y obuses que los barrieron desde los flancos. Los supervivientes lograron entrar después de enormes pérdidas. La otra tomó la generosa decisión de atravesar las líneas de los asaltantes y salieron siguiendo la orilla del río. Esta empresa tan temeraria no fue acompañada del éxito. Después de haber vencido los primeros obstáculos fueron alcanzados por la caballería manteniendo un nuevo combate y, agotados por el cansancio y sin municiones, los valientes soldados se rindieron en número de mil quinientos hombres. Estaban bajo las órdenes

del general Manso, comandante de guardias españoles. Nuestras pérdidas en el Arrabal fueron de alrededor de dos mil hombres, incluyendo al teniente coronel don Manuel Bayo y al capitán don Blas Gil de Bernabé⁸¹ que habían dirigido las construcciones de esta parte, y que fueron algunos de los que trataron de escapar.

La pérdida de la ribera izquierda del Ebro permitió descubrir al enemigo la única parte de la ciudad que hasta ese momento había sido resguardada de los ataques directos y que, por tanto, no había sufrido los bombardeos. Era el barrio donde nuestros principales establecimientos estaban instalados.

Los asaltantes, creyendo que esta pérdida habría abatido el coraje de los defensores, atacaron el monasterio de los Trinitarios Calzados que se situaba al lado de la universidad. Después de una tentativa inútil para apoderarse directamente penetraron con la ayuda de un explosivo. Los españoles acudieron en socorro de este edificio siendo rechazados hasta la calle del Sepulcro, donde llegaron defendiéndose continuamente mezclándose con el enemigo, lo que les permitió apoderarse de dos piezas que estaban allí colocadas. También aconteció la conquista de una casa que nosotros abandonamos después de una resistencia tal y como solíamos hacer ordinariamente. Cincuenta hombres de ambos lados perecieron.

Al mismo tiempo los asaltantes hicieron explotar en el ataque al centro una mina cargada con mil seiscientas libras de pólvora que destruyó una gran casa situada cerca del teatro. Nos resentimos de esta pérdida tan considerable por la terquedad del oficial responsable de este puesto⁸².

Los franceses rodeaban la plaza con sus fuegos y eran dueños de un tercio del recinto y de un cuarto de la superficie. Seguían extendiéndose cada día y su superioridad en hombres y municiones les daba, especialmente en la guerra subterránea, una ventaja incalculable. Tres galerías de minas bajo el Coso habían sido descubiertas pero otras seis estaban listas y no podíamos aguantar defendiendo más de dos o tres días el lado de la calle que todavía ocupábamos.

La tentativa de don Francisco Palafox de entrar en la plaza había resultado inútil. Toda esperanza de socorro se había desvanecido para largo tiempo. La fuerza del ejército sitiador había aumentado con el regreso de las tropas que habían sido enviadas en su contra, y con la toma del Arrabal todavía se vio más fortalecido.

La epidemia, a pesar de la disminución del número de aquellos que estaban expuestos a sus estragos, eliminaba cada día a más personas. Los que resistían a su influencia sucumbían al peso de la fatiga. Quedaban menos de nueve mil hombres para el servicio. Los civiles habían disminuido en una proporción más aterradora todavía; no había ni un hospital ni remedio posible para los enfermos.

El general al mando, que durante un mes no había salido de su cámara, también sufría la terrible enfermedad y apenas podía atender las obligaciones de su gobierno. Sentía su progresivo debilitamiento y sabiendo perfectamente que la plaza no resistiría largo tiempo, sobre todo

cuando la influencia de su carácter cesara de mantener la energía de los zaragozanos, no quería que se le imputara el retraso de un paso que se había hecho inaplazable. De esta forma envió a su edecán Casellas a proponer al duque de Montebello aceptar el proyecto de capitulación que este mariscal le había ya ofertado, añadiendo algunas condiciones; entre ellas la de la devolución de la guarnición a las filas de las tropas españolas y la autorización para tomar un cierto número de carros cubiertos. Estas peticiones de un puñado de soldados moribundos parecieron al mariscal un exceso de arrogancia y, consecuentemente, rechazó la propuesta.

El general Palafox era incapaz de soportar por más tiempo el peso del mando. El 20 por la mañana el general Saint-Marc asumía su puesto. Ya había en la ciudad y en la guarnición rumores y diferencias de opinión que por sí solas hubiesen sido suficientes para no prolongar la defensa, pero una parte de los ciudadanos seguía rechazando toda idea de capitulación. Desde hacía mucho tiempo se vigilaban las barcas cañoneras puesto que se pensaba que los jefes^{xxiii} tenían el proyecto de evadirse por el Ebro. Muchos militares y el propio nuevo gobernador parecían ser de la opinión de resistir todavía. Otros habitantes, los más influyentes y numerosos, creían que era obligado capitular. La mayor parte del ejército también pensó que había hecho lo suficiente para la gloria del nombre español. El general Saint-Marc, sabiéndose extranjero, no podría jamás obtener la confianza unánime necesaria para el mando. Por lo tanto delegó en una junta que él presidía y que estaba compuesta por altos dirigentes militares, civiles, eclesiásticos y algunas personalidades.

El mismo día los franceses prosiguieron su avance. Habían establecido su comunicación por el puente con las tropas de la margen izquierda extendiéndose por las orillas del río. Seguían encontrando la misma resistencia en las casas. Un pequeño número de soldados se precipitó en la iglesia del Santo Sepulcro para adueñarse de ella y recuperar la batería que habían perdido el día anterior. Consiguieron recuperar una pieza pero no pudieron establecerse en la iglesia. Eran las cuatro de la tarde. Entonces cesó el fuego.

Una delegación compuesta por el brigadier don Manuel de la Peña, el regente o presidente de la Audiencia, el padre Basilio y otras personalidades se dirigió a la Casa Blanca, cerca del Monte Torrero, para tratar de la capitulación con el mariscal que había establecido allí su cuartel general. Los zaragozanos, al dar este paso, renunciaban a las exageradas pretensiones que habían mostrado el día anterior. De hecho estaban decididos a aceptar todas las condiciones que fueran compatibles con su honor. El duque de Montebello les recibió primero con frialdad y

^{xxiii} El general Palafox abandonó la plaza durante el Primer Sitio y el pueblo temió que hiciera lo mismo, aunque las circunstancias resultasen diferentes.

seguidamente les exigió, según las órdenes del emperador, a rendirse voluntariamente. Parece ser que Napoleón había puntualizado que no se debía reconocer a España como potencia independiente, obligando a creer en la legitimidad del gobierno de su hermano y, en consecuencia, pretendiendo mirar a todos aquellos que despreciaban su autoridad como simples rebeldes a los que no se podía manejar. Mucho tiempo después, en las conferencias de Morlaix⁸³, reiteró las mismas pretensiones queriendo cuestionar, incluso, si una potencia que tenía ejércitos bastante numerosos, a la que había hecho miles de prisioneros, tenía derecho a tratar su intercambio.

Aunque abatidos y resignados a su suerte los diputados de Zaragoza no estaban dispuestos a aceptar una propuesta que, de hecho, no era ninguna propuesta. El mariscal no insistió aunque el nombre de Fernando VII no fue admitido en el preámbulo. Los principales artículos de la capitulación consistían en que la guarnición saldría por la Puerta del Portillo el 21 a las ocho horas con honores de guerra; que Palafox sería considerado prisionero de guerra y conducido a Francia; que los oficiales conservarían sus espadas, caballos y pertenencias y los soldados sus mochilas; que los militares que quisieran servir al rey José serían inmediatamente admitidos a su servicio; que los paisanos registrados serían devueltos a sus hogares; y que las propiedades y el culto quedaban garantizados. Este acto fue redactado en la Casa Blanca, en nombre de los zaragozanos, por los miembros de la delegación y aprobado por el mariscal.

La capitulación fue transcrita el 24 de febrero en la Gaceta de Madrid, publicada por el gobierno del rey José y dos días después en *Le Courrier d'Espagne*, imprimiéndose en francés en la misma capital^{xxiv}. Cuando la delegación de Zaragoza fue a presentar al rey José que la ciudad venía a reconocer el testimonio de su fidelidad y decirle que la defensa obstinada que habían hecho por los Borbones era una garantía de la constancia con que serían devotos de la nueva dinastía, citaron expresamente *la capitulación que el duque de Montebello había acordado*.

Estos detalles parecen insignificantes pero deben dejar de ser considerados como tales cuando se recuerda que Napoleón, inflexible en sus principios, defendió que se omitiera la cuestión de la capitulación haciendo publicar que la ciudad se había rendido voluntariamente. Este rumor, demasiado extendido y consolidado hasta hoy, no perjudicaba a los aragoneses que ya habían adquirido suficiente honor en el Sitio para no tener que esperar a las condiciones de la rendición. Pero el propio mariscal Lannes, habiendo comprometido su palabra, rindió justicia al coraje con el que nosotros habíamos rechazado lo que incluso se había concedido a los que no se defienden.

A las siete de la tarde la delegación volvió a entrar por la misma puerta. El pueblo, siempre inconstante, murmuraba aún. El grupo de los partidarios de la defensa, si no era el más numeroso, sí que era el más fuerte y el más decidido. Se decía que algunos de sus dirigentes habían

^{xxiv} Y que fue suprimida quince días después por orden del emperador, a causa de esta indiscreción “y de otras casi igual de culpables”.

planeado apoderarse de la artillería y de las municiones y forzar las pocas tropas que les quedaban para seguir su desesperada resolución. Los delegados no se atrevieron a cruzar la ciudad con este estado de ánimo y se retiraron a la Aljafería, donde participaron a la junta del resultado de su misión.

El brigadier don F. Marcó del Pont⁸⁴, coronel de granaderos de Palafox y comandante del Portillo, fue el primero en tomar medidas para impedir una nueva revolución que podía haber tenido fatales consecuencias, y el ejemplo que dio fue seguido por los comandantes de la Misericordia y la Puerta de Sancho. Así, durante toda la noche del 20 al 21, se añadieron a la vigilancia de los movimientos del enemigo, las precauciones para evitar el levantamiento del pueblo, que finalmente optó por resignarse a su suerte.

El 21 al mediodía alrededor de doce mil hombres débiles, pálidos y moribundos, donde la octava parte ya era portadora del germen del contagio en su sangre, salieron de entre las cenizas y las ruinas y, desfilando por la Puerta del Portillo, entregaron a sus valerosos enemigos las armas que ya no tenían fuerzas para sostener. Fueron llevados a los campos franceses el 23, y el 24 se procedió a darles raciones de pan.

La capitulación fue observada con bastante exactitud por parte del mariscal Lannes. Los emigrantes franceses que se hallaban en nuestras filas siguieron la suerte de los demás presos. El general Palafox fue conducido en carruaje a Francia donde, después de algún tiempo bastante duro de cautividad, recibió toda la atención debida a su rango y sus cualidades. El artículo que ofrecía la posibilidad a todos los militares de entrar al servicio del rey José, que en lugar de ser trasladados a Bayona serían llevados a Madrid, fue aprovechado únicamente por un número muy reducido de ellos.

Los oficiales franceses, en general, parecían apreciar el sacrificio de la guarnición. El general Morlot hizo el 22 por la noche los honores de una comida que sirvieron a varios de los comandantes de los diferentes cuerpos, en la cual les trataron con la mayor amabilidad y les hizo recuperar los caballos que los soldados habían confiscado.

Los franceses encontraron en la ciudad noventa y seis piezas en buen estado. Contaban al principio con un armamento de ciento cincuenta piezas, pero una parte estaba fuera de servicio por su propio fuego o por el de los sitiadores. Otras habían sido capturadas en el Monte Torrero o en el ataque al Arrabal. Las que fueron tomadas en los ataques a las casas conformaban el número más reducido de las que habíamos perdido. Las balas no faltaban todavía, en proyectiles huecos no quedaban más que granadas y no había almacenes de pólvora.

Los asaltantes encontraron reservas de trigo, vino y aceite. También quedaba dinero en el tesoro aunque el salario estaba pendiente de pago de varios meses.

El espacio conquistado por los franceses era la cuarta parte de la superficie de la ciudad, con exclusión del Arrabal. Habían conseguido tomar trece iglesias o conventos y todavía nos quedaban cuarenta más por defender.

El bombardeo de cuarenta y dos días, que consumió dieciséis mil bombas, había dañado muchas casas; algunas no habían sido alcanzadas por las minas pero otras habían quedado completamente derruidas.

Durante el asedio perecieron en la ciudad cincuenta y cuatro mil personas, de las cuales una cuarta parte eran militares. La mayoría había sucumbido por el contagio de la epidemia. El fuego del enemigo solo hizo perecer a seis mil hombres.

El día de la capitulación todavía seis mil muertos estaban apilados delante de las iglesias, arrojados en fosas en los cruces de calles, extendidos a lo largo de estas o mezclados con los escombros. El vencedor se vio obligado a reclutar paisanos en los alrededores para enterrar los cadáveres cuyo abandono extendía, entre aquellos que habían sobrevivido, el mal al cual habían sucumbido^{xxv}.

A la agitación de los combates, a esta exaltación que nunca había sido tan fuerte como en los últimos días del asedio, sucedió, por una reacción súbita, la calma de la muerte. Todos aquellos que pudieron esperar a encontrar un asilo fuera de esta desdichada ciudad y que conservaron las fuerzas para dejarla atrás, se apresuraron a abandonarla para escapar de las influencias nocivas de un aire emponzoñado. Mientras tanto, del reducido número de habitantes que quedó, más de mil murieron durante los primeros diez días que siguieron a la capitulación.

Las tropas francesas fueron alejadas por sus jefes lejos de esta zona funesta. Únicamente entraban los hombres necesarios para el servicio diario. El cadáver de la Zaragoza abandonada por sus defensores todavía parecía imponer respeto a sus temibles conquistadores.

Una solemnidad religiosa reunió, días más tarde, a sus habitantes en el santuario venerado de Nuestra Señora del Pilar. El padre Santander, obispo auxiliar, predicó delante del mariscal duque de Montebello acerca de la obediencia o más bien la resignación frente a la fuerza que había sometido la ciudad. El mariscal obtuvo en nombre de Zaragoza las consideraciones que merecía y, después de él, la administración del mariscal Suchet cicatrizó sus heridas o al menos borró las huellas tanto como resultaba posible a un gobierno extranjero.

Esta conquista costó a los franceses uno de sus mejores generales, varios oficiales de un gran mérito, un tercio de las tropas de ingenieros empleadas en el sitio y muchas otras pérdidas en las diferentes armas. Cuarenta y cinco mil libras de pólvora se utilizaron solo para las minas. El resto de consumos de cualquier tipo resultaban incalculables. Hubo sesenta días de trabajo, contando desde el momento en el que se empezaron a establecer las comunicaciones con el

^{xxv} Montañas de muertos, privados de honores supremos,
Que la naturaleza fuerza a que se venguen ellos mismos,
Y cuyos torsos putrefactos exhalan en el viento
A los supervivientes de hacer la guerra.
CORNEILLE

Monte Torrero, de los cuales ocho se emplearon para estar en disposición de derrotar las obras construidas, veintinueve para ocupar el recinto y veintitrés en la guerra de las casas.

Tan memorable fue esta guerra que ha igualado el nombre de Zaragoza a otros como Numancia y Sagunto. La generosa predisposición de los habitantes fue valerosamente secundada por la guarnición. En las tropas de infantería de línea se distinguieron constantemente los cuerpos de élite de los guardias españoles y valones, el batallón suizo y el segundo de los voluntarios de Aragón; en cuanto a las tropas aragonesas destacó por encima de todas el regimiento de Perena. La artillería mantuvo la reputación que este cuerpo mantenía desde hacía mucho tiempo de ser de uno los primeros de Europa. Los granaderos de marina se mostraron dignos de formar parte de él. En cuanto a los oficiales de ingenieros, el mero testimonio del Sitio es precisamente la fiel muestra de sus trabajos⁸⁵.

Alejado de los lugares que podrían proporcionarme informaciones más exactas, y reducidas estas únicamente a aquellas que he podido rescatar de mi memoria y a las compartidas por algunos amigos, habré olvidado sin duda hechos seguramente gloriosos, y habré omitido nombres que hubieran merecido ser mencionados por una pluma más experta que la mía. ¡Que sea al menos este homenaje a mi Patria, a los jefes bajo los cuales he servido y a mis valientes compañeros una prueba de los sentimientos que me unen a ellos!

¡Oh mi Patria, arrojado por el destino a regiones distantes⁸⁶, ya no puedo continuar ofreciéndote esta vida que he descrito para ti! Convertido en extranjero⁸⁷ sobre tu tierra, no estoy destinado a ello. ¡Que puedas tú, siempre noble, feliz y poderosa, florecer bajo el monarca que el cielo te ha devuelto con tus deseos ardientes y tus generosos esfuerzos! Si para conseguir tu felicidad y para que reine la paz en tu interior, aquellos que querían vivir por su Patria mueren lejos de la tierra que les vio nacer, me someteré a mi suerte sin rechistar; pero en cualquier lugar al que me empuje el destino, mi corazón se alegrará siempre al conocer tus éxitos. No recordaré nunca España sin cierto placer, ni Zaragoza sin cierto orgullo.

Recibid también el homenaje de mi reconocimiento, rey magnánimo⁸⁸ de un pueblo generoso que se dignó a proteger mi destino, que después de haber reunido por la felicidad común a todos los franceses divididos en partidos, acogió sobre vuestra tierra hospitalaria a estos extranjeros que, también divididos una vez ahora están unidos por un infortunio común. ¡Que puedan, durante muchos años, vuestras virtudes y vuestra sabiduría hacer feliz a la gran nación confiada a vuestros cuidados paternales, y servir de ejemplo a todos los soberanos!

4.3. NOTAS DEL EDITOR POR APARTADO

PORTADA

- [1] Aunque el propio Caballero, a lo largo de toda su vida, utilizó indistintamente las letras lbl y lvl en su apellido, en el presente texto se opta por la grafía *Caballero*.
- [2] M. L. V. (Victor Laurent Suzanne Moïse) Angliviel de la Beaumelle, ingeniero militar nacido en 1772 en Mazères y fallecido en 1831 en Río de Janeiro, fue hijo de Laurent Angliviel de la Beaumelle, famoso y polémico escritor francés calvinista. Aparte de traducir varias obras teatrales españolas escribió algunos libros de cierto recorrido, entre ellos una *Historia del Imperio de Brasil*.
- [3] Quinto Horacio Flaco (65 a. C. - 8 a. C.) publicó los tres primeros libros de las *Odas*, consideradas la obra cumbre de la lírica romana, en el año 23 a. C. En concreto esta cita pertenece al tercer libro.

NOTA DEL TRADUCTOR

- [4] Antoine de Ville (1596-1658), habitualmente conocido como el caballero de Ville, fue un ingeniero muy conocido gracias a la publicación y rápida difusión de su tratado sobre fortificaciones que estableció el comúnmente denominado “método francés”.
- [5] En 1785 el ingeniero y general francés Jean Claude Eléonore Le Michaud d’Arçon (1733-1800) escribió la obra *Conseil de guerre privé sur l’événement de Gibraltar en 1782*, recogiendo sus impresiones sobre el fallido ataque francés al enclave británico en 1782. Posteriormente, en 1795, publicó *Considérations militaires et politiques sur les fortifications*.
- [6] Después de la victoria napoleónica en la batalla de Jena las plazas prusianas de Magdeburg, Kostrzyn nad Odrą (en alemán Küstrin y en francés Custrin) y Hameln resultaron célebres puesto que sus comandantes asumieron la imposibilidad de defender las posiciones contra la ofensiva de las tropas francesas y las rindieron prácticamente sin oponer resistencia, aunque en el caso de Magdeburg no resultase exacto.
- [7] En Francia se denomina *Guerra de España* a la resistencia frente a la invasión de las tropas napoleónicas.
- [8] Lazare Carnot (1753-1823) fue un ilustre ingeniero francés que desarrolló una extensa e importante actividad política a partir del triunfo de la Revolución. Angliviel se refiere a la obra publicada en 1810 titulada *De la défense des places fortes. Ouvrage composé pour l’instruction des élèves du Corps du Génie*.
- [9] El ingeniero francés Sébastien Le Prestre, marqués de Vauban y llamado comúnmente Vauban (1633-1707), alcanzó la fama por su habilidad tanto en el diseño de fortificaciones como en su conquista. De hecho sus textos han seguido utilizándose hasta épocas muy recientes en todas las escuelas de ingeniería militar del mundo.
- [10] Louis de Cormontaigne (1695-1752), discípulo de Vauban, fue uno de los ingenieros franceses más destacados de la primera mitad del siglo XVIII. Sus obras escritas relacionadas con las fortificaciones y el ataque y defensa de las plazas adquirieron gran notoriedad en toda Europa.
- [11] Charles Mordaunt, conde de Peterborough (1658-1735) fue un militar inglés con gran actividad política durante toda su vida. Desarrolló un papel muy destacado, y ciertamente discutible, en la Guerra de Sucesión española. En cualquier caso su carácter osado e infatigable le hizo especialmente conocido en su tiempo.

- [12] Pierre-Alexandre-Laurent Forfait (1752-1807) fue un ingeniero naval francés que diseñó numerosos navíos de todo tipo. Después de cierta actividad política en la Francia posrevolucionaria, llegó a ser ministro de Marina en el primer gobierno de Napoleón después del 18 de brumario.
- [13] *No es asunto nuestro resolver tales conflictos*. Es una cita extraída de la *Égloga III: Palemón*, de Virgilio (70 a. C. - 19 a. C.) incluida en las *Bucólicas*.

PRÓLOGO

- [14] El general Kléber, al mando de los restos del ejército francés tras la apresurada vuelta del todavía general del Directorio a Francia en agosto de 1799, firmó el convenio de El-Arish en enero del año siguiente con los turcos otomanos y los británicos. En el tratado se establecía el permiso al ejército francés para retirarse honorablemente a través del territorio del Imperio Otomano. Una vez que se inició la Guerra de la Segunda Coalición, el gobierno inglés rehusó ratificar el acuerdo y comenzaron nuevamente las acciones bélicas. En una de estas acciones los franceses consiguieron reconquistar El Cairo después de la batalla de Heliópolis, en la que 10.000 franceses derrotaron a 60.000 otomanos. Como curiosidad cabe indicar que el general Lacoste, comandante de ingenieros de las tropas imperiales durante los dos Sitios de Zaragoza, al menos hasta su fallecimiento, participó en dichas acciones en calidad de capitán de segunda.
- [15] El 25 de julio de 1713 comenzó el Sitio de Barcelona, en el cual las tropas francesas y castellanaragonesas comandadas por el duque de Pópoli asediaron la ciudad condal defendida por soldados catalanoaragoneses y tropas austrohúngaras. Once meses después del inicio de las operaciones y tras demostrarse la ineficacia de la estrategia desarrollada hasta entonces, el mariscal duque de Berwick relevó a Pópoli. Finalmente el 12 de septiembre de 1714 la ciudad capitulaba para ser ocupada al día siguiente.
- [16] Efectivamente Joseph Rogniat publicó una descripción de los hechos acaecidos durante el Segundo Sitio de Zaragoza, o de manera más precisa el único Sitio de la ciudad ya que los franceses nunca consideraron al Primero un asedio en toda regla. La obra se publicó como *Relation des sièges de Saragosse et de Tortosa par les français* en 1814. Y como se ha dicho no aparece en ella prácticamente ninguna mención al Primer Sitio, atendiendo a la denominación española. En cualquier caso, de haberlo pretendido, solo podría haber descrito las acciones del asedio anterior a través de otras fuentes ya que llegó a Zaragoza durante los preparativos del Segundo Sitio.
- [17] *Quæque ipse miserrima vidi, et quorum pars magna fui*. Frase extraída de la *Eneida* de Virgilio y que puede ser traducida como *Cuántas cosas horribles vi, y en cuántas participé*.
- [18] El flamenco Jorge Próspero de Verboom (1665-1744) fue el creador del Real Cuerpo de Ingenieros en 1711. Su padre era Cornelius Verboom, ingeniero mayor de los Países Bajos Españoles. Fue alumno de la prestigiosa *Academia Real y Militar del Ejército de los Payses-Baxos* creada en Bruselas en 1675 por Sebastián Fernández de Medrano.
- [19] Francia había sentado las bases de la docencia reglada de la ingeniería con la creación de dos escuelas a mediados del siglo XVIII, la *École des ponts et chaussées* (1747) de París y la *École du génie* (1748) de Mézières. La ingeniería dejaba de ser una actividad que se transmitía por mero aprendizaje de la profesión, para convertirse en una disciplina científica susceptible de ser reglada matemática, física y gráficamente. La decisión resultó un éxito y convirtió a los ingenieros franceses en los profesionales mejor preparados de su tiempo.
- Es posible que el origen hidalgo de Manuel Godoy, unida a la escandalosa incapacidad de la mayor parte del estamento nobiliario que dominaba la España de Carlos IV, provocara que buscara maneras de introducir planteamientos meritocráticos, contrarios a los tradicionales criterios de sangre, en la

formación de los futuros funcionarios del país. Y sin duda la ingeniería, ya fuera en su ámbito civil o militar, resultaba una disciplina estratégica como había demostrado la experiencia francesa.

- [20] La Academia de Alcalá de Henares, centro educativo del Real Cuerpo de Ingenieros del Ejército, realmente se inauguró el 1 de septiembre de 1803 a imagen y semejanza de la *École de Mézières* que curiosamente había sido ya clausurada en febrero de 1794. En cualquier caso el proyecto educativo definido embrionariamente en Mézières cristalizó completamente en la nueva *École Centrale des Travaux Publics*, posteriormente denominada *École Polytechnique*, creada a finales del mismo año de 1794.
- [21] El general aragonés Vicente Ferraz redactó la Ordenanza de 1803 en la que organizaba definitivamente, siguiendo puntualmente las indicaciones del ingeniero general José de Urrutia, los tres aspectos claves del cuerpo: competencias, centros de formación y unidad operativa. Es decir, se establecían completamente las reglas y directrices de la institución, ya exclusivamente militar puesto que pocos años antes se había escindido la rama de obras civiles.
- [22] La *École Polytechnique* tomó su nombre definitivo el 1 de septiembre de 1795. El sistema de docencia, desarrollado por Gaspard Monge –antiguo profesor de Mézières– consistía en asumir que los estudios de cualquier rama de ingeniería debían basarse en una preparación muy exigente en las disciplinas de matemáticas, física, mecánica y química. La comprensión de los conceptos necesarios aseguraba que cualquier alumno era capaz de adquirir posteriormente el conocimiento específico de la rama ingenieril finalmente escogida. De acuerdo a este planteamiento los primeros dos años del programa estaban dedicados exclusivamente a las ciencias fundamentales y las asignaturas propias de ingeniería se concentraban en el tercer curso. En pocos años este planteamiento inicial varió hasta que la *polytechnique* se convirtió en el centro donde se impartían los cursos básicos de matemáticas y ciencias naturales. Posteriormente los egresados, en función de su expediente académico, podían elegir las escuelas específicas de ingeniería, denominadas *écoles d'application*, donde finalizar su formación. Estas escuelas eran cuatro:
- *École des Ponts et Chaussées*.
 - *École des Mines*.
 - *École du Génie*.
 - *École d'Artillerie*.
- [23] El gusto por lo francés suponía en la España de finales del siglo XVIII la sofisticación y el acceso a un nivel cultural mucho más desarrollado que el existente en el país. Los ingenieros eran una de las profesiones u ocupaciones que además necesitaban nutrirse constantemente de los avances del país vecino para incorporarlos a su labor profesional. Esta proximidad y conocimiento de los valores franceses supone una de las características más acusadas del cuerpo y merece un profundo estudio que explique de manera crítica el comportamiento del colectivo de ingenieros durante la Guerra de España y posteriormente en el oscuro reinado de Fernando VII.
- [24] Resulta curioso el celo y cuidado con el que Caballero critica la opinión de su benefactor Rogniat. Aunque esté en absoluto desacuerdo con él, como va a reflejar repetidamente en la totalidad del relato, la crítica es muy tenue y estrictamente técnica, aspecto lógico si se tiene en cuenta la situación de extrema necesidad del autor.
- [25] Es la primera crítica expresa de Caballero a la capacidad técnica de los mandos militares de la ciudad. No solo no es la última sino que se va a convertir en una tónica constante a lo largo de todo el texto. Con un recurrente halo de amargura el autor volverá una y otra vez a poner en tela de juicio la pericia de los responsables de las tropas.
- [26] La *desenfilada* es la construcción defensiva que se ejecuta para preservar una obra de fortificación de las enfiladas enemigas. Y una *enfilada* es una zona de terreno que descubre un puesto de defensa según la longitud de una línea recta.

- [27] En fortificación se denomina *flanqueo* a la construcción defensiva destinada a apoyar a otra situada de manera inmediatamente contigua.
- [28] El conde de Chamilly resultó muy famoso en Francia por su destacado papel en la defensa de la ciudad de Grave frente al asedio de las tropas de Guillermo III de Orange en 1674.
- [29] *Reducto* es el nombre genérico que se otorga a muchos diferentes tipos de obras de fortificación, tanto permanentes como temporales.

PRIMER SITIO

- [30] La *toesa* era una unidad de longitud eminentemente francesa utilizada fundamentalmente en caminos y fortificaciones. Equivalía a seis pies de París, es decir unos siete pies castellanos y por lo tanto 1.950 milímetros aproximadamente. Fue introducida en España por los Borbones y por los libros franceses de ingeniería.
- [31] Es lógico pensar que Caballero se refiere a los pies castellanos, o pies de Burgos, que equivalían a 279 milímetros. De esta manera la profundidad de los pozos se situaría entre 8 y 10 metros aproximadamente.
- [32] En el texto se va a utilizar la letra mayúscula para nombrar al barrio del Arrabal, situado en la margen izquierda del Ebro, y precisamente en el arrabal de la ciudad, entendido este como grupo de viviendas y comercios adyacentes a los caminos de Barcelona y Villanueva en las inmediaciones del Puente de Piedra.
- [33] Caballero se refiere a la postura que adoptó la Corona de Aragón, y más concretamente Zaragoza, a favor del archiduque Carlos de Habsburgo durante la Guerra de Sucesión.
- [34] El autor hace referencia al peculiar ambiente que se vivía en la España insurrecta contra el invasor. La efervescencia patriótica escondía más matices que los tradicionalmente asumidos por la historiografía del siglo XIX y XX. Quizás y solo quizás, Caballero es muy prudente en este aspecto durante todo el relato, detrás del pretendido orgullo nacional residía la posibilidad de subvertir el orden social y posibilitar a las clases más humildes ascender a puestos de alta responsabilidad.
- [35] Jorge Juan Guillermi y de Andrada nace en Sevilla el 6 de enero de 1734. Es decir, en 1808 tiene una edad de 74 años. Como Caballero indica, su rango era teniente coronel de infantería y capitán del Real Cuerpo de Artillería.
- [36] De manera sucinta Caballero alude al traspaso de poderes aparentemente legal ocurrido entre la dinastía borbónica y la napoleónica. En esta ocasión no se vislumbra si el autor trata de justificar la actitud de la Junta o a él mismo.
- [37] Francisco Solano y Ortiz de Rozas (1768-1808), marqués del Socorro (no confundir con su padre José Solano y Bote), capitán general de Andalucía, es asesinado en Cádiz por una turba enfurecida la noche del 28 de mayo de 1808. Solano había servido en el ejército francés a las órdenes del general Moreau, al que posteriormente había ofrecido ayuda después de su destierro.
- [38] El 31 de mayo de 1808, en Valladolid, el capitán general de Castilla Gregorio García de la Cuesta (1741-1811) es obligado a organizar un ejército bajo la amenaza del pueblo enfervorecido.
- [39] Es la primera ocasión en la que Caballero se refiere de manera explícita a la lógica de la insurrección, o mejor dicho a la lógica del no-levantamiento. Da la impresión de que por “personas bien nacidas” alude a todas aquellas que disponen de la cultura y formación y suficiente. En cualquier caso las líneas no llegan a delatar con precisión la opinión del autor y simplemente introducen la idea de que, al menos, esas personas con una mínima preparación necesitaban más información para tomar las decisiones oportunas, aunque nunca de manera violenta en primera instancia.

- [40] Nuevamente la ambivalencia de Caballero respecto a la actitud frente al gobierno napoleónico se deja notar.
- [41] Recordemos que Caballero jura fidelidad a José I durante su estancia en el campo de prisioneros de Chalons-sur-Marne y que tal circunstancia marcará su vida de forma indeleble desde ese mismo instante. Da la sensación de que, independientemente de su condición de héroe por haber formado parte de la desesperada defensa de la ciudad durante los dos asedios, Caballero trata de justificar la labor de los españoles que no apoyaron el levantamiento y que se limitaron a proseguir con su trabajo de funcionarios gubernamentales sin discutir la autoridad superior. Dado que el traspaso de poderes fue pactado, aunque fuera de manera forzosa, no era objeto de evaluación la naturaleza del poder. Por otro lado resulta igualmente interesante la alusión de Caballero a que Palafox era poco más o menos que un rehén del pueblo enfervorizado. Y efectivamente debía ser así puesto que si el general no hubiera aceptado las exigencias revolucionarias con seguridad hubieran propuesto a otro que sí lo hiciera. Quién sabe si, incluso, con riesgo de su propia vida.
- [42] El autor se refiere a Martín Xavier Mina Larrea (1789-1817), sobrino del también general Francisco Espoz y Mina, y conocido como Mina el Mozo o Mina el Estudiante. Después de los Sitios de Zaragoza volvió a su tierra navarra organizando las numerosas y anárquicas partidas independientes en el Corso Terrestre de Navarra y hostigando sin descanso al ejército francés hasta su captura en 1810. Estuvo preso hasta 1814 en Francia compartiendo prisión con Palafox en el castillo de Vincennes. De vuelta a España, y tras intentar apoderarse conspirativamente de la ciudadela de Pamplona, se exilió en Inglaterra, desde donde partió a México para luchar por la independencia del país norteamericano.
- [43] La decisión de los ingenieros de dejar la Academia de Alcalá de Henares para partir a Valencia y Zaragoza se conoce habitualmente como la *Gesta de los Zapadores* y ha sido motivo de un famoso cuadro de Augusto Ferrer-Dalmau. Las motivaciones de tal hazaña son tan amplias y complejas que merecerían un pormenorizado y exhaustivo análisis todavía por llevar a cabo.
- [44] La brutal represión de los sucesos del 2 de mayo en Madrid corrió como la pólvora a lo largo y ancho de los pueblos y ciudades españolas. De esta forma se fomentó la idea de que había poco que esperar de la dominación francesa.
- [45] El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua define *golpe de mano*, en su acepción militar, como acción violenta, rápida e imprevista, que altera una situación en provecho de quien la realiza. En este caso el término *golpe de mano* está traducido literalmente del *coup de main* original.
- [46] Aunque en la obra original el apellido se cite como *Beillan*, y parezca lógico pensar que así lo escribiera Caballero sin corrección alguna de Angliviél, se utiliza la grafía correcta del apellido: *Veyán*. Resulta por tanto evidente que los dos ingenieros no tuvieron demasiado contacto durante el primer asedio puesto que en el segundo no consta la intervención de Veyán en ningún momento.
- [47] El comandante del puesto de defensa del puente de América en Torrero fue el teniente coronel de artillería Vicente Falcó, al que se responsabilizó de manera injusta de la derrota. Fue arrestado inmediatamente y arcabuceado poco después de concluir el primer asedio, concretamente el 22 de agosto.
- [48] Aunque estuviera permanentemente vigilado como se ha explicado anteriormente.
- [49] Caballero se refiere a Juan Francisco de Paula Gregorio, teniente de ingenieros al comenzar el primer asedio y que fue nombrado comandante de la batería del Portillo desde el 1 julio. Nombrado capitán en 1809, fue apresado tras la capitulación de la ciudad, quedándose en Pamplona y evitando, de esta manera, el traslado a los depósitos de prisioneros franceses.
- [50] La *cresta de la contraescarpa* es la coronación del revestimiento del lado exterior del foso de una obra de fortificación.
- [51] El autor se refiere a Agustina Raimunda María Zaragoza y Doménech, llamada popularmente como *Agustina de Aragón*.

- [52] El 19 de julio de 1808 tuvo lugar la batalla de Bailén junto a la ciudad jienense del mismo nombre. Esta batalla es recordada por ser la primera derrota de la historia en campo abierto del ejército napoleónico.
- [53] José Bonaparte llegó a Madrid el 20 de julio y fue proclamado rey el día 25 de julio. El 31 de julio, tras conocerse la derrota en Bailén, sale con dirección a Burgos.
- [54] Francisco Casimiro Marcó del Pont (1765-1819) es nombrado erróneamente por Caballero como Marco Delpon. No da la impresión de que sea un error de transcripción de Angliviel.

SEGUNDO SITIO

- [55] Caballero se refiere al rey José, hermano de Napoleón.
- [56] El relato de las vicisitudes soportadas por el coronel Manuel Pueyo resulta estremecedor y difícil de entender en un cuerpo tan aparentemente solidario como el de los ingenieros. Que Caballero asuma su parte de culpa por no haber ayudado en la exculpación coloca la lupa sobre su propia conducta y la del resto de sus compañeros, incluido Antonio Sangenís que asumió el mando tras la encarcelación de su superior.
- [57] La ciudad de Tarifa fue repetidamente atacada por los franceses durante todo el período de ocupación napoleónica. El asedio al que se refiere Caballero es el del invierno de 1811-1812 en el que los franceses, además de enfrentarse a los defensores hispano-británicos, tuvieron que hacer frente a incesantes precipitaciones que anegaron los campamentos y trincheras del ejército sitiador.
- [58] La *escarpa* es el nombre que recibe el declive, talud o plano inclinado exterior que forma el parapeto o muralla, dependiendo de que sea de tierra o de mampostería. Comienza en la coronación de dicho parapeto o muralla y termina en el fondo del foso.
- [59] La *luneta* es una pequeña media luna que se construye sobre la prolongación de la capital de una media luna o de un ángulo entrante del camino cubierto, más allá de la explanada. Puede ser de planta regular o irregular, según el terreno existente, y en la mayoría de las ocasiones está ejecutada en tierra sin revestimiento, con foso y camino cubierto. Sirve para contener lejos de la plaza al sitiador, que no puede atacar el camino cubierto sin hacerse primeramente dueño de la luneta.
- [60] La *tenaza* es una obra de campaña que se construye para fortificar la cabeza de un puente.
- [61] La *cortina* es el lienzo de muralla que existe entre dos baluartes consecutivos. Es la parte del recinto comprendida entre dos flancos que están opuestos y, en consecuencia, el punto mejor defendido de una plaza, de tal modo que resulta complicado que los sitiadores dirijan hacia allí sus ataques.
- [62] El *baluarte plano* es aquel que tiene el centro completamente terraplenado y a nivel con el terraplén de la muralla.
- [63] Las *flechas* son pequeñas obras de fortificación compuestas por dos caras. Se colocan al pie de la explanada delante de las plazas de armas del camino cubierto para retardar la aproximación del enemigo.
- [64] Los *gaviones* consistían en canastas altas de mimbre trenzada llenas de tierra y escombros destinados a proteger los puestos de artillería.
- [65] Una *casamata* es el nombre que recibe cualquier construcción sólida destinada a albergar cualquier tipo de arma defensiva.
- [66] Aunque transcrito en el texto como Villalva no hay duda de que el autor se refiere a Luis Gonzaga de Villaba y Aybar (1751-1815), zaragozano que llegó a la ciudad en el período entre los dos asedios al mando de la división murciana. Rápidamente asumió el mando de las unidades de artillería del recinto.

- [67] Rodríguez Landeyra y Galiay, al respecto de los contingentes españoles incluidos en el texto de Caballero dicen textualmente que *su relato es más apreciable por el juicioso cálculo del contingente total y de los parciales de cada arma, que por la exactitud en el número de cuerpos y designación de ellos*. En definitiva se alude nuevamente a la única fuente a la que Caballero recurrió para escribir su obra, su memoria.
- [68] Se refiere a los mariscales Moncey y Mortier respectivamente.
- [69] Caballero se refiere a la ignominiosa ejecución del teniente coronel Falcó citada anteriormente.
- [70] Según otros autores el capitán agregado de ingenieros Pablo Defay murió el 3 de febrero y no el 22 de diciembre como indica Caballero.
- [71] Rodríguez Landeyra y Galiay recogen una nota en su libro, en este mismo punto, apuntando que la denominada epidemia fue diagnosticada como *tifus maligno por el notable catedrático Sr. Royo Villanova, después de curiosos estudios hechos en la materia*.
- [72] El autor equivoca la edad de Antonio Sangenis, que murió sin haber cumplido los 42 años. Igualmente parece equivocar el día puesto que de acuerdo al relato parece fallecer el 28 de enero cuando fue realmente el 12 de febrero. De todas maneras merece la pena incluir la duda que asalta a Rodríguez Landeyra y Galiay puesto que aunque la mayoría de los historiadores dan por correcta la fecha del día de 12, Casamayor la sitúa el 11 de enero y *la rebusca minuciosa que hemos hecho en los libros parroquiales de Zaragoza, para aclarar este extremo con el único testimonio irrecusable, no dio éxito. En ninguno de ellos figura la partida de defunción de San Genis*.
Sí que acierta en la fecha de la muerte de Lacoste que, efectivamente, corresponde al 1 de febrero.
- [73] Como se ha explicado anteriormente la Ordenanza del Real Cuerpo de Ingenieros se publicó en 1803, no en 1801 como se indica en el texto original, y fue redactada por el general Vicente Ferraz.
- [74] Marcos María Simonó, teniente coronel agregado al Cuerpo de Ingenieros, y transcrito en el texto como M. Simonet no muere el 28 de enero durante el ataque a Santa Engracia sino el día 3 de febrero en sitios diferentes dependiendo del autor considerado. Quizás Caballero equivoca el lugar dado que Simonó fue el oficial al mando de la batería de Santa Engracia desde el primer asedio.
- [75] Caballero repite en varias ocasiones el riesgo que suponía para los mandos militares no atender las peticiones de los cabecillas populares, independientemente de que estratégicamente fueran misiones suicidas. Todo indica que aunque efectivamente el mando recaía en Palafox y sus personas de confianza, los muy variopintos representantes sociales ejercían una presión considerable.
- [76] De nuevo el autor se queja amargamente del poco crédito del que gozaban los ingenieros frente a los mandos militares “sociales”. Caballero insiste una y otra vez en el mensaje de que la aproximación técnica al hecho bélico no está reñida con el valor y la vehemencia; muy al contrario estas actitudes impiden frecuentemente tomar las decisiones más adecuadas.
- [77] Recordamos que la tremenda explosión del almacén de pólvora ocurrida durante el Primer Sitio motivó que se decidiera evitar el almacenamiento masivo durante el resto de la contienda.
- [78] Una *caponera* es un doble camino cubierto construido en el fondo de un foso seco justo enfrente del centro de la *cortina* que se quiere atacar. La *cortina* es el lienzo de muralla comprendida entre dos baluartes.
- [79] La calle *Olleta* figura en el texto como calle *Otela*. Se desconoce si el error responde a la memoria del autor o a una incorrecta transcripción del traductor o incluso del editor. La calle de *Olleta* era y es la inmediatamente paralela al Coso, recorriendo el perímetro de la ciudad en dirección a la Puerta Quemada. El error en la denominación de esta calle pudo surgir porque en el relato de Rogniat se alude igualmente a esta calle como *Otela*.

- [80] La calle de las Arcadas se encontraba justo detrás de la muralla referida discurriendo paralela a esta y prácticamente perpendicular al Coso.
- [81] Blas Gil de Bernabé es citado como capitán de ingenieros por Caballero, y posteriormente por Agustín Alcaide, sin duda habiendo tenido acceso al manuscrito de Caballero. De todas maneras no aparece en el escalafón del Cuerpo de Ingenieros por lo que debe ser oficial de gastadores de Sangenis.
- [82] La *terquedad del oficial* al mando responde nuevamente a la poca idoneidad, en opinión de Caballero, de muchos responsables militares.
- [83] El autor se refiere a las numerosas conversaciones mantenidas entre Francia e Inglaterra, principalmente en Morlaix, relativas al canje de prisioneros entre las dos naciones. En ellas Napoleón cuestionó repetidamente que los soldados españoles pudieran entrar en el canje por no poder ser entendida como nación legítima.
- [84] El brigadier don F. Marcó del Pont aparece transcrito en el texto como J. Marco del Pont. Dado que anteriormente, al final del relato del Primer Sitio, aparece con otra denominación tendemos a pensar que responde a un error de traducción o edición.
- [85] Caballero enuncia con orgullo que hubiera sido imposible mantener los asedios tanto tiempo sin el importante papel protagonizado por los ingenieros.
- [86] En el momento de escribir el relato Caballero se encuentra deambulando por Francia en una situación especialmente compleja puesto que su condición de prisionero de guerra acaba de expirar y no tiene ningún medio de subsistencia.
- [87] Al haber prestado fidelidad a José Bonaparte, el gobierno de Fernando VII impidió durante todo su reinado la vuelta de Caballero a España.
- [88] El autor se refiere a Luis XVIII, sucesor en el trono de Napoleón y restaurador de la dinastía borbónica en Francia.

5.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) ALCAIDE IBIECA, Agustín. *Historia de los dos Sitios que pusieron á Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleon*. Tomos I, II y Suplemento. Madrid: Imprenta de D. M. de Burgos, 1830.
- (2) GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José. *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*. Madrid: Imprenta del Crédito Comercial, 1868.
- (3) DAUDEVARD DE FERUSSAC, J. *Diario histórico de los Sitios de Zaragoza*. Zaragoza: Librería de C. Gasca, 1908.
- (4) AYMES, Jean-René. *Los españoles en Francia 1808-1814. La deportacion bajo el Primer Imperio*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1987. pág. 430. ISBN: 84-323-0610-X.
- (5) ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS, [MAPAS, PLANOS Y DOCUMENTOS].
- (6) SITE FOR PRISONERS OF WAR STUDIES. [En línea] [Citado el: 16 de Noviembre de 2019.] Disponible en: <https://ingenieros.hypotheses.org>.
- (7) ZOZAYA, María. *Prisioneros españoles en la Francia napoleónica. El modelo positivo de los espacios de cautiverio de los suboficiales, a través del diario de José M^a Roman (1808-1900)*. Trocadero, n.º 26, diciembre de 2014, págs. 75-106. ISSN: 0214-4212. Disponible en: <https://revistas.uca.es/index.php/trocadero/article/view/2094>.
- (8) VARELA Y LIMIA, Manuel. *Resumen histórico del Arma de Ingenieros en general y de su organización en España*. Madrid: Imprenta Nacional, 1846.
- (9) TORNER, Eusebio. *Servicios militares del Cuerpo de Ingenieros durante la guerra de la Independencia*. Memorial de Ingenieros del Ejército. Madrid, 1908. Núm. V. Año LXIII, Cuarta época, Tomo XXV, págs. 256-312.
- (10) SANZ BALDUZ, Luis Javier. *Los puentes y los ingenieros en Los Sitios de Zaragoza*. Zaragoza: Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”, 2014. pág. 256.
- (11) SÁNCHEZ MIÑANA, Jesús. *Aclarando una confusión. Noticia de dos ingenieros militares llamados Manuel Caballero (siglos XVIII-XIX)*. Llull, vol. 39, n.º 83, 2016, págs. 249-255. ISSN: 0210-8615. Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas (SEHCYT). Disponible en: <https://recyt.fecyt.es/index.php/LLUL/article/view/54167>.
- (12) ROMÁN, José María. *Viaje y prisión del ingeniero militar José María Román durante la guerra de la Independencia (1808-1814)*. [ed.] María Zozaya Montes. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2008. pág. 209.
- (13) ROGNAT, Joseph. *Relation des sièges de Saragosse et de Tortose par les français dans la dernière Guerre d'Espagne*. París: Chez Magimel, Libraire pour l'art militaire, 1814. pág. 67.
- (14) RODRÍGUEZ LANDEYRA, Francisco y GALIAY, Francisco. *Versión y Crítica de la Relación del Sitio de Zaragoza del T. General Barón de Rogniat*. Zaragoza: Mariano Escar, 1908. pág. 299.
- (15) QUESADA GÓMEZ, Agustín. *La Gesta de los Zapadores: 1808-1814... Así de simple*. Memorial del Arma de Ingenieros, n.º 88, julio de 2012, págs. 113-156. ISSN: 1137-411X. Disponible en: <https://publicaciones.defensa.gob.es/memorial-del-arma-de-ingenieros-88.html>.

- (16) PALAU Y DULCET, Antonio. *Manual del Librero Español e Hispanoamericano*. Barcelona: A. Palau Dolcet, 1948-77.
- (17) MUSSO AMBROSI, Luis Alberto. *Peripecias de la colonización canaria en la Banda Oriental*. Las Palmas: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1992. IX Coloquio de Historia Canario-Americana. Págs. 737-756.
- (18) MARTÍN DE BALMASEDA, Fermin. *Decretos del Rey Don Fernando VII. Se refieren a todas las reales resoluciones generales que se han expedido por los diferentes ministerios y consejos en todo el año de 1818*. Madrid: Imprenta Real, 1819, Vol. V.
- (19) GACETA DE MADRID.
- (20) GACETA DE LA REGENCIA DE LAS ESPAÑAS.
- (21) ESTADO MILITAR DE ESPAÑA. Madrid: Imprenta Real.
- (22) DE LA SALA VALDÉS Y GARCÍA SALA, Mario. *Obelisco Histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza en sus dos sitios (1808-1809)*. Zaragoza: M. Salas, 1908.
- (23) DE LA LLAVE, Joaquín. *La Fuga de los Zapadores, Mayo de 1808*. Memorial de Ingenieros del Ejército. Madrid, 1908. Núm. V. Año LXIII, Cuarta época, Tomo XXV, págs. 213-225.
- (24) CLONARD, conde de. *Memoria de las Academias y Escuelas Militares de España, con la creación y estado presente del Colegio Militar establecido en la ciudad de Toledo*. Madrid: Imprenta de Don José Gómez Colón y Cía., 1847. pág. 302.
- (25) CAVALLERO, Manuel. *Défense de Saragosse ou Relation des deaux sièges soutenus par cette ville en 1808 et 1809*. [trad.] M. L. V. Angliviel de La Beaumelle. París: Chez Magimel, Libraire por l'art militaire, 1815. pág. 153.
- (26) CARRILLO DE ALBORNOZ Y GALBEÑO, Juan. Real Academia de la Historia. [En línea] Real Academia de la Historia, 2018. [Citado el: 6 de Diciembre de 2019.] Disponible en: <http://dbe.rah.es/biografias/136076/fausto-caballero>.
- (27) CAPEL, H., y otros. *Los ingenieros militares en España, siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1983.
- (28) ARCHIVO GENERAL MILITAR DE SEGOVIA.
- (29) ARCHIVO GENERAL DEL MINISTERIO DE FOMENTO.
- (30) BAK, Grzegorz. *El asedio de Zaragoza (1808-1809) a los ojos de los soldados polacos*. Eslavística Complutense. Vol. 2, 2002, págs. 23-31. ISSN:1578-1763.
- (31) FIJALKOWSKI, Wieslaw Felix. *La Intervención de las tropas polacas en los Sitios de Zaragoza*. [trad.] Julio Ferrer Sequera. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1997. pág. 171. ISBN: 84-7820-339-7.
- (32) SAENZ RIDRUEJO, Fernando. *Comentarios al artículo "Notas sobre Agustín de Larramendi" de Carlos Dominguez*. Revista de Obras Públicas, n.º 3305, 1991, págs. 67-72. Disponible en: http://ropdigital.ciccp.es/pdf/publico/1991/1991_septiembre_3305_05.pdf

- (33) MROZINSKI, J. *Oblezenie i obrona Saragossy, w latach 1808-1809*. Warszawa: Pamietnik, 1819, Pamietnik Warszawski, Vol. XIII.
- (34) SÁENZ RIDRUEJO, Fernando. *Los ingenieros de caminos*. Madrid: Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 2012. pág. 357. ISBN: 978-84-380-0456-2.
- (35) CASAMAYOR, Faustino. *Diario de los Sitios de Zaragoza (Edición, prólogo y notas de Herminio Lafoz Rabaza)*. Zaragoza: Comuniter, 2000. pág. 192. ISBN: 84-931475-1-6.
- (36) VAUGHAN, Charles Richard. *Narrative of the siege of Zaragoza*. Londres: W. Flint, 1809. pág. 33.
- (37) BELMAS, J. *Zaragoza, 1808 y 1809. Los Sitios vistos por un francés. Estudio, prólogo y notas de Herminio Lafoz Rabaza*. Zaragoza: Comuniter, 2003.
- (38) LEJEUNE, Louis-François. *Los Sitios de Zaragoza. Edición y prólogo de Pedro Rújula*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”. Colección de Letras, 2009. ISBN: 978-84-7820-986-6.
- (39) BELMAS, J. *Jornaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la péninsule de 1807 a 1814*. París: Firmin Didot Frères, 1836. Vol. 2.
- (40) LEJEUNE, Louis-François. *Sièges de Saragosse. Histoire et peinture des événements qui ont lieu dans cette ville ouverte pendant les deux sièges qu'elle soutenus en 1808 et 1809*. París: Firmin-Didot, 1840.
- (41) MORETTI, Federico. *Diccionario Militar español-francés*. Madrid: Imprenta Real, 1828.
- (42) CALVO MATURANA, Antonio. *Cuando manden los que obedecen. La clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A., 2013. ISBN: 978-84-92820-85-6.
- (43) LUIS, Jean-Philippe. *La Década Ominosa y la cuestión del retorno de los josefinos*. Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons Historia, Ayer, n.º 95, 2014, págs. 133-153. ISSN: 1134-2277. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4812065>.

LIBROS PUBLICADOS POR LA ASOCIACIÓN CULTURAL “LOS SITIOS DE ZARAGOZA”

I Premio 1986:

La artillería y los ingenieros en la poliorcética del segundo Sitio
D. José María Martínez Ferrer
(Agotado)

II Premio 1987:

La economía y los economistas durante los Sitios de Zaragoza
D. José Pascual de Quinto y de los Ríos
(Agotado)

III Premio 1988:

La justicia de los Sitios de Zaragoza
D. José Antonio Pizarro Pizarro
D. Pedro Jesús Altaba Cosín
(Agotado)

IV Premio 1989:

El Municipio zaragozano en la Guerra de la Independencia”
D. Vicente González Hernández
(Agotado)

V Premio 1990:

*Antonio y Gerónimo de Torres Gimeno en los Sitios de Zaragoza
1808 - 1809*
D. Miguel Plou Gastón
(Agotado)

VI Premio 1991:

El Clero en los Sitios de Zaragoza
Rvdo. D. Agustín Gil Domingo.
(Agotado)

VII Premio 1992:

El Alto Aragón en la Guerra de la Independencia

D. Ramón Agustín Guirao Larrañaga

D. Luis Sorando Muzás

(Agotado)

VIII Premio 1993 (*Ex aequo*):

El hombre de Aragón (Don Valentín Solanot)

D. Ignacio de Torres Solanot y García de Bustelo.

La Guerra de la Independencia en Aragón

D. Herminio Lafoz Rabaza

IX Premio 1994:

La intervención de tropas polacas en los Sitios de Zaragoza de 1808 y 1809

D. Wieslaw Fijalkowski

(Agotado)

X Premio 1995:

La Condesa de Bureta

D^a Nuria Marín Arruego

(Agotado)

XI Premio 1996:

La nobleza altoaragonesa en los Sitios de Zaragoza (1808 - 1809)

D. Maria Dolores Espiérrez y Ciprés

XII Premio 1997:

La Semana Santa durante los Sitios de Zaragoza

D. Sergio Navarro Villar.

Historia, Prehistoria y Actualización

D. Santiago Gonzalo Til

XIII Premio 1998:

La Capitanía General de Aragón durante los Sitios

D. Jesús Alegría de Rioja

XIV Premio 1999:

Notas sobre la vida cotidiana de Zaragoza en los Sitios

D. Felipe Gómez de Valenzuela

XV Premio 2000:

Ciudad de Vasallos, Nación de Héroes (1808- 1809)

D. Francisco J. Maestrojuan Catalán

XVI Premio 2001:

D. José Sanguinés y D. Juan Pedrosa. Documentos para la historia de los Tercios y Compañías de Barbastro en la Guerra de la Independencia. Mayo 1808 - mayo de 1810

D. Ramón Guirao Larrañaga

XVII Premio 2002:

Tres regimientos emblemáticos de Los Sitios de Zaragoza: Extremadura, Guardias Wallonas y Guardias Españolas

D. Ramón A. Guirao Larrañaga
(Agotado)

XVIII Premio 2003:

Zaragoza. Diario de entre Sitios. 13 de agosto - 21 de diciembre de 1808

D. Ramón A. Guirao Larrañaga
(Agotado)

XIX Premio 2004:

La Asistencia sanitaria en Zaragoza durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)

D. Luis Alfonso Arcarazo García

XX Premio 2005:

“Los toros josefinos” Corridos de toros en la Guerra de la Independencia bajo el reinado de José I Bonaparte (1808-1814)

D. Enrique J. Asín Cormán

XXI Premio 2006:

El Ebro en Los Sitios de Zaragoza

D. Jaime Latas Fuertes

XXII Premio 2007:

Las Cinco Villas de Aragón durante la Guerra de la Independencia española

D. Ramón Guirao Larrañaga

XXIII Premio 2008:

Las defensas exteriores de Zaragoza

D. José Antonio Pérez Francés

XXIV Premio 2009:

Los héroes sin nombre. Los cofrades del Santo Sepulcro en los asedios a Zaragoza (1808-1809)

D. José María Fernández Núñez

XXV Premio 2010:

Guerra y cuchillo: un grito por la Independencia y la Libertad I Sitio de Zaragoza 1808

D. José Antonio Pérez Francés

XXVI Premio 2011:

La ocupación francesa de Zaragoza, 1809-1813

D. Jaime Latas Fuertes

XXVII Premio 2013:

Esmeraldas y ceniza. El expolio del Pilar: Juicio al “Roland de L’Armée”, el Mariscal Lannes

D. Santiago Gonzalo Til

XXVIII Premio 2014:

Los puentes y los ingenieros durante los Sitios de Zaragoza
D. Luis Javier Sanz Balduz

XXX Premio 2015:

SARAGOSSE. Ciudad del imperio napoleónico (1809-1813)
D^a. Sophie Darmagnac

XXXI Premio 2016:

*Valencianos y murcianos en el segundo sitio de Zaragoza.
Junio 1808 - febrero 1809*
D. Ramón Guirao Larrañaga

XXXII Premio 2017:

*Zaragoza 1808-1809: La nación en armas.
“Entre las ruinas de Santa Engracia”*
D. José Antonio Pérez Francés

XXXIII Premio 2018:

*Zaragoza 1808-1809: La nación en armas.
“La Batatalla del Arrabal”*
D. José Antonio Pérez Francés

XXXIV Premio 2019:

*Zaragoza 1808-1809: La nación en armas.
“Hasta la última tapia”*
D. José Antonio Pérez Francés

XXXV Premio 2020:

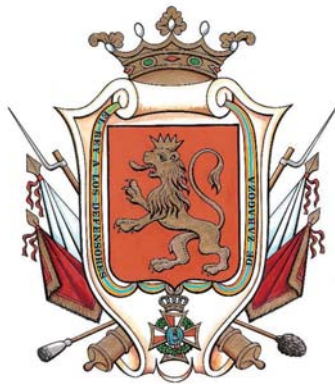
La Défense de Saragosse. Edición crítica
D. Luis Javier Sanz Balduz



*Terminose de imprimir este libro el día 21 de diciembre de 2020,
212 aniversario del inicio del Segundo Sitio a Zaragoza,
por las tropas napoleónicas.*

*Sirvan estas páginas como recuerdo y homenaje
a aquellos héroes anónimos que nos precedieron.*

Laudeamus viros gloriosos



**Asociación Cultural
"Los Sitios de Zaragoza"**

Con ayuda económica:

